This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

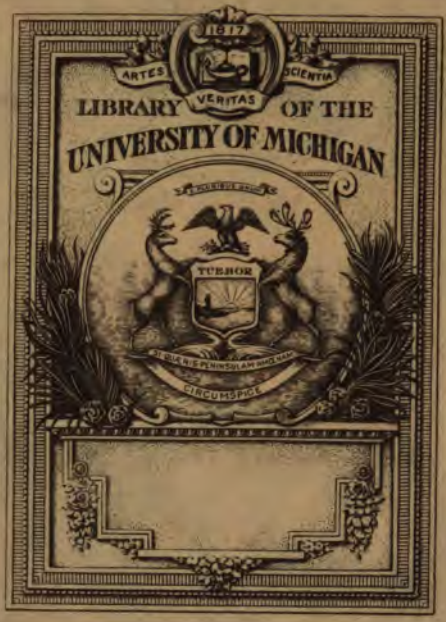
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 466458



THE GIFT OF

Don Pablo Homs

868
I 59m
1922

Para los profesores y alumnos de lengua española en la Universidad de Michigan.
Con un saludo de Alberto Ursúa

MARAVILLA

1935

LA HIEL

OBRAS COMPLETAS DE ALBERTO INSUA EN LA BIBLIOTECA RENACIMIENTO

DON QUIJOTE EN LOS ALPES (viajes y crítica).

NOVELAS

EN TIERRA DE SANTOS.
LA HORA TRÁGICA.
EL TRIUNFO.
LA MUJER FÁCIL.
LAS NEURÓTICAS.
LA MUJER DESCONOCIDA.
EL DESEO.
EL DEMONIO DE LA VOLUPTUOSIDAD.
LAS FLECHAS DEL AMOR.
LOS HOMBRES (Mary los descubre).
LOS HOMBRES (Mary los perdona).
EL ALMA Y EL CUERPO DE DON JUAN.
EL PELIGRO.
DE UN MUNDO A OTRO.
LAS FRONTERAS DE LA PASIÓN.
LA BATALLA SENTIMENTAL.
MARAVILLA Y LA HIEL
JUVENTINA LA BELLA.
UN CORAZÓN BURLADO.

TEATRO

LA MADRILEÑA (Comedia en tres actos).
EN FAMILIA (Comedia en dos actos, en colaboración con A. Hernández-Catá).
EL AMOR TARDÍO (Drama en tres actos, en colaboración con A. Hernández-Catá).

ALBERTO INSUA

OBRAS COMPLETAS

MARAVILLA Y LA HIEL

RENACIMIENTO

ALBERTO INSÚA

MARAVILLA

o

LA HIEL

RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID
1922

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Queda hecho el depósito qne marca la ley.

Tous droits de traduction et de reproduction réservés pour tous pays.

COPYRIGHT BY ALBERTO INSÚA, 1922

Imp. J. Pueyo. Luna, 29.
Teléf. 14-30. — MADRID

A la mujer que tiene la frente de Maravilla y su gracia corporal, dedico estas páginas que sin ella no hubiese escrito nunca.

A. I.

París-Enero de 1920.

Of.
Don Pablo Arosco
2-4-36

MARAVILLA

@ 2-5-36

I

ESTOY enamorado de Dolores Arriaza, seriamente enamorado. Esta tarde, en el Casino, don Luis del Monte me ha dicho:

—Usted se casará con ella.

Y yo le he respondido, con tanta humildad como emoción:

—Dios le oiga a usted, don Luis.

¡Casarme con Maravilla! Pero si desde que la conozco no pienso en otra cosa... Y no hago más que preguntarme: «¿Querrá?... ¿no querrá?» En lo hondo del alma soy optimista: creo que Maravilla *querrá*. Pero cuando la miro y me miro, cuando veo sus veintidós años, tan fragantes, tan luminosos, y contemplo mis cuarenta, largos de talle, comienzan a pincharme las dudas, los temores... Y sufro con un dolor filosófico, intelectual: con ese dolor que produce la espada de la lógica, el más

terrible de todos. Contemplo a la Maravilla de hoy, adivino la de mañana y me pregunto: «Admitiendo que quiera, *luego*, ¿qué pasará? Ese *luego*—el enigma del porvenir—me asusta. No por mí, claro está, sino por ella. No quiero, en modo alguno, interponerme entre ella y su felicidad. Yo sólo me casaré con Maravilla si veo, si siento que ella me quiere. No habré de pedirle una pasión tan absoluta como la mía. Cada ser quiere como puede. Cada amor es una fatalidad. Si Maravilla se casase conmigo, un cuarentón, catedrático de Filosofía y autor de varios libros que han pasado las fronteras, no podría quererme como si se casase, por ejemplo, con un muchacho de veintisiete años, más dado a los deportes que a la ciencia y más superficial que *interior*, como mi hermano Juan. Pero—y aquí reaparece mi optimismo—, Maravilla no es capaz de enamorarse de un simple atleta, de un *sportsman* de esos que pueden compararse por sus músculos y su agilidad con un buen caballo de carreras. Maravilla es—ahí va la gran palabra—espiritual. Siempre que pienso en ella—es decir, *siempre*—la llamo Maravilla, y no Dolores, ni Lola. Tampoco podría llamarla «la señorita de Arriaza», ni «Mademoiselle Arriaza». Nombre, apellido, circunstancias de familia y de educación (Maravilla se ha

educado en Francia y tiene una madrastra francesa), no significan nada para un filósofo arbitrario como yo. Ella es para mí Maravilla, porque la encuentro maravillosa de gracia, de belleza, de sensibilidad y de intuición. No exagero. Tengo ya bastantes años, he rodado un poco por el mundo—por el de ahora y por el que fué, que para eso soy historiador y filósofo—, y estas dos circunstancias me autorizan a juzgar a Maravilla, *ex cathedra* y objetivamente, como a obra de Dios y no como a prenda amada de mis sentidos. No hay espejismo de enamorado. Don Luis del Monte, que tiene sesenta años y no se ha curado aún del vicio de la frivolidad; don Luis, que es lo que llaman un viejo verde; don Luis, que se obstina en no ver en las mujeres sino lo que tienen de más terrenal, me decía:

—No he visto nada comparable a Dolores Arriaza... Yo, que más bien soy atrevido con las mujeres, sería incapaz de requebrarla. Es la primera mujer que me impone respeto, que me parece superior a las demás mujeres. Tiene algo, no sé decirlo bien, de santa. No, de santa no; algo de diosa, algo—don Luis ahondó en su idea—de sobrenatural.

Yo sonreí, aprobando. No creo que don Luis del

Monte sea un gran psicólogo, ni un pequeño, ni un minúsculo psicólogo. Don Luis es un buen diputado «vitalicio», un perfecto jugador, un perfecto *clubman* y un cráneo perfectamente despoblado de inquietudes estéticas. Don Luis no lee más que folletines, y no distingue un Rubens de un Tiziano. Don Luis no puede hablar de Maravilla ni literariamente ni poéticamente. Por eso su opinión sobre Maravilla es interesante: porque no es una opinión, sino el reflejo de una realidad. Maravilla es *realmente* maravillosa. Su encanto es universal, como el de una alborada radiante o el de un claro de luna sobre un mar tranquilo. Ojos que vean y corazones que sientan—y todos los ojos ven y todos los corazones sienten cuando algo divino pasa o palpita cerca de ellos—, tendrán que admirarse y enternecerse junto a Maravilla.

II

Yo lo observo en la playa, en el Casino, en el teatro. Maravilla inspira una admiración universal. En la playa se le acercan los niños poquito a poco, como si hubiesen visto un hada en sueños y tuviesen miedo de despertarse; Matías, el bañero, y José Mary, el barquero, la siguen con la mirada enternecida y grave cuando ella se aleja nadando, hasta que se pierden las líneas y las luces de su semblante, y sólo se ve, entre ola y ola, la mancha escarlata de su cofia impermeable... De vez en cuando, Matías, mejor psicólogo que don Luis, me mira como diciéndome: «Si la llamásemos», y José Mary, sin pedirme permiso, se pone a remar firme y no tarda en llegar a corta distancia de la nadadora. Yo veo en la mirada del viejo Matías y en la del joven barquero, más que amor, adoración. Sólo para salvarla pondrían ellos sus manos

sobre Maravilla. Don Luis, el frívolo don Luis, ha dicho bien: únicamente las diosas inspiran amores de estos en que sólo puede haber contemplación, respeto o sacrificio. Cuando José Mary dice: «Qué lejos ha ido hoy la señorita», pone en la palabra *señorita* tanta unción, tanta ternura, que yo siento que si un día sus brazos y sus remos no bastasen para salvarla—porque ella hubiese ido nadando hasta el horizonte—, José Mary se encontraría sin ánimos para volver a tierra.

En el Casino, Maravilla produce otro género de impresión. Ni los *croupiers* ni los puntos dejan de ocuparse del juego cuando ella aparece; ni la dama millonaria deja de perder y de ganar voluptuosamente; ni los que desarrollan una combinación abandonan su cautela y su fe; pero, de tiempo en tiempo, alguien, mujer u hombre, levanta los ojos del tapete y, por casualidad, tropieza con los de Maravilla. Pues bien: ese alguien, mujer u hombre, viejo atacado de *spleen*, o joven enfermo de ambición, ese *alguien* que ha visto a Maravilla, ya no es el mismo ni la misma, ya el juego no le parece *todo:* Maravilla está ahí, distrayéndole o distrayéndola de su obsesión. Maravilla juega hasta perder o ganar unos pocos duros, y los que juegan de veras, esos condenados, dejarían de jugar si ella les

dijese: «Basta». Esto era digno de anotarse. He frecuentado un poco las salas de juego: esa facultad de distraer al jugador con su presencia sólo la he observado en Maravilla. Don Luis—que lleva perdidos este verano treinta y dos mil duros—sigue teniendo razón: hay algo en ella de sobrenatural. Lo malo es que don Luis juega todo el día, y Maravilla, a lo sumo, una o dos veces al mes.

En el *tennis* Maravilla sorprende por su naturalidad. No se precipita nunca. La pelota gira casi siempre en la órbita de su raqueta. Pero podría ser una excelente jugadora, sin ser en todo momento armoniosa. Lo interesante no es que Maravilla gane o pierda los partidos, sino seguir sus movimientos, todos felices, todos estatuarios. Querría uno poseer el lápiz de Degas para perpetuar cada fase de esos movimientos. Maravilla es alta, de cabeza chica, bien alejada de los hombros por un cuello esbeltísimo. Todo en ella es airoso, despejado. Ninguna línea pesa ni tiende con exceso a la curva. El talle es delgado y prodigioso de flexibilidad. En España no abundan las mujeres como

Maravilla. Ciertas vascongadas y ciertas andaluzas tienen ese no sé qué de varonil, dentro de la más absoluta feminidad, que perpetúa en ellas lo que llaman los pintores *la línea*. Hay mujeres que dan la impresión de manzanas—todas las de Rubens—. Hay otras que parecen espigas o lirios. Maravilla pertenece a las segundas. Es más espiga que lirio, porque no tiene nada de enfermizo, de doliente. Maravilla es sana y—me atreveré a decirlo—musculosa. Un día, en la playa, una señora enorme, viéndola salir del baño con su traje de punto bien ceñido, y sin ese falso rubor de las mujeres «mal hechas», dijo que parecía un muchacho. Naturalmente, Afrodita no sería Afrodita si no pudiera competir con Adonis en gracia corporal.

La estatura de Maravilla es gloriosa. Vean ustedes las vírgenes de Botticelli: son altas. Vean ustedes los serafines de Memling: son altos. Vean las Beatrices de la escuela simbolista: son altas. Vean las madonas del Angélico: son altas. Vean todos los santos del Greco: son altos. Y esto, ¿por qué? Porque lo único que diviniza al ser humano es la estatura. Es muy importante el estar unos cuantos centímetros más cerca que más lejos de Dios. Ahora bien: de todos los deportes modernos, el más a propósito para lucir toda la gracia, todo el ritmo

de una figura, es el *tennis*, sin discusión. Un buen jugador de *tennis* nos lleva del estadio griego al *ballet* ruso: es un discóbolo y un danzarín, una armonía y un frenesí. Cuando Maravilla juega al *tennis*, los muchachos del frontón vienen a contemplarla. Y un pelotari famoso dice: «No he visto; nunca nada igual».

Sus ojos son azules y verdes, cambiantes y profundos como el mar. Su tez es más bien morena. su pelo, caudaloso, obscuro, con reflejos de cobre, La cabeza, ágil y equilibrada, como esas flores bien prendidas al tallo, que no desfallecen bajo el huracán. Las cejas son magníficas: dos arcos, dos pinceladas de un genio. Su frente es amplia, convexa prominente, tal vez defectuosa. Yo estoy enamorado de su frente. Cuando sea mía, antes que sus ojos, antes que su boca, besaré su frente de pensadora. Maravilla piensa... Sus ojos se apoderan del mundo exterior a pedazos, y lo hacen girar bajo su frente. Yo querría poner mis manos sobre tu frente, Maravilla, y sentirte pensar. ¿Cuándo sabrás que estoy enamorado de tu frente, de esa urna de marfil? ¿Y cómo juzgarás tú este amor

absoluto—y por absoluto, enfermizo y frágil—que tú me inspiras? Tú sabes bien, Maravilla, que ninguna criatura debe apartarnos del amor de todas las cosas y del culto de todas las verdades. Yo no debería quererte «así». Yo, filósofo; yo, «cerebral», no soy, desde que te quiero, más que un pobre corazón. Mi ciencia no me sirve de nada. El estudio me irrita. Mis libros predilectos son ahora un montón de hojas secas. Sólo las grandes lecturas románticas, las novelas de amor frenético y de grandes amores místicos, calman un poco mi sed de ternura y voluptuosidad... Así comprendo yo la pasión, Maravilla: como una alianza de ternura y de voluptuosidad, de piedad y de placer...

III

ESTOY enfermo, literalmente enfermo de amor. Tengo esa fiebre de los amantes de Stendhal. Pero no me dejaré consumir por ella. Hablaré con Maravilla francamente, gravemente. No quiero que el *flirt* ni la amistad precedan a la adoración. Don Luis me la ha presentado hace quince días. Le he hablado dos veces, y estoy persuadido de que ella «sabe» lo que pasa en mí. Voy a preguntarle si no la asusta la idea del matrimonio. Si la respuesta es *no*, le preguntaré entonces si no le espanta la idea de casarse conmigo... ¡Si no le espanta!... Suprimo esta hipérbole. Yo no puedo ser espantoso. Más aún: yo puedo, perfectamente, gustarle a Maravilla, y acaso sólo a Maravilla. Apenas paso de los cuarenta años. Mi semblante es noble y varonil. Soy alto, un poco más alto que Maravilla. Me encorvo ligeramente al an-

dar. Uso bigote y barba a la española. Tengo algo de esa melancolía, de esa llama interior de los caballeros del Greco, pero el color de mi semblante está más bien en los retratos masculinos del Tiziano. Puedo decir, sin incurrir en fatuidad, que soy guapo. Yo hablo siempre de mí como de otro hombre; no me contemplo para recrearme, sino para estudiar al hombre en mí mismo. Persigo a la vanidad como a una alimaña, al orgullo como a un reptil poderoso, y al pesimismo—en que suele dejarnos el análisis severo de la vida—como al más grande adversario de la vida misma. Tengo, pues, la ponderación necesaria para hablar de mí. Al pretender casarme con Maravilla—cuya belleza es grande—, he debido mirarme al espejo y descubrir mis primeras canas y las primeras arrugas sobre mi frente. ¡Qué gozo he sentido y qué gracias le he dado a Dios al encontrarme joven, muy joven todavía! Mi mirada es bondadosa. Mis ojos, que han visto mucho y han llorado un poco, tienen todavía un brillo infantil: son unos ojos nuevos, limpios, sin trampas ni traición: unos ojos que inspiran confianza...

Hasta hace unas semanas, yo me vestía como un sacerdote laico, como un sabio de los que son limpios: ropa negra, camisa blanca, corbata obs-

cura, sombrero ancho y flexible. Ahora he caído, naturalmente, en «las preocupaciones del espejo». Me he informado acerca de las modas masculinas, me he encargado varios trajes, he sustituido el *smoking*, he adquirido corbatas, camisas y calcetines *dernier cri*, y hasta me he preguntado si no sería conveniente prescindir de la barba y recortarme el bigote a la americana... No he llegado a esta última abdicación. Se me antoja que mi cabeza de hidalgo castellano puede agradarle a Maravilla.

Estos últimos años he trabajado mucho. He escrito con exceso para las revistas y he dado cima a tres libros voluminosos. Lo cual quiere decir que he hecho vida meditativa y sedentaria, vida de biblioteca y de torre de marfil. Total: una gran languidez física. Es necesario reaccionar. Me he acordado de que hay bicicletas, caballos, automóviles y espadas, y de que en mi primera juventud he sido aprendiz de todo eso. El otro día anduve unas diez leguas a caballo. Y ayer, en la *villa* de uno de mis amigos, he tirado a florete bastante bien. El amor me rejuvenece y me «frivoliza». Me estoy pareciendo a mi

hermano Juan. En resumidas cuentas, nunca he sido mejor filósofo que ahora. ¿No está toda la filosofía en tener un alma sana en un cuerpo sano? Yo no puedo ofrecerle a Maravilla un hombre oliendo a libros solamente: quiero olerle a pasión, a sentimiento, a vida... Cuanto he escrito me parece estéril y vacío ante esta maravillosa afirmación del amor: «¡Amo, luego existo!»

IV

HE hablado con Maravilla. Hemos hablado de muchas cosas, mirándonos, buscándonos, descubriéndonos el uno al otro profundamente. Ninguna coquetería por su parte. Mi más hondo deseo era que no hubiese entre ella y yo ni una sombra de *flirt*. Nada le he dicho sobre su belleza. Ha sido una conversación sin frases, sin lisonjas, sin literatura. Eramos dos verdades que se contemplaban, simpatizando y acaso completándose. El corazón no me había engañado: Maravilla me querrá. Y tampoco don Luis se equivocaba: Maravilla y yo nos casaremos pronto.

Me ha contado su vida, que yo conocía, en sus rasgos exteriores, por don Luis. Maravilla es huér-

fana de madre. Don Bernardo de Arriaza, rico ingeniero bilbaíno, se casó por primera vez con una andaluza, la madre de Maravilla. Enviudó pronto, y no tardó en casarse de nuevo, con una francesa, y en crearse otra familia. Don Bernardo se ha establecido en París, en cuyos arrabales posee una gran fábrica de motores. Hace apenas dos años que Maravilla salió de la «pensión» aristocrática de Passy en que hizo sus estudios, y que conoció de cerca a su madrastra y a sus hermanos. De estos últimos, tres y todos varones, habla con simpatía. Yo he visto al mayor de ellos, Jorge, muchacho inteligente y simpático. Es él quien todos los veranos trae aquí a Maravilla y la deja instalada con una «gouvernante» en el hotel. Maravilla está emparentada con varias familias españolas que veranean en las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa; de suerte que su independencia no la expone a ningún peligro. No necesita de esa vigilancia. Podría vivir con alguno de sus parientes, que así se lo piden con frecuencia, pero Maravilla prefiere «su libertad».

—Yo tengo un carácter independiente y a veces estoy triste. Es mejor que viva sola, y así sólo me presento en público cuando puedo hablar y sonreir. Porque el silencio y la seriedad son cosas para

dentro de casa... Además, yo no puedo vivir sin ternura, sin amor. Para vivir con personas que sólo me inspiran la consideración que me merecen todos mis semejantes, estoy mejor en el hotel. Mi «gouvernante» es bastante lista y bastante fiel. Con ella he dado ya algunas vueltas por Europa, porque desde que salí del colegio no hago más que viajar. A la fuerza tengo sangre de gitana; la vida nómada me entusiasma...

—Entonces—la pregunté ligeramente inquieto—, ¿si un día usted se casa...?

Se puso a reir.

—Es diferente. Si me caso es porque habré encontrado el equilibrio espiritual, y entonces no haré más viajes que los imprescindibles.

No insistí. No debía insistir. Hay en Maravilla un «desequilibrio espiritual». ¿De dónde proviene? ¿De una desilusión amorosa? Si fuese así, me lo habría dicho. Ha de ser algo más profundo, más universal: una revelación dramática de la vida, un momento en que su inocencia y su virtud han visto un aspecto repugnante o terrible de la vida. De inducción en inducción, partiendo de algunas palabras, de algunas inflexiones de voz, de algunas sombras en los ojos de Maravilla, vengo a detenerme en esta hipótesis: la madrastra de Maravilla

es adúltera. Don Bernardo ignora o tolera su desgracia. Maravilla, compadecida, ha huído para no hablar, en el primer caso, y en el segundo, ha huído asqueada, con mayor razón. Esto me da la clave de la fisonomía moral de Maravilla. Pero no nos precipitemos, señor filósofo... Vuestra hipótesis necesita ser confirmada.

V

DON Luis me ha dicho, ligeramente:

—Yo creí que usted lo sabía...

Y como, sin avergonzarme de mi ignorancia, harto compensada por mi intuición, le pidiese «algunos detalles», repuso:

—Madame d'Arriaza engaña a don Bernardo con una habilidad exquisita; pero Dolores es más inteligente que su madrastra y descubrió la *cosa* a los quince días de salir del colegio. Sin pruebas materiales, pero con la certidumbre moral del adulterio de su madrastra, Dolores le pidió a su padre que se divorciase... Drama familiar en cuatro actos: 1.° Dolores descubre...—2.° Dolores acusa...—3.° La adúltera se defiende... —4.° El marido burlado se deja persuadir por la adúltera, y Dolores, derrotada por una grandísima intrigante, huye... ¿Qué le parece a usted?

—Sublime.

Después, a solas, me he dicho: «Es atroz». He pensado en la sorpresa trágica de Maravilla, en los dolores de su alma y de su conciencia, en la amargura que, acaso para siempre, han dejado en ella el vicio, la mentira, toda la miseria humana que respiró al entrar en casa de su padre con su último traje del colegio. Y, sobre todo, he pensado en la insondable tristeza que han tenido que dejar en su espíritu el fracaso de la verdad y de la justicia, la impunidad del crimen: terribles tormentos para un corazón inocente y sensible como el suyo. ¡Pobre y grande Maravilla! Tu secreto martirio te engrandece y santifica a mis ojos. Ya has visto la lepra de la vida, ya te ha sofocado el aliento hediondo de la traición. Ya has tenido tu escena shakespiriana, y, tan idealista como Hamlet, pero más cristiana que él, has tomado por la estrecha vereda del Bien, siguiendo la sombra del Perdón. Cristiana y pagana, piadosa y fuerte, eres, como yo pensaba, una mujer heroica. Pero ese heroísmo no ha de llevarte a la tragedia, sino a la paz. Yo te mostraré los horizontes claros y los caminos dulces de la vida. Tú y yo estamos enamorados del amor y de la verdad. ¿Quieres que los conquistemos juntos?

VI

¡CUÁNTA exaltación en mis últimas líneas! Los diálogos con Maravilla hacen bajar mi fiebre romántica. Esto se explica. Maravilla es para mí un misterio que comienza a revelarse. Todo en ella me sorprende y sugestiona. Su alma es como un paisaje de altas cimas y de profundos valles, que mis ojos contemplan por primera vez. Ella, en cambio, «está acostumbrada a sí misma» y atraviesa con naturalidad de diosa las regiones olímpicas de su mundo espiritual. Soy yo quien le pone el coturno. Ella prefiere los zapatos de *tennis*. Todo es en Maravilla espontaneidad, sinceridad. No es perfume destilado en ningún alambique, ni producto de una educación o de una manera de vivir a la moda; no es una *snobinette*, una de esas muñecas que modelan y atavían entre un poeta-conferenciante, un modisto y un autor

dramático. Maravilla es personal. Su personalidad tiene para mí olor y sabor. Maravilla me huele a esos claveles de los acantilados de la costa cantábrica, y me sabe a un fruto blanco y firme como la manzana. A veces, sus palabras me sugieren la idea de una de esas fuentes que corren entre los helechos y las lianas de algún tajo, y a las que se aproxima el viajero con gozo y emoción, seguro del regalo exquisito de aquel agua de las cumbres. Yo no escucho, sino que aspiro, bebo—y hasta devoro—las palabras de Maravilla.

Hemos hablado ya... Varias veces. Hemos abordado el tema del matrimonio. Yo le dije:

—¿Usted sabe que estoy enamorado de usted?

Y ella me contestó:

—Ahora hace falta que me enamore yo de usted.

Y como mi semblante se obscureciese ante la profundidad de la respuesta, Maravilla añadió:

—Pero, ¿admitiría usted que nos casásemos sin estar enamorados el uno del otro?

—La reciprocidad en amor es tan difícil, sobre todo la reciprocidad absoluta...—murmuré.

—La reciprocidad absoluta... No entiendo eso. Cada uno quiere a su modo, pero el caso es querer. Suponiendo que usted y yo nos queramos, usted será siempre más expresivo, más vehemente

que yo; pero eso no tiene que ver nada con la profundidad del amor. Yo sé que no me casaré sino queriendo de veras, con un amor grave, incorruptible. Yo, al casarme, haré voto, no ya de fidelidad conyugal, sino hasta de fidelidad de pensamiento. Ni en hipótesis puedo admitir la traición.

Aprobé silenciosamente. Y al fin hice la gran pregunta:

—¿Cree usted posible llegar a quererme así?

—Lo creo.

Maravilla me permitió besar su mano. En el fondo de mis ojos había tanta alegría como estupor. Entonces ella me dijo:

—No será muy difícil enamorarse de usted, y si yo no fuese tan cavilosa, pensaría que lo estaba ya.

Después no hablamos más de amor. Hablamos de Madrid, donde, si nos casamos, deberemos habitar. Le describí mi casa de hombre solo. Le hablé de mi hermano Juan, que lleva dos años en Buenos Aires con cierto amorío. Ella quiso conocer mis proyectos. Y tuve que hablarle del libro que tengo en el telar y del que aún no ha salido de la cabeza. En dos horas de charla nos hicimos el uno para el otro casi transparentes. Cuando nos separamos, y ella me estrechó la mano, yo tuve la certidumbre de mi felicidad.

Va a terminar Septiembre. Maravilla y yo hablamos todos los días en la playa. Don Luis nos llama «los novios». No lo somos aún. Maravilla ha formado el proyecto de pasar el otoño en Madrid. Yo creo que para Navidades estará en mi casa, en nuestra casa...

VII

A CABO de llegar a Madrid. Mañana comienza el curso, y tendré que sacrificar algunas horas al ensueño... ¡Bah! Haga yo lo que haga, *su presencia* no me abandona nunca: hablo de su presencia espiritual. Así como los místicos viven a toda hora dentro de Dios, que forma para ellos un mundo aparte, un mundo infinitamente dulce y claro, en el que todo es arrobo, gracia y humildad, así vivo yo en Maravilla, en su atmósfera, en su luz. El mundo me sabe a ella, y todas las cosas amables del mundo emanan el aroma de juventud magnífica, que, sobre todo—ahora que ya es casi mía—, aspiro en la onda profunda de sus cabellos.

Maravilla está aquí. Hicimos el viaje juntos. Mientras su «gouvernante»—la bondadosa madame Auriol—dormía la mañana, una buena mañana

de Octubre, Maravilla y yo nos reunimos en el pasillo, y con las frentes reclinadas sobre el mismo cristal, vimos levantarse el sol sobre los campos castellanos. Austera, seca y soñoliente, yo quiero a Castilla porque es Castilla; la quiero con amor de hijo, y deseo para mi último sueño el regazo de su tierra maternal. Así se lo dije a Maravilla. La idea de la muerte era infinitamente suave en aquel instante de amor y de alborada. Maravilla me dijo:

—A mí me gustaría el mar...

Después ahondamos los ojos y las almas en el paisaje, y por fin nos miramos, para hacer de nuestras emociones una sola emoción.

Ese ha sido nuestro viaje de novios, de novios, y no de recién casados. No haremos otro. Precisamente, viniendo a España y siendo mía, Maravilla se aleja de las personas que la obligaban a dar vueltas por el mundo.

Don Bernardo de Arriaza, Maravilla y yo nos vimos en Biarritz, y allí quedó convenido que ella y yo nos casaremos cuando nos plazca; que don Bernardo vendrá a la boda—no se habló de Madame d'Arriaza—, y que Maravilla recibe una impor-

tante dote, que yo sólo admito en concepto de parafernales.

En Madrid, según su costumbre, Maravilla se ha instalado en un hotel con madame Auriol, rechazando amablemente la hospitalidad de su parentela. Algo choca a la tal parentela los fueros de libertad de Maravilla. Doña Beatriz Campano, una de sus tías, la llama «la francesa», y el diablo sabe lo que se figura de su sobrina y de mí desde que le han dicho que vamos a los teatros y de tiendas sin Madame Auriol. Lo que aún ignora doña Beatriz es que Maravilla sale sola de su hotel algunas mañanas—cuando yo no tengo clase—, toma un cochecito, y a eso de las nueve entra en mi casa y se está dos o tres horas conmigo. Doña Beatriz se figuraría esto o aquello... Pero nosotros, que vamos a casarnos dentro de un mes, tenemos que arreglar nuestra casa. Desde la sala hasta la cocina es preciso pintar, empapelar, quitar y poner. Maravilla ha aprobado mi despacho, que tiene pocos muebles y mucho orden y mucha luz. Pero lo demás le ha parecido algo destartalado y algo excesivo. Demasiados muebles y mal combinados entre sí. Ya lo creo...

Tal como la heredé se conserva la casa de mis padres. Juan y yo, hace ocho años, al encontrarnos

en nuestra doble orfandad, no quisimos desprendernos de ninguna de estas reliquias. Y nuestra casa parece una almoneda. Hay demasiados retratos familiares, todos medianejos; demasiados relojes de pared, demasiados vargueños, demasiados sillones de cordobán, demasiados braseros. ¡Y cuánta ropa de cama, sólida y amarillenta! ¡Y cuántas imágenes de talla! Mi madre era muy devota. ¡Y cuántas colecciones de la *Gaceta* y cuántos viejos formularios de Derecho! Mi padre fué un abogado de primera fila. ¿Y la ropa? Juan y yo contamos una vez hasta catorce levitas y nueve capas de nuestro padre. En fin, Maravilla, ante tanta vejez sagrada, ha dicho:

—Vamos a formar un museo. No se venderá sino lo que verdaderamente no valga nada y no signifique un recuerdo. Estas cortinas, por ejemplo, son horribles. Se venderán. Esos sillones son feos y sin mérito alguno; se venderán, se regalarán.

Y así lo hacemos. Ya llevamos unos días viajando al través de ese pasado polvoriento. Cuando un cachivache o un trasto, por grotesco, por humilde que sea, me sugiere una mirada piadosa o una sonrisa de evocación, Maravilla dice: «Eso no se venderá», y se acerca a mí y toma en sus manos el cachivache, o lo acaricia con sus ojos, y tengo que

contarle «su historia». Y mi niñez y mi juventud van reviviendo para Maravilla, por Maravilla, y ella me escucha extasiada, y a veces, a veces, una lágrima de ternura baña sus pupilas metálicas de diosa. Y yo, viendo que todo lo mío—todo lo que fué mío—le interesa, viendo el fervor con que mira mis retratos de chico, de colegial y de estudiante—ya tan pálidos y tan desvaídos—, tiemblo de felicidad. ¡Maravilla me quiere!

Y la casa se va transformando, iluminando, rejuveneciendo. Ya la casa está saturada de Maravilla. El museo familiar ha pasado al segundo piso. En el primero y el bajo subsisten los muebles más confortables. El gusto de Maravilla es sobrio, pero no sistemático. Comprando algunas cosas nuevas y mudando otras de sitio, creo que llegaremos a tener una casa clara y cálida, una casa de la que pueda decirse con Baudelaire, poeta admirable, muy admirado por Maravilla:

Là, tout n'est qu'ordre et beauté,
Luxe, calme et volupté.

VIII

NOS hemos casado hoy, 15 de diciembre de 1903.

Enero. Un mes de matrimonio, un mes de idilio. Maravilla y yo nos hemos acostumbrado a ser felices desde el primer momento. Lo contrario nos habría parecido absurdo. Un buen amor es un buen presentimiento que se realiza. Maravilla y yo no hemos tenido sorpresas. Lo que yo esperaba de ella, lo que ella esperaba de mí, lo hemos recibido en recompensa de nuestra fe.

Nuestra felicidad es tan grande y tan continua, que no encuentro una expresión retórica para revelarla. Este amor de Maravilla y mío cesó de ser li-

terario en el momento de florecer. Los días pasan como un cortejo de formas iguales y transparentes sobre un horizonte azul. Nuestra casa está como impregnada en un perfume primaveral.

Maravilla ha querido asociarse a mis trabajos. Traduce perfectamente del francés, del inglés y del alemán. Me hace ganar tiempo, buscando en libros y revistas los pasajes que pueden serme útiles. Una simple indicación mía le basta para acertar. Su intuición es sorprendente. Su paciencia, ilimitada. Dentro de un año sabrá tanta filosofía como yo... Lo cual no quiere decir que haya renunciado a los deportes. Las tardes de sol montamos a caballo. Hemos improvisado un *tennis* en nuestro jardín. Tenemos bicicletas y automóvil. Yo, lo digo en confidencia, soy un *sportsman* menos que mediano. Los juegos cesan y las excursiones se suspenden en cuanto Maravilla se da cuenta de mi cansancio.

La vida en casa es encantadora. Maravilla sabe administrar y dirigir. Parece que los criados—que, con los muebles, heredé de mis padres—me robaban más de lo regular. Agueda, la cocinera, que

mi madre quería tanto y que entró en casa al nacer mi hermano Juan, ha sido despedida. Yo intercedí por ella. Maravilla me respondió con cifras, y quedó demostrado que la pobre Agueda se ha agenciado con sus sisas un retiro excelente. Manuel, mi ayuda de cámara, y Trini, la doncella, se han marchado también. Maravilla «no transige con ciertas cosas». Apunto esta frase suya: «A mí sólo me gustan las gentes limpias». Ser limpio, para Maravilla, es no ser hipócrita ni mentiroso. Tenemos criados nuevos, bajo la vigilancia de Madame Auriol. La casa me parece, por momentos, un *yacht*, y en otras ocasiones un coche de titiriteros. ¿Por qué? Porque no nos aburrimos nunca, porque la vida que rodea nuestra casa es como un lago apacible o como una carretera surcada de álamos inmensos, al través de los cuales se ven unos campos, unas lomas, un caserío y unas nubes blancas que van rodando, lentamente, por el cielo azul. To esto es ilusión, pero ilusión fecunda. Maravilla y yo sabemos perfectamente que la vida es cruel. Harto nos ha herido a los dos. También sabemos que toda felicidad egoísta es un crimen. ¡Ah!; pero, ¿acaso he abandonado yo a mis discípulos? ¿Acaso el amor ha calmado mis inquietudes, ha echado agua en las hogueras de mi ideal? No. Si el

amor que Maravilla me inspira fuese sólo sensualismo, ¡pobre de mí! Y más pobre de mí aún si Maravilla sólo viese en mí al hombre y desdeñase al ángel. Nuestro amor tiene alas y conoce la sonrisa de Dios.

IX

HAN pasado dos años. Sigue la felicidad. Hemos viajado un poco, muy poco, durante los veranos. Si yo fuese poeta iría deteniendo y acariciando esas formas iguales y transparentes que son los días claros de nuestro amor; iría destilando el perfume de cada emoción, y acaso comenzase a asustarme de tanta beatitud. Pero yo, por desgracia, no soy poeta, y, por fortuna, tampoco soy pesimista. De suerte que no tengo nada que decir cuando me falta una novedad, un hecho, algo que cae cerca del paraíso en que Maravilla y yo vivimos, sin serpiente, o que salta las tapias de nuestro paraíso...

Algo ha saltado ayer las tapias de nuestro pa-

raíso. Una noticia. Mi hermano Juan me escribe desde Buenos Aires:

«Mi querido Mauricio: Quiero volverme a España, pero no para vivir la vida loca de estos últimos años, sino para convertirme en un hombre serio. No te hablo de mis cosas. Como eran malas, me han dejado sin salud y sin dinero. No es que esté enfermo de nada grave, pero necesito reponerme, vivir en familia. Yo sé cuánto tú me quieres, y lo bien que nos llevábamos, siendo tú un sabio y yo un alcornoque (respeto las exageraciones de Juan), cuando vivíamos juntos. Tú fuiste mi segundo padre. Perdóname cuanto te he hecho sufrir. Bueno: he roto con quien tú sabes, y estoy ansioso de tomar el vapor para España; pero antes tengo dos problemas que resolver: uno, económico —tengo aquí deudas, etc.—, y otro... otro que tienes que resolverlo tú. Para salir de aquí me hacen falta unos cinco mil pesos. Y al llegar a Madrid, ¿qué hago? En fin, tú me entiendes. Lo que yo no quiero es molestar. Ruégale a mi hermana Maravilla, para la que tengo compradas unas pieles y unas plumas preciosas, que me trate con franqueza. Si yo estorbo en vuestra casa, si no podéis recibirme como al hijo pródigo, si debo seguir viviendo en hoteles y escribiendo mis cartas en el café o en el

Club, me iré a los Estados Unidos, porque lo que es en la Argentina no me quedo más. ¿Sabes? Me han pasado aquí muchas cosas. Tengo ganas de estar en Madrid, de dormir en *mi cama*, de comer las legumbres cocidas con el agua del Lozoya, de tomar café con media en la Puerta del Sol, de ir a los toros, de hablar en castellano neto, de darte un abrazo, que durará diez minutos, y de conocer a mi hermana Maravilla, de quien se hacen lenguas todos los amigos que llegan de España. Contéstame por cable, y recibe el afecto de tu hermano,

JUAN.»

X

ESTA carta es un retrato de Juan. Esas líneas incoherentes, tan pronto burlonas como graves, tan pronto candorosas como cínicas, me ponen delante de los ojos la figura de Juan: Juan, el niño mimado de casa, ese hermano menor que me parece un hijo. ¡Pobre Juan! Pobre, ¿por qué? Yo conozco su temperamento. Juan es un hombre fuerte. Tiene dos fuerzas incalculables: la de su frivolidad y la de sus músculos. De cabeza y corazón ligeros, inútil para el estudio e incapaz de una reflexión profunda, Juan posee el vigor y la elegancia corporal de un atleta. Es lo que se llama un buen mozo. Alto, ancho de tórax, de perfil dominante y ojos negros de árabe, Juan constituye ese tipo del joven moderno que se afeita toda la cara, que viste a la inglesa, que entiende de caballos y automóviles, que juega al *pocker*, y no

le pide a las mujeres sino que sean guapas y se vistan bien. Le falta cultura para ser un *snob*. Le sobra conciencia para ser un tramposo y un explotador de *ellas*. Juan no abusa más que de sí mismo: ha dilapidado su fortuna y está dilapidando su juventud. Tiene que vólver a mi lado. Porque, con toda su ligereza, este muchacho iría a la muerte como a un baile, con el cigarro en la boca y una flor en el ojal. Juan hace las cosas trágicas como si tal cosa—que es el único modo de hacerlas bien—. Burlón y quijotesco a su modo, se ha batido veinte veces por mujeres que trataba con la punta del pie. En el juego y en los deportes es temerario. Nada más emocionante para mí que ver a Juan en la sala de armas—en el terreno no he tenido el valor de verlo nunca—: Juan es como esos toreros trágicos que se balancean entre las astas del toro: está siempre ensartándose en la espada del adversario y no se ensarta nunca. Así en todas sus cosas. Tres palabras resumen su carácter y su sino: frivolidad, temeridad y suerte.

¡Ah, sí, Juan tiene mucha suerte! Ahora mismo, cuando se cree arruinado y desamparado, un hada

generosa acaba de decir: «Vamos a salvar a Juan.» Porque Maravilla no ha dudado un instante. Apenas leyó la carta de Juan, me dijo:

—Tienes que traerlo aquí.

Yo le pregunté:

—¿No te molestará?

—No sé; pero si me molesta, se lo diré en seguida y ya se enmendará. Tú y yo, Mauricio, estábamos viviendo egoístamente, sin trabajos y sin inquietudes. Yo andaba buscando una obra útil, lo que yo llamaría el impuesto sobre la felicidad. Tú explicas una cátedra y escribes, pero yo no hago más que ser feliz. Estoy medio avergonzada. No sé cuándo tendremos un hijo, ni si lo tendremos alguna vez... (Aquí se detuvo un momento Maravilla.) Pues bien: vamos a adoptar a Juan.

—Eres muy buena, Maravilla.

—No: es nuestro deber, Mauricio. ¿Y tú no crees que a tu hermano le convendría casarse?

—¿Dónde está la mujer a quien pueda convenirle Juan?

—La variedad de las mujeres es infinita, y no faltará una que sepa transformar a Juan. Yo no digo que vayamos a hacerlo caer en el matrimonio como en una trampa. Vamos a ver si el matrimonio puede ser su salvación. Por de pronto, tene-

mos que traerlo aquí y darle un chapuzón de vida honrada. El niño ya la ha corrido bastante, y ya me encargaré yo de demostrarle que comienza a hacer el ridículo. Ese don Juan necesita ternura, que sólo tú y yo podemos darle; pero su poquito de freno no le vendrá mal. Ya me encargaré yo de domar a ese potro..

Y hoy por la mañana han comenzado a preparar las habitaciones de Juan. Mientras vivíamos juntos, tuvimos nuestras alcobas en el mismo piso, separadas por una sala muy grande, en la que hacíamos gimnasia y esgrima. Ahora Juan tendrá sus habitaciones en el bajo, «lo más cerca posible de la calle», según ha dicho Maravilla.

—Don Juan... Tenorio será muy dueño de venir a su casa... al día siguiente... o de no venir. Lo único que se le pide es que venga solo. Te aseguro que va a encontrar la horma de su zapato.

Y Maravilla parece encantada con la idea de que va a llegarle—de Buenos Aires y no de París—un hijo de treinta años... Nunca la he visto tan contenta. ¿Será, acaso, que sin saberlo se aburre ya un poco junto a mí?

Juan me adora. Tuve que decirle una vez:

—Juan, tú te figuras que yo soy un genio y un santo, y es preciso que sepas que no sé nada y que soy del mismo barro que tú. Te agradeceré que hables con menos orgullo de «tu hermano Mauricio». Hace noches, en una reunión, hablaste en términos tan apasionados, que los comentarios burlones han llegado hasta mí. Otra vez dijiste que «tú eras muy bruto, pero que eras el hermano de Mauricio Cid», como si hubieses dicho que eras el hermano de Kant... No me pongas en berlina. Yo no soy más que un hombre estudioso y lleno de piedad frente a la tristeza y a la miseria del mundo. Lo que valga lo que yo escribo, tú menos que nadie puedes saberlo.

Juan me respondió:

—Yo no leo tus libros, porque no los entiendo; pero te entiendo a ti, y me basta.

Indudablemente, el primer «cidista» de España es mi hermano Juan, que no lee mis libros. El caso es que el muchacho daría la vida por mí. Yo exploto, en el mejor sentido de la palabra, esa admiración, haciendo uso en mis cartas a Juan de las prerrogativas de genio y santo que él mismo me confiere. Juan lee mis máximas de moral, y de tanto como las admira no se atreve ni a tocarlas. Hay

una parte aprovechable en esa admiración: Juan me admira porque me quiere; luego es sensible, luego tiene corazón, y donde hay entusiasmo hay levadura de cosas buenas. Yo estoy seguro de la regeneración de Juan.

La regeneración de Juan... Entendámonos. Juan no es un degenerado. Corporalmente tal vez necesite un poco de descanso para recuperar su admirable equilibrio. Pero moralmente hay que reñir con él una gran batalla. Hay que apartarle de los placeres y encaminarle hacia el matrimonio. Acaso le baste con tener un hijo para que cambie su manera de considerar la vida. Hoy por hoy, el único dogma de Juan es que hemos venido al mundo para divertirnos. Él se divierte «correctamente»: ni engaña doncellas ni burla a sus acreedores. Yo soy el principal de ellos... Juan tiene del honor una idea mundana. Con los cánones de la alta sociedad en la mano, hay que admitir que es un caballero, un *gentleman*. Pero—¡ay!—, según los cánones de la moral eterna, ¿no es un deshonor ser un hombre exclusivamente sensual, un inútil, un estéril? Maravilla y yo no podemos, no debemos celebrar «las gracias» de Juan. Nada más peligroso que los niños mimados de treinta años.

A estas horas debe de tener Juan en Buenos

Aires los cinco mil pesos que le acabo de girar por cable. Dentro de quince o veinte días lo tendremos aquí. Desde que recibimos su carta, Maravilla y yo «no somos los mismos». Aceptamos gozosos el cumplimiento de nuestro deber fraternal, y esperamos con impaciencia al pobre náufrago. Yo estoy completamente enternecido con la idea de volver a abrazarlo, y, por primera vez después de mi matrimonio, estoy algo nervioso y duermo bastante mal. Maravilla concluye de arreglar las habitaciones del hijo pródigo. Y cuando nos sentamos a la mesa y nos miramos buscándonos el uno al otro, se interpone entre nosotros la figura de Juan. ¿Qué va a ser Juan para nosotros? ¿El deber, sólo el deber, dulce de cumplir? ¿El drama? ¿El sacrificio?

No; ella y yo no somos ya los mismos. Hemos dejado de estar solos. A mí, al menos, me parece que el mundo entero ha entrado en nuestra casa; veo a Juan, a las mujeres, a los amigos de Juan. Sus vicios y sus pasiones, como un tropel de faunos y diablesas, están invadiendo nuestro paraíso. ¡Adiós, idílica dulzura de la casa! Maravilla dice que necesitábamos un impuesto sobre la felicidad. Pues Juan viene a cobrárnoslo de parte de Dios.

XI

HA llegado Juan, ha llegado la sombra de Juan. ¿Viene a morir? ¿A renacer? Llegó hace tres días; tuvo—él que era tan fuerte—una crisis de lágrimas al abrazarme, y está en la cama como un gladiador herido, con la nostalgia del combate. El pretende que no tiene nada. El médico habla de un cansancio general, de una fatiga del corazón y de los nervios, y espera que entre Maravilla y yo podremos salvarle. Hay que matar en germen dos o tres enfermedades terribles. El médico y Maravilla son optimistas. Yo, no. Me parece que hace falta un milagro para salvar a Juan. Ahora mismo salgo de sus habitaciones. Ha querido levantarse, hablar, reir. No lo ha logrado sino a medias y penosamente. He tenido que volverle a acostar, y he buscado un pretexto para interrumpir un diálogo que nos hacía daño a los dos: él quería

buscando ideas en el fondo de su cerebro extenuado, y yo escuchando sus palabras incoherentes y marchitas como sus labios. ¿Qué ha podido hacer Juan? Lo que me asusta, sobre todo, es su vejez precoz. Está arrugado, con arrugas trágicas, con arrugas violentas que parecen estigmas. Tiene en la frente, entre los ojos y a entrambos lados de la boca, esos surcos, esas muecas de la máscara del jugador. Tiene los párpados como dos pétalos secos. Tiene la boca triste y «mala», dolorosa y perversa. Trae en la cara la historia de estos últimos años de su vida. Yo leo esa historia tan vulgar: mujeres, juego, alcohol; pero, como es la historia de mi hermano, la leo ansiosamente, deseando que concluya bien.

Maravilla no se ofusca. Tiene la delicadeza de una religiosa y la serenidad de una doctora. Su piedad es sonriente, su ciencia instintiva. Esa piedad y esa ciencia acaso encuentren el remedio que necesita Juan. Juan necesita, ante todo, perdón, perdón de madre: un perdón que caiga sobre su pasado como una lluvia de estío, y lo limpie de escoria y de podredumbre. Luego, necesita autoridad: autoridad de madre, una ley dulce de cumplir, un freno fácil de llevar. Y ahora, mientras el milagro se cumple —si se cumple—, Juan necesita

una enfermera inteligente, que sepa colaborar con el médico y, en ocasiones, modificar un mandato del médico, si así lo aconsejan una actitud o un cambio del enfermo.

Juan está encantado de Maravilla. Cuando es menor su postración se pone a hablar con ella de partidas de *tennis*, de paseos a caballo, de viajes en automóvil. Es curioso. Este hombre agotado, sólo habla de moverse, de agitarse, de correr. Su inmovilidad forzosa le hace más aguda el ansia de la locomoción, ese mal de la vida moderna. Lejos de luchar contra esas fantasías, Maravilla las estimula. A la primera frase melancólica que pronuncie, ya tiene Juan a su cuñada amonestándole, riñéndole; pero no bien habla de «meterse a aviador», ya está ella aplaudiéndole y reservándose un sitio en el aeroplano. Es indiscutible que Maravilla ha comprendido a Juan.

Se diría que el milagro comienza a realizarse. Juan está mejor. Hoy ha podido pasar unas cuantas horas en una butaca, mirar los periódicos, hablar sin fatiga ni incoherencia. Estamos a primeros de junio y dentro de poco saldremos para una

playa de Guipúzcoa, sin grandes hoteles, sin ferrocarril, sin sombra de Casino: lo que necesita Juan. Allí tiene que operarse su curación física; la espiritual me parece casi conseguida. Pero, ¿tenía este muchacho alguna dolencia espiritual?

Juan es como un caballo que ha corrido mucho.

Maravilla es como un arcángel que le sostiene la mirada a la muerte.

Hoy nos ha dicho el médico: «Pasó el peligro grave». Y lo estamos preparando todo para partir y rodear la convalecencia de Juan de cielo azul, de mar azul, de perfumes de mar y de montaña, de gracias rústicas y soledades fértiles.

También, también Maravilla necesita aire puro y silencios campesinos. Ha luchado heroicamente, sin medir sus fuerzas. Y está casi tan pálida y tan extenuada como Juan.

XII

LA casa está en una altura. Detrás de ella hay una maleza, algunos arroyuelos pedregosos, bordeados de sauces; algunas tierras de sembradura y de pastos, y por fin, la roca que se hunde a pico en el Cantábrico. Delante, la playa, suave y espacioso arenal interrumpido por un peñasco enorme, que a ciertas horas sugiere la idea de un cetáceo antediluviano, emergiendo del mar. En realidad es una peña áspera, pizarrosa, llena de aristas y de púas, que rompe con su silueta atormentada la monotonía del arenal. Es la única «nota trágica» del paisaje.

Todo lo demás es amable, graciosamente ondulado y de un verdor tan fresco, tan dulce, que los ojos se inundan de paz al contemplarlo. El cerro por donde trepa la carretera es como una almoha-

da de terciopelo verde: dan ganas de reclinarse en él.

Hemos venido aquí a descansar, y la tierra nos acoge tiernamente. Pero así como yo entiendo el descanso en el sentido directo de la palabra, y me paso largas horas leyendo, mirando, soñando en un sillón o sobre el césped o la arena, Maravilla y Juan han estudiado ya el mapa de la comarca, y se proponen recorrerla toda a pie y en bicicleta, en cuanto el enfermo vuelva a ser dueño de sus músculos...

Cosa que no debe tardar. La convalecencia de Juan se afirma. Estamos viviendo una vida tan rústica, tan sana, tan natural, que de día en día veo a mi hermano recuperar salud y juventud. La Naturaleza, en colaboración con Maravilla, hace prodigios.

Sin Maravilla, esta casa—que yo alquilé en Madrid por un anuncio de periódico—sería inhabitable. Es un caserón conventual, con ocho o diez habitaciones entre el bajo y el solo piso de que consta. Más que habitaciones, celdas: unos aposentos muy grandes, enjalbegados, con una o dos

ventanas al mar, y puertas a unos pasillos que parecen corredores de cárcel o de cartuja. Los muebles eran camas de hierro, sillas de Vitoria, cómodas desencajadas por la humedad y roídas por la carcoma, mesas y veladores cojos, un aparador, negro de hormigas, y unas lámparas de petróleo, de las de mucho tufo y escasa luz. Un desastre.

Yo no pude disimular mi consternación el día de la llegada. Maravilla, después de instalar a Juan en la más clara de las celdas, vino hacia mí, sonriendo:

—Esto es un monasterio... Lo que nos hacía falta.

Y como yo, pecador de mí, protestase:

—No te apures—me dijo—, y no olvides que por cada ventana ves el mar.

Al día siguiente, por la mañana, se fué en bicicleta a San Sebastián. Y cuando Juan, repuesto de la fatiga del viaje, pudo dar una vuelta por el caserón, tuvo meridianas en que extenderse, sillones donde arrellanarse, alegres almohadones donde reposar la cabeza, en la que vuelve a arder la llama de la vida. Y yo, por mi parte, me vi entre muebles de madera y de mimbres, pintados de amarillo, de rojo, de azul, como los de una casa de muñecas. Hubo estantes para los libros de que no me

separo nunca, telas estampadas con que improvisar tapetes y cortinas, y cacharros para las flores y los brezos que entraron a perfumar la casa. La varita mágica de Maravilla había operado la transformación.

XIII

TRANSFORMAR una casa... Transformar un hombre... Un hada es capaz de todo. La curación de Juan va mucho más de prisa de lo que el médico nos permitía esperar. No llevamos aquí más de ocho días, los primeros de julio, y ya Juan protesta de los baños de sol en la *chaise longue*, del régimen de legumbres y pescados blancos, de las inyecciones de estricnina y, sobre todo, de la inmovilidad. Maravilla le impide cometer imprudencias. En el comedor, que ha quedado muy alegre, juegan los dos a las damas, al dominó—pues el ajedrez fatigaría a Juan—, o se pone ella a leer en voz alta algún libro que distraiga al convaleciente. Nada de novelas de pasión ni de análisis de caracteres. Maravilla, que sabe siempre lo que se hace, ha abierto la Biblia literaria—quiero decir el *Quijote*—y le ha leído a Juan algu-

nos capítulos: aquellos en que Cervantes puso más gracejo que sarcasmo y más ternura que rencor. Después ha buscado algunos libros modernos de aventuras, de esos que escriben los ingleses, y algunas narraciones de viajes. Desde la habitación en que escribo escucho ahora su voz, y de tiempo en tiempo la risa de Juan.

Así vamos entrando en los esplendores del estío. La inquietud que me atormentara con la aparición de Juan, se desvanece. Mientras sea necesario Maravilla y yo velaremos por él. La vida, nuestra vida—claro está—, ha cambiado. Ya no es Maravilla para mí solo, ya nuestro amor ha dejado de ser un coloquio egoísta. Juan representa para nosotros dos el deber, el sacrificio, la familia, la Humanidad... Todo eso... Concluyó el idilio, el éxtasis, aquella mutua contemplación en que Maravilla y yo vivíamos adormecidos.

Hoy ha podido bajar Juan a la playa. Maravilla y él estaban vestidos de blanco, elegantes y pálidos los dos. Iban delante de mí por el caminito que de nuestro caserón conduce al arenal. Ella le daba el brazo y le decía que fuera despacio. Él erguía

la cabeza y levantaba el pecho, tapizando la vida. Estábamos envueltos en un olor de ninyelas silvestres y de algas marinas: un olor de montaña y de mar, un olor antiguo, un olor eterno. Porque la Naturaleza ha olido siempre igual, y sólo los hombres y las ciudades cambian de olor. Juan abría la boca y agitaba la nariz, medio embriagado, medio desvanecido. Ella le sostenía. El sol caía á plomo sobre nuestras espaldas. El cielo era azul con pomposas nubes blancas. El mar estaba agitado: tenía un verdor transparente de esmeralda.

Nos sentamos en unas cestas de mimbres que habíamos hecho bajar del caserón. Yo abrí un libro. Maravilla se dispuso a proseguir un bordado. Juan, según órdenes de *su* enfermera, debía estarse quietecito en su asiento, con las piernas arropadas en una manta. El muchacho sonreía con afectuosa burla. Maravilla le vigilaba como si presintiese una imprudencia. Bajo el sol, frente al mar y entre aquellos olores balsámicos, yo veía transfigurarse el rostro de mi hermano. Las últimas huellas de la enfermedad desaparecían, alguna arruga atormentada de la frente se iba borrando, como si unos dedos mágicos resbalasen por ella; los párpados se refrescaban, los ojos bebían toda la luz y toda la pasión del paisaje, y la boca, como si una sangre

nueva la escogiese y la animase, buscaba con anhelo un placer: un beso, una fruta, una flor... Me estremecí. Nunca, hasta entonces, había comprendido que Juan es un hombre hermoso, de hermosura francamente viril y divinamente bestial, uno de esos hombres que le han gustado siempre a las mujeres porque... son hombres.

Este otoño, ya completamente restablecido, Juan volverá a querer, sobre todo a dejarse querer... Maravilla y yo lo hemos salvado, lo hemos resucitado, para que una desconocida nos lo arrebate y nos lo consuma de nuevo...

XIV

SEGUNDO paseo matinal a la playa. El mismo olor, pero un cielo azul y un mar azul. Volvimos a sentarnos. Yo abrí mi libro. Maravilla prosiguió su bordado. Juan se dejó arropar, sonriendo, y con la autorización de su enfermera encendió un pitillo. Frente a nosotros, pero bastante lejos, se bañaban unas muchachas, dando gritos. Sobre el peñasco que corta el arenal saltaban dos chiquillos desnudos. Y allá, por la línea del horizonte, se deslizaba, indecisa y suave, la silueta de un vapor.

Juan, como la víspera, sonreía burlonamente. Sus ojos parecían medir la playa, y al llegar al peñasco se alegraban con una luz infantil, como si las cabriolas de los niños desnudos le inspirasen envidia. De pronto, y aprovechando un escalofriamiento de Maravilla, sacudió la manta que arrebujaba sus

piernas, y, dando un salto que le alejó varios metros de nosotros, comenzó a correr hacia el peñasco. Yo dí un grito y me puse a perseguirle:

—¡Juan! ¡Juan! No seas loco...

Maravilla corría también, pero sin alterarse, sin gritar.

Juan se detuvo un momento, levantó los brazos, y con el rostro enrojecido por la carrera y una gran risa en los labios, exclamó:

—¡Ya estoy bueno! ¡A que no me alcanzáis!

Y volvió a correr. Sus pies casi no rozaban la arena. Su pecho se erguía como el de un joven centauro. Parecía elástico, parecía ingrávido. Me detuve, jadeante. Maravilla, no. Maravilla iba tras el fugitivo, ágilmente, vaporosamente. La gracia aérea de los dos corredores, de aquellos dos cuerpos juveniles, de aquellas dos figuras blancas, que iban sobre el oro de la arena y entre los azules del cielo y del mar, era la misma: ¡la gracia eterna de la juventud! Me sentí viejo y triste. Me pareció que Juan y Maravilla iban a remontarse en los aires y desaparecer. Nadie en aquel momento hubiese dicho que Maravilla era mía y no de Juan. Sonreí melancólicamente. Por fin Juan llegó al peñasco, y su figura blanca se destacó sobre el cielo. Maravilla le esperaba al pie de la roca, por la cual seguían

brincando los dos niños desnudos. Vi a Juan enjugarse la frente y jadear un poco. Entonces Maravilla le tendió una mano, le prestó su brazo, y el convaleciente y la enfermera volvieron despacito hacia mí. Maravilla venía reconviniendo a Juan.

XV

AGOSTO... La curación de Juan es completa. Su alegría se desborda en sus palabras y en sus actos, y convierte en una caja de música, y hasta de truenos, al caserón. Don Luis ha venido a vernos desde San Sebastián, y, poniéndole las dos manos en los hombros, le ha dicho a Juan:

—¡Quién fuera el cuñado de Mantovani...!

A lo cual repuso éste:

—Si usted se sometiese como se ha sometido Juan, ya me encargaba yo también de curarle...

—Mi enfermedad se llama vejez...

—Se llama ocio y se llama vida, señor don Luis.

Don Luis, inclinándose, se consideró un caso perdido. Después del almuerzo quiso llevarse a Juan.

—Véngase usted conmigo un par de días.

Maravilla se opuso:

—En dos días se puede destruir la obra de dos meses.

Juan fué más explícito:

—Se lo agradezco en el alma, don Luis, pero ya «no me resulta» San Sebastián...

—Hombre, explíquese usted!—exclamó nuestro amigo.

Y Juan, ligeramente, «se explicó»:

—¿Qué quiere usted, don Luis? Acabo de mudar de piel. No es que vaya a meterme a fraile, ni mucho menos; pero esta enfermedad, que ha sido seriecita, me ha dado tiempo para reflexionar... He decidido renunciar a una porción de cosas... Ya me entiende usted.

Don Luis le entendía perfectamente, y su asombro se manifestó en esta frase:

—Maravilla también cura las almas.

No tanto. No puede pretenderse que Juan se haya convertido de pronto en un hombre ponderado y austero, y que todas sus dolencias e imperfecciones espirituales hayan desaparecido con su enfermedad. Lo que ocurre es que Juan no era, como don Luis, un árbol seco y endurecido, sino un árbol joven, que comenzaba a torcerse. Replantado en la tierra natal y cultivado amorosamente, vuelve

a su derechura y robustez. Pero el árbol no dará nunca frutos universales; quiero decir de los que destilan ciencia, genio, sacrificio por el bien común. Juan sigue siendo egoísta, no muy sensible y poco inteligente.

¿Entonces? Juan, que hasta ahora no me tenía más que a mí en el mundo, nos tiene ahora a Maravilla y a mí. Juan, que es un gran instintivo, acaba de comprender y de comprobar el valor de los afectos familiares cuando son puros. Y mientras no se case, si se casa, vivirá con nosotros y será feliz.

Ha visto que obedeciendo a Maravilla conseguía curarse y olvidar. Y hoy obedece a Maravilla con un entusiasmo de fanático. Puede decirse que Maravilla hace de él lo que quiere. Y ella no quiere sino lo que puede convenirle a él.

Hay entre ellos dos bastantes rasgos comunes, pero son más las diferencias que las semejanzas. Se asemejan en juventud, en hermosura y en su afición a los deportes. Se diferencian en todo lo demás: mi hermano es superficial; Maravilla es honda. En Juan predomina el músculo; en Maravilla, el cerebro. Juan es de carne; Maravilla, de

alma. Extranero adrede, para decirme a mí mismo cosas que me tranquilicen, que me saquen, no de mi duda, ¡oh, no!, sino de una inquietud, de un malestar que no me abandonan desde que los vi correr en la playa y no me parecieron dos hermanos, sino dos amantes. ¿Cómo podría yo tener celos? ¿Por qué? ¿De quién? No estoy celoso, estoy triste y con rubor ante la Naturaleza. Me digo: «Indudablemente, Maravilla y Juan forman una pareja más armoniosa que Maravilla y yo». La otra mañana, en el arenal, sintiéndome poeta, sintiéndome pintor, *los usé* mentalmente, *los casé* en el altar de mi imaginación. ¿Tienen ellos la culpa de ser jóvenes, de ser hermosos, de ser ágiles, de hallarse en la plenitud de la gracia corporal y en la hora más radiante de la vida? La idea del amor la sugieren a pesar de sí mismos. Si el mundo estuviese dirigido por la lógica y la estética, Maravilla no debía ser mi esposa, sino la de Juan. Pero el mundo carece de dirección y de armonía.

Mi matrimonio con Maravilla se me aparece de pronto como un error. Por profundas que sean las simpatías espirituales que entre ella y yo existen, son mayores y más fuertes sus afinidades con Juan. Más fácil le habría sido a Maravilla—¡oh, mucho más fácil!—hacer de Juan un hombre discreto, casi

un hombre culto, que hacer de mi un *sportsman*.. Y si el «cultivar», el afinar intelectualmente a Juan es posible, ¿de qué artes podría valerse Maravilla para impedir que yo envejezca, y que cuando ella alcance esa edad de los treinta años—la de las grandes pasiones femeninas—, entre yo en el camino de la ancianidad?

Pero, ¿no estoy calumniando a Maravilla?

Voy a dejar de escribir y hasta de pensar algunos días. Voy a sacudir mi blandura de hombre sedentario y a tomar parte en las excursiones y paseos de Maravilla y Juan. Veo que me invade la tristeza: una tristeza de filósofo altruísta y sediento de perfección. Querría ser como mi hermano: egoísta, instintivo y superficial.

XVI

HACE cerca de un mes que no anoto mis impresiones. Maravilla y Juan han salido esta mañana en bicicleta. Van a recorrer unos sesenta kilómetros de la costa. Almorzarán donde puedan. Y no estarán de regreso hasta la noche. Tengo todo el día por delante para contarme a mí mismo una historia que aún ayer me parecía atrozmente dramática, y de la que ya no se asusta mi corazón. Digamos de prisa las cosas graves: Maravilla está enamorada de Juan.

Creí que no podría escribir nunca estas palabras: *Maravilla está enamorada de Juan.* Las escribo temblando y con lágrimas en los ojos. ¡Pobre Maravilla mía! ¡Pobre amor! Si en mí mismo estuviese, Juan sería suyo y ella sería de Juan. Sólo de un modo, dándome la muerte, podría esto llegar a realizarse. Pero el drama es más complicado aún.

Mi muerte no lo resolvería. He aquí por qué: Maravilla *no sabe todavía* que está enamorada de Juan, y Juan no ha sospechado aún que Maravilla está enamorada de él. No hay, por de pronto, solución. Pero se acercan horas de prueba y de martirio para Maravilla y para mí. Creo que las recibiremos dignamente.

Maravilla acaba de ser herida por la fatalidad. Ella, mi hermano y yo comenzamos a representar una tragedia antigua. Estamos en el prólogo. El Destino ha determinado que Maravilla se enamore del hombre joven, fuerte y bello que vive a su lado; del hombre que ella misma le ha arrebatado a la muerte, y que es, en cierto modo, «suyo». El Destino cierra los ojos de Juan y abre los míos. Juan no verá nada, no sabrá nada, no comprenderá nada. Yo lo veré todo, lo sabré todo, lo comprenderé todo.

Hasta para el Destino hay cosas imposibles... Maravilla puede enamorarse de Juan, pero no podrá ser nunca de Juan. La tragedia no será pagana, sino cristiana. Maravilla luchará contra la pasión incestuosa y concluirá dominándola. Lo que me

espanta precisamente es la crueldad del combate. Y he aquí por qué, lejos de recriminar a Maravilla, me pongo de su parte como un buen aliado que la ayudará a vencer.

He dicho una vez: «Juan es de carne. Maravilla es de alma.» Y sigue siendo cierto. El alma de Maravilla vencerá. Pero aún estamos lejos de la victoria. Este es el momento de la sugestión, de la tentación. Maravilla está sufriendo un ataque terrible de la Naturaleza. Y tan grande es su confianza en sí misma y tan inexpugnable le parece su castillo espiritual, que no ve llegar al sitiador. Maravilla cree *aún* que Juan es para ella como un hermano, más bien como un hijo. Y yo sé ya que Juan es para ella el encanto y la angustia de la vida: el *amor*.

Quiere, sin saber que quiere. La pasión la tiene fascinada, adormecida y como en un estado de inocencia. Yo he visto nacer esta pasión, y si me atrevo a hablar de ella es porque todas mis facultades de pensador y de enamorado—mi amor por Maravilla es cada vez más grande—se consagran desde hace tiempo a captar los gérmenes y anotar los progresos del mal. Bien sabe el pueblo lo que se

dice cuando habla del mal de amores. Maravilla está enferma de amor. Y, como en casi todas las enfermedades graves, el doctor que observa sabe más que el enfermo que padece.

Podrá pensarse que mi corazón «ve visiones». Durante algunos días sostuve con él grandes batallas. Yo esgrimía las armas de la razón y él las del sentimiento. Era un duelo desigual, en el que fuí vencido. De adversario trocóse en consejero. Él era quien me mostraba los indicios del mal, y también quien me instruía y me consolaba. «Fíjate en esa mirada de Maravilla a Juan... ¿Pueden mirar «así» una hermana o una madre? ¿No ves que esos ojos siguen, arobados, las actitudes de Juan?» Cierto. «Escucha—me decía otras veces—: mide la hondura de ese silencio de Maravilla. Juan está a su lado y habla de mil cosas insignificantes, y ella no responde, porque está bajo el hechizo de su voz.» Verdad. Una a una he ido comprobando las observaciones del corazón.

Hace días fuimos a Zarauz, a la *villa* de unos lejanos parientes míos, los señores de Arjona, gente rica y agradable. Una de las hijas, Teresa, tuvo re-

laciones con Juan, hace mucho tiempo, cuando ella iba de corto y a Juan apenas le apuntaba el bigote. Nadie tomó en consideración aquel noviazgo de chiquillos, del que Juan, estoy seguro, no se acordaba el otro día, al saludar a Teresa. Con las «novias» que ha tenido el niño desde entonces... Pero Teresita Arjona sí que se acordaba. Y fué lo primero que le dijo a Juan, delante de todo el mundo. Juan se puso a sonreír y hasta se ruborizó un poco. Teresita decía: «Aún guardo una de tus cartas: tiene ocho líneas y nueve faltas de ortografía. Ponías amor con h...» Juan contestó: «Ahora lo escribo bien». Y Teresita, maliciosa, repuso: «A fuerza de práctica, claro está...»

Me fijé en Juan: Teresa parecía agradarle.

Me fijé en Teresa: es una muchacha bonita, sana, graciosa, a la que probablemente le gustaría casarse con Juan.

Me fijé en Maravilla. Sólo yo podía comprender lo que significaban el ligero pliegue de su frente y las rápidas y profundas miradas en que envolvía a Teresita y a Juan.

De regreso en el caserón, le dije:

—Si casásemos a Juan con Teresita Arjona...

Maravilla se estremeció. La sentí dudar y sufrir... Pero su respuesta fué digna de ella:

—Si Juan la quiere, y ella quiere a Juan...

Después retrocedió:

—Pero Juan no la quiere, ni ella quiere a Juan... Ya veremos. ¿Y qué prisa tienes en casar a Juan?

—Ninguna—respondí.

A pesar de su dominio sobre sí misma y *de no saber que quiere a Juan*, Maravilla me había dejado ver en su semblante la tristeza, la zozobra, los celos, cuanto pasa por un alma enamorada cuando algo amenaza su amor. También me había dejado ver su virtud. Yo hubiese querido tomar las manos de Maravilla, besar su frente—esa frente pensadora que tanto va a martirizarla—y decirle:

—Háblame de tu amor.

Imposible. Maravilla habría abierto los ojos con espanto. O tal vez, simplemente, me hubiese respondido:

—¿Quieres que te hable de ti?

Porque Maravilla cree que me quiere aún; porque Maravilla no dejará nunca de quererme, como me ha querido hasta hoy. Nuestra vida íntima no ha cambiado. No pasa nada y está pasando todo. La pasión adelanta en su camino. ¿Qué será de Maravilla cuando le diga «aquí estoy»? ¿Y qué será de mí?

El remedio... Decirle a Juan: «Viaja». Pero Juan se ha salvado precisamente porque ya no viaja, porque ha vuelto a echar raíces en el terruño, porque está respirando a plena alma el ambiente familiar. Decirle a Juan: «Viaja», es decirle: «Muere». Además, lo que ocurre es tan recóndito que no hay modo de resolverlo sin profanar la inocencia de Maravilla y sin herir la dignidad de Juan. Si yo le digo a Maravilla: «Juan no debe seguir viviendo con nosotros», Maravilla me preguntará:

—¿Por qué?

Y si cuando se lo diga sospecha o sabe que está enamorada de Juan, la obligaré a confesarme una falta ilusoria que no podrá cometer nunca. Mientras Maravilla ignore su pasión o luche contra ella, mi deber consiste en guardar silencio. Cuando la lucha sea demasiado áspera, ya veré lo que el corazón me dicta. ¿Entretanto? Observar, esperar... He aquí la noche... Estoy triste, pero fuerte. Se ha salvado a Juan; salvemos ahora a Maravilla.

Resuenan unos timbres, unas voces me llaman: «¡Mauricio! ¡Mauricio!» Son ellos... Y voy a su encuentro con la risa en los labios y la ternura en el corazón.

XVII

JUAN se ha marchado por algunos días, seis u ocho. Esta mañana recibió una carta de un *sportsman* francés, amigo suyo de Buenos Aires, que hace sus primeras armas como aviador en un concurso de Burdeos. El amigo le invita a asistir a sus *debuts* y luego a volar con él. Juan leyó la carta en la mesa, y nos pidió consejo a Maravilla y a mí.

—¿Qué os parece? A mí me encantaría volar.

Y su rostro se iluminaba a la idea de la aventura.

Maravilla respondió:

—Es absurdo. Todavía no estás bien.

Yo dije:

—Por mi parte, te ruego no subas en aeroplano. Ve a ver a tu amigo, pero no vueles...

Maravilla palideció, mientras Juan decía, exaltándose:

—No volaré por vosotros, pero no por falta de ganas ni... de facultades. Nunca me he sentido más fuerte. Entonces, dentro de una hora salgo para San Sebastián y tomaré el expreso de esta noche...

El viaje estaba decidido. Maravilla ayudó a Juan a preparar las maletas. A media tarde le acompañamos en coche hasta el tren. Y aquí estamos de vuelta, *solos*, Maravilla y yo.

El Destino me brinda esta ocasión de probar a Maravilla. Todavía estoy asombrado de haber tenido el valor de contradecirla en la mesa. Hícelo discretamente, pero más discreta fué ella al someterse a mi voluntad. Ahora, en el coche en que volvimos de despedir a Juan, venía diciéndome:

—Creo que no has hecho bien en dejarlo ir... Todavía no está bueno del todo, y ese amigo aviador y otras amistades que a lo mejor encuentre en Burdeos, pueden llevarle a hacer locuras.

Y decía esto Maravilla como una hermana. Hasta me pareció leer en sus ojos un reproche y una interrogación: «¿Por qué lo has dejado ir?» ¡Oh, si Maravilla supiese! Lo he dejado ir porque quiero comprobar los avisos de mi corazón. El experi-

mento es grave... Tal vez expongo a mi hermano a una recaída. Tal vez precipito la hora en que Maravilla va a encontrarse espantada frente al amor imposible. No sé si he hecho bien, si he hecho mal en «dejarlo ir». Pero, ¿no hemos quedado en que Maravilla, Juan y yo estamos representando una tragedia antigua? Pues dejemos operar a los dioses.

Anoché, en la mesa, hablamos poco. Pero el de los silencios prolongados y profundos era yo. Maravilla estuvo casi natural, y, como siempre, afectuosa y diligente conmigo. Al levantarse de la mesa vino a mí, me echó los brazos al cuello y me dijo:

—Tú sabes que no volará... Perdóname si te he asustado. Pero no va a pasarle nada en tan pocos días. Vamos, ten valor...

La conturbada y dolorida por la ausencia de Juan venía a consolarme. ¿Era astucia o fortaleza de espíritu? Disimulé mi asombro. La velada se deslizó por fin suavemente. Leímos los periódicos de Madrid. La ayudé a última hora, como hace Juan todas las noches, a cerrar las puertas y ventanas del caserón. Ráfagas violentas nos envolvían, nos empujaban el uno contra el otro, agitando sus cabe-

llos y mi barba. Un momento nuestras cabezas tropezaron, y sentí la fiebre en que se abrasaba la suya, y vi reflejarse en sus pupilas, trágicamente dilatadas, las fosforescencias del mar. Exaltado por tanta belleza y por tanto dolor, embriagado por el aroma de sus cabellos y los perfumes bárbaros de la noche, tomé su rostro entre las manos y lo besé con frenesí muchas veces. Su rostro era una llama. Y sus besos—más apasionados que nunca—llegaban como fuego derretido a mi corazón. ¿Maravilla, espantada, venía a refugiarse en la piedad inmensa de mi amor? ¿O era que mi alma me había estado engañando, y yo era *el de antes, el de siempre*, para Maravilla? Aquel instante de duda y de voluptuosidad fué un glorioso arrebato. Me sentí joven, fuerte y penetrado de alegría sensual. Tomé a Maravilla en mis brazos, y me pareció que alguien me la había arrebatado, y que yo acababa de reconquistarla.

XVIII

NO habia querido separarse de mí... Su cabeza, magnífica y ardiente, como recién fundida en un metal precioso, reposaba y pesaba sobre mi pecho. Habíamos dormido, con sosiego, tal vez una hora. Después, su fiebre y sus estremecimientos me despertaron. Me puse a velarla. Los rumores del viento y de las olas me parecían menos profundos que los suspiros de ella. Maravilla soñaba algo atroz. ¿Debía yo, despertándola, interrumpir aquel misterio? Dudé. Una fuerza instintiva retenía mis brazos cada vez que iban a sacudir a la durmiente. Yo estaba espantado de mi crueldad. Maravilla seguía anhelante las etapas de su sueño, y se acercaba, desfallecida, al desenlace de la historia terrible inventada por su corazón. Yo la sentía estremecerse toda; levantar una mano pesadamente, amparando, implorando; su cabeza pretendía erguirse, apenas se distanciaba de mi pe-

cho, y volvía a caer vencida y sudorosa, como la de un agonizante. Y por fin la última sacudida del tormento... Maravilla se incorpora violentamente, abre los brazos, levanta la cabeza, y un grito agudo, que parece interminable y penetra en mis oídos como un acero, repercute en la casa y domina los rumores del mar. Y una palabra brota luego de sus labios crispados, un nombre: el de Juan...

Entonces la sacudo, la abrazo.

—¡Maravilla! ¡Maravilla!

—¡Juan! ¡Juan!

Pero ya está despierta, ya sus ojos me miran, reconociéndome. Y en ese instante de terror y de excitación en que dejan los sueños trágicos, Maravilla balbuce:

—Juan... Lo vi caer desde muy alto... Y morir...

La tranquilicé. Le dije:

—Tú sabes que esos sueños no se realizan nunca.

Pudo volver a dormirse, mecida por mis palabras afectuosas. Y yo vi rayar el día, postrado ante los enigmas de su dolor.

. . . . . .

Acabo de escribir estas líneas, y me pregunto: «¿Qué debo hacer? El sueño de Maravilla no ha

sido una revelación, sino una confirmación. Verdad que yo no había dudado hasta anoche, cuando ella respondió a mis besos tan apasionadamente. Heme aquí, pues, frente a la realidad de una pasión que destruye mi casa y va a romper mi vida. ¿Qué hacer? ¿Qué es lo que yo quiero, ante todo? Que ella no sufra, o que sufra lo menos posible.

Voy a ponerle un telegrama a Juan, diciéndole que estoy enfermo y que se vuelva corriendo a nuestro lado.

XIX

JUAN ha vuelto. Maravilla ha cambiado, porque *ya sabe* que está enamorada de Juan. Comienza su lucha contra el amor imposible. Maravilla arrostra valerosamente el combate; pero a mí me parece que este mal es de los que no tienen remedio. No espero asistir al triunfo de Maravilla, sino a su sacrificio, a su derrota. Es atroz. Yo querría ayudarla a ser feliz. Si la presencia de Juan le bastase para serlo—¡oh!, ¿por qué temblar al escribir esto?—, yo me resignaría al adulterio platónico de Maravilla, yo admitiría que Maravilla adorase a Juan como a un ídolo. Juan está ciego y sordo ante el amor que ha inspirado; es de piedra o de bronce, como un ídolo...

Hay en esta desventurada historia algo, una idea, un precepto moral—no sé bien cómo definir

la cosa—, que no sufre el más leve detrimento: el honor, *mi* honor. ¡Oh, tristeza! ¡Si yo dijese que la vida dichosa de Maravilla me importa infinitamente más que mi honor!... Estas páginas las escribo para mí mismo: en ellas puedo y debo decirlo todo. Pues bien: si ahora, en este instante, Maravilla y Juan se marchasen juntos, para no volver, para quererse, para fundir sus vidas en un amor que nuestro tiempo calificaría de monstruoso, yo, muriéndome, los aprobaría. Pero esta solución *natural*—es decir, la que aconseja la Naturaleza—no será la de nuestro drama. Para que lo fuese sería necesario que Juan y Maravilla fueran *otros:* dos degenerados o dos regenerados, ¿qué sé yo? No deliro. Nuestra moral dice esto y nuestro corazón lo otro, pero a la Naturaleza sólo le importa que sus grandes armonías se cumplan. Y la armonía de las armonías es el amor.

No se cumplirá, por esta vez, la gran armonía. Maravilla no es Fedra, sino una mujer cristiana, una perfecta casada, de las que no sucumben a la tentación. ¿Y Juan?... Juan quiere a Maravilla como a una hermana y la respeta como a una diosa. Si yo, enloquecido, le dijese: «¿No ves que Maravilla está enamorada de ti?», Juan huiría, horrorizado, hasta el fin del mundo. En realidad, lo más terrible

de esta tragedia es que no puede estallar... Hipólito recibe las declaraciones de su madrastra, y, loco de indignación y de vergüenza, corre a la muerte. Pero Juan «no sabrá nunca», Maravilla «no habiará nunca»... Y yo tendré que contemplar en silencio, y con los brazos cruzados, la obra destructora del Destino.

¿Con los brazos cruzados? No. Yo los abriré cuando Maravilla venga a refugiarse en ellos.

XX

ANTES—¿te acuerdas, corazón?—esta casa era suya, era nuestra. Sobre la palidez y la mustiedad del pasado, ella había puesto el color y el aroma de su juventud. Ella le había dicho a la casa: «Sonríe», y la casa, sin perder su dignidad de casa antigua, de casa donde el amor y la muerte habían ido trazando los capítulos de una historia familiar, sonrió contenta, ¡Oh, sí; la casa estaba contenta y hasta orgullosa de nuestro amor! La casa decía: «Soy grande y blanca. Soy de cristal y de lana, transparente y cálida. Soy la casa del amor.» Y luego, ensanchando su sonrisa, pero bajando la voz, añadía: «Pero no la casa del amor estéril... Seré vuestro tálamo durante algún tiempo. Después quiero ser vuestro hogar. Fijaos en estas alcobas que el sol visita al nacer. Medid la anchura de mis corredores; sentid el frescor de

mis ladrillos rojos y de mis losas de mármol; ved cómo la luz se irisa en los azulejos del patio, y qué dulcemente resuenan, bajo la lluvia, los vidrios del gran corredor... Probadme: ¿comprendéis? Traedme nuevas vidas que abrigar, que cuidar, que consumir. Porque las casas se alimentan de vidas: continuad mi historia.», Todo esto quería decir: «Tened hijos.»

Y Maravilla y yo no tuvimos hijos. Cuando la casa se dió cuenta de esto; cuando las grandes alcobas se preguntaron: «¿Por qué no se mece, ni se llora, ni se ríe, ni se canta aquí?; cuando los ladrillos rojos de los corredores se dijeron: «Ya no hay pies de ángeles en la tierra, ni caballos y cisnes de ruedas en los bazares»; cuando el comedor exclamó, muy serio: «Váyanse ustedes al gabinete: yo resulto demasiado grande para ustedes dos»; cuando, en fin, toda la casa nos dió a entender su enfado y su tristeza, Maravilla y yo la acariciamos, la consolamos y conseguimos que volviese a ser nuestra. Le dijimos: «Casa: nosotros no tenemos la culpa..., tú lo sabes bien. Pero, fíjate: desde que tú cobijas nuestro amor no te hemos dado ningún

disgusto. Tus espejos no han contemplado ninguna «escena». Aquí no ha habido ni mentiras, ni celos, ni discusiones. Cuántas veces te habrás dicho: «¿Pero están casados?» Tus paredes se han vuelto sordas, ¡de monótono y soso que les parecía el canto de nuestro amor! Algunos retratos de familia empiezan a entornar los párpados; otros se han dormido ya: ¡tan seguros están de la ventura de nuestro amor! Y en la biblioteca y en el despacho, ¿no es todo alegría y satisfacción? Porque allí, no lo niegues, se trabaja, se *crea;* no todos los hijos han de ser de carne y hueso; los hay también, tú lo sabes, de papel y tinta. Entre un libro y un hijo, ¿la diferencia es tanta? El amor, ¿le parece superior a la idea?»

La casa volvió a sonreir, y nos dijo: «Bien está. Me conformo con que vuestros hijos sean... de papel. Os perdono el coloquio amoroso, el idilio perpetuo, a condición de que sigáis siendo felices. No me deis el espectáculo de un drama. A pesar de las galas y atavíos modernos de que me habéis acicalado, ya voy para el siglo. Me salió el primer diente—quiero decir que me pusieron la primera piedra—en 1811.» Le respondimos, riendo: «¿Drama dices? Prepárate a un epitalamio sin fin.»

Y hemos engañado a la casa. Un día llegó Juan. La casa que lo adoraba, que lo había visto nacer y que conserva alguna cicatriz de sus juegos de niño, lo acogió suavemente. Las sombras paternales rondaron por alcobas y pasillos, para ver cómo se recibía al hijo pródigo. Y la casa y sus sombras dijeron: «He aquí unos enamorados que no son egoístas, he aquí que al amor y al trabajo unen la fraternidad.» Y fueron aquellos días, aquellas semanas, de ansiedades y dolores nobles... Juan venía a morir; pero la casa, *su* casa, no quería que muriese aún, y nos decía a Maravilla y a mí: «Salvadlo.» Y como fué, en verdad, Maravilla, el hada Maravilla, quien lo salvó, la casa dijo: «Tú eres mi reina, Maravilla, y entre todas las mujeres que han sufrido y gozado bajo mi techo, eres la mejor, la más divina y la más humana, la más ángel y la más mujer.» Tal era el gozo de la casa, al ver que la muerte no se llevaba a Juan.

¡La Muerte! Cuando la casa, del entierro que había temido, oyó rodar de baúles en el recibimiento y cascabelear de mulas en la calle, no supo reprimir su alegría: «¡Buen veraneo! Cerradme

bien. Yo me defenderé como pueda contra el calor de Madrid, mientras vosotros os oreáis con las brisas del mar. ¡Quién tuviera ruedas!» Y la casa suspiró. Pero quedaba tranquila: al concluir septiembre volvería a vernos, y nos decía adiós como una madre cuando los hijos van a un pueblo que está en fiesta, y adonde ella no puede acompañarlos. Nos decía adiós sonriendo, y como si ya nos viese volver con las ramas, las flores y los dulces de la romería.

¡Pobre casa! Aquí nos tiene ya de vuelta, y abre los ojos, nos mira y nos escudriña, preguntándose lo que ha podido pasar. Juan vuelve completamente sano, y su alegría tumultuosa no sorprende a la casa, sino que aumenta su confusión, porque la casa nos observa a todos, y ha visto que Maravilla vuelve muy pálida, y ha visto mi tristeza. Ni Maravilla ni yo podemos evitar las miradas de este testigo, que no frunce el ceño, y que, si pudiese, se pondría a llorar. La casa nos quiere y se llama a engaño afectuosamente: «No era esto lo convenido... Explicadme...» Y tengo que revelarle a la casa el porqué del adelgazar y del no dormir de

Maravilla, el porqué de mis hondas horas de meditación en el despacho y, sobre todo, el porqué de esa comedia de felicidad que Maravilla y yo representamos siempre que nos encontramos juntos.

¡Triste comedia, en la que los actores tienen la risa en los labios y la angustia en el corazón! Maravilla, en lo más terrible de su combate espiritual, conserva una dulzura y una calma milagrosas. Nunca ha sido más tierna conmigo. Nunca se ha ocupado con más ahinco de los pormenores de la casa. Los que no la conocen—¿y dónde estaría la maravilla de Maravilla si todo el mundo la conociese?—no ven nada, no notan nada. Ella ilumina su semblante pálido, y se engalana y canta y ríe como una portentosa actriz en un papel de disimulo y de simulación: un papel shakespiriano. A mí me asusta. Yo la siento sufrir. Yo sé—porque la casa me lo dice—lo que son sus noches de insomnio y de tortura moral. Soy su invisible Cirineo. Conozco el peso de su cruz y los riscos de su calvario, pero la voy siguiendo y sosteniendo sin dejarme ver. ¡También yo disimulo! También yo he tenido que improvisarme actor. Y la casa, al verse convertida en teatro, se pone a protestar: «Esto no está bien...» Luego concluye por resignarse y hasta contribuye al buen éxito de la representación. Es

que la casa ha comprendido que entre Maravilla y yo hay un abismo de silencio, que hacen infranqueable nuestra dignidad y nuestra mutua compasión.

Y Juan no se entera de nada. En medio del desastre de nuestro hogar vive lozanamente, como las vides de las tierras volcánicas sobre el fuego, y como las higueras del desierto en la desolación.

Porque Juan es dichoso. Su dicha brota de nuestro dolor y se alimenta de él. Pero hoy no me quedan ánimos para hablar de Juan.

XXI

HACE seis meses que interrumpí este «diario». Hoy lo reanudo para anotar un «acontecimiento». Juan se casa con Teresita Arjona. Esa boda es el sacrificio de Maravilla, pero no el sacrificio de Teresa ni el de Juan. Maravilla es demasiado noble para «salvarse» a costa de la desgracia ajena. Los amores de Teresa y Juan comenzaron a poco de nuestro regreso a Madrid, y—bien lo sabe mi corazón—Maravilla era hostil a esas relaciones, y cuanto más se aproxima la fecha del matrimonio, más artera y brutalmente la atormentan los celos. ¡Pobre Maravilla! Pero ella recorre valerosamente las etapas de su calvario y, por instantes, un goce ascético y una divina vehemencia le hacen más ligera su cruz.

¿Se quieren Teresita y Juan? Se quieren. El amor entre estos dos muchachos no será romántico ni heroico, pero sí flexible y resistente. Juan se casa hastiado de su soltería aventurera. Y guiado por su instinto y—¿quién lo duda?—por el hada Maravilla, encuentra la gracia, la virtud y la dote de Teresita para descansar. Hace lo que corrientemente se llama «una buena boda». Tampoco sale perdiendo Teresita. Por de pronto, parece enamoradísima de Juan—esto de querer es ya gran cosa—, y luego, yo le he conseguido a Juan, en una empresa bancaria, de la que soy consejero, un empleo de bastante importancia. Los señores de Arjona no ocultan su satisfacción. Y Maravilla dice que Teresa «es la mujer que le conviene a Juan». Lista, sin pretensiones, fresca de piel, de ojos cálidos y sonrisa casta, Teresita puede satisfacer completamente a Juan. Y hasta sospecho que, siendo ella la más inteligente de los dos, la obra comenzada por Maravilla la rematará Teresa.

Estamos en los últimos preparativos de la boda. Casi todos los días Maravilla sale de tiendas con los novios. Está convenido que los padrinos serán

ella y el señor de Arjona. Teresa le cuenta sus alborozos e inquietudes de enamorada, llamándola «madrina». Y la madrina escucha, sonríe, responde y aconseja, como si un ángel la sostuviese y la inspirase. Todos quieren que Maravilla los guíe. Los señores de Arjona han depuesto su autoridad. El *trousseau* de Teresa y el piso que ocuparán los recién casados «son al gusto» de Maravilla. Es como si Maravilla alimentase con sus manos la hoguera que la consume. A veces el martirio me parece demasiado atroz, y una extraña cólera—¡cuán pronto sofocada!—me haría llamar verdugos a Teresa y a Juan.

En algunos jardines abandonados hay un dios de mármol que sonríe. El limo negrea en el fondo de las acequias, las fuentes dejaron de cantar, los árboles van desgajándose, secándose, y no se oye más rumor de vida que el de los insectos que devoran las rosas. La tristeza de esos jardines es terrible. El hombre que los cruza siente en los labios el sabor de la muerte, y se lleva las manos al pecho como para sostener el alma. Pero el dios sigue sonriendo, y toda la desolación que lo en-

vuelve, sin penetrarlo, hace más radiante su sonrisa. El hombre querría destruir aquella impasibilidad, y tal vez levanta un brazo contra el ídolo. Pero una simple reflexión lo detiene: «es de piedra».

Juan es el dios de piedra de mi jardín abandonado.

XXII

ESTAS ansiedades, estas tristezas, y, sobre todo, estos silencios fatales, esta reconditez de mi dolor, esta imposibilidad de quejarme en voz alta, de salir de mi mismo, de culpar a alguien de algo que es obra de la Naturaleza, me tienen enfermo. En el horizonte de mi vida sólo queda un punto claro, una luz de esperanza... Me digo: «La boda de Juan va a ejercer sobre Maravilla, en un sentido o en otro, una gran influencia. Esperemos...» Mi ánimo se inclina al pesimismo, pero el pobre corazón no quiere rendirse aún. ¡Si Maravilla sanase! El remedio lo ha encontrado ella misma, y en realidad no existía otro: poner entre ella y Juan, además de los obstáculos infranqueables de la moral y de la ley, el obstáculo del amor. Maravilla lucha contra el instinto con las armas del espíritu. ¿Vencerá? Estoy seguro de su victoria; pero,

¿de qué victoria? De la del espíritu exclusivamente. En la otra, en la de carne, ¿cómo voy a creer? Yo no sé—porque la Naturaleza es admirable en sus contradicciones y sus recursos—lo que ocurrirá, lo que comenzará a ocurrir en cuanto Juan se case. Maravilla puede sanar; acaso su carácter de mujer fuerte y el tiempo concluyan por aplacar la pasión y por reducirla a un recuerdo de los que van poniendo sabiduría y equilibrio en el alma. Tal vez, templada en la lumbre del dolor, esa alma llegue a la profunda victoria del olvido... Tal vez... ¡Todo es tal vez!...

Hay horas en que mi corazón, cansado de sufrir, desfallece en los brazos de la ilusión. La ilusión lo acoge como a un pájaro aterido, lo calienta con su soplo celeste y lo reanima entre sus manos de oro. Entonces el corazón vuelve a desear, vuelve a soñar, vuelve a vivir... «Esto no es más que un simulacro de tragedia—se dice a sí mismo—; Maravilla está formándose sentimentalmente: esto es un experimento sentimental. Y tú, señor filósofo, que sabes tanto, debías recordar que el «caso» de Maravilla es frecuente: es el de la adúltera de pensa-

miento. Esas adúlteras son las que más sufren, pero son también las que no pecan y las que se salvan. Créeme, yo te señalé el peligro; yo soy el que te dice ahora que no debes desesperar.»

Y como el deber de todo hombre es vivir y ¡esperar siempre!, yo le hago caso al corazón, y he decidido que, no bien Juan y Teresa estén casados y emprendan su viaje de novios, Maravilla y yo viajaremos también.

Así van pasando los días y las horas que nos separan del matrimonio de Juan, entre la angustia y la esperanza. Ella y yo seguimos ocultándonos las heridas que nos infiere el Destino. Y mi amor por ella es tanto, que ni por un solo instante la acuso de nada. Soy yo quien se acusa. Maravilla me parece cada día más grande, más gloriosa. Y yo me acuso de seguir queriéndola como a criatura terrena, de no tener el valor de olvidar que es mía. Cuando la tengo entre mis brazos, ¿no cometo una profanación? Maravilla ¿es mía o de su martirio, de su pasión? Yo no puedo revelarle mis escrúpulos sin incurrir en una profanación más grave. Además, ella misma, como si su conciencia se lo ordenase,

como si buscase en el deber cumplido un descanso y un estímulo para proseguir la lucha, viene hacia mí, pálida y suave, dolorosa y voluptuosa... Maravilla no ha dejado de quererme, no puede dejar de quererme. Sigue queriéndome con el espíritu, con la razón, con lo más divinamente humano de su ser. Todo lo que piensa es mío en Maravilla, y sólo parte de lo que siente es de Juan. Sólo parte de lo que siente... Algunas noches, en su cama, que está enfrente de la mía, Maravilla exhala grandes suspiros, y a veces algún lamento, y a veces alguna voz entrecortada de placer. Yo sé lo que está soñando. Pero entonces Maravilla no es Maravilla. Su razón ha dejado de guiarla, y sólo queda en ella lo que es materia y atavismo. ¡Su alma es mía! ¡Oh, sí! Pero ¿qué no diera yo por que este combate, en el que mi dignidad y mi vanidad de hombre salen victoriosas, no hubiese comenzado nunca? Es sublime este duelo que el ángel y la bestia libran en Maravilla; pero, ¿el corazón resistirá? He aquí lo más terrible de la aventura: Maravilla—bien se ve sin llamar al médico—está ya enferma del corazón. ¿Podré salvarla? Unos días me respondo: sí, y otros me digo que la Muerte ha marcado ya con su emblema el rostro pálido de Maravilla.

XXIII

Y junto a este gran misterio del amor vive, sin ofuscarse, el amor de Teresa y de Juan. ¡Pobre amor!—pensarán los románticos—. Y es el mejor de todos: el amor simple, el amor lógico, el amor según la Naturaleza. Juan y Teresa son como dos animales bellos y fuertes, que a la hora debida se encontrarán. En sus vísperas nupciales, estos muchachos tienen una alegría de pájaros que preparan el nido. Y Maravilla y yo, como si expiásemos una falta, como si tuviésemos que pagar un tributo a la vida, a la especie, querríamos vellones de oro para el nido de Teresa y Juan. Esta obra expiatoria nos distrae y nos purifica. Parecerá inverosímil que, mientras «nuestro drama» nos devora, Maravilla y yo hablemos solamente de *los novios*, que sólo nos ocupemos de los novios. Sonriendo, riendo y hasta discutiendo afectuosa-

mente, pasamos horas enteras en elegir una joya para Teresa o un mueble para Juan. La instalación de los novios parece ser nuestra única inquietud. Y como Maravilla anda de tiendas todo el día, y lucha con tapiceros, modistos y ebanistas, las gentes achacan al cansancio su palidez. Más vale así.

Como Maravilla tiene gusto y no ignora el de Juan, ha conseguido poco a poco, y sin que Teresita lo note, que esta muchacha vista, ande y hable mejor que lo hacía antes. No es que Maravilla haya complicado las *toilettes* de Teresa, sino que las ha «razonado», armonizando a la mujer con el vestido: toda la ciencia y todo el arte de la verdadera moda. Los sombreros de Teresita, por lo general, no estaban bien. Un día vimos llegar a Juan bastante nervioso. Había tenido la primera disputa con su novia, por un sombrero «que parecía una cesta de hortalizas». Desde entonces Maravilla asumió el papel de árbitro de elegancias, y Teresita, que es de la mejor pasta del mundo, se sometió encantada. Es decir, que Maravilla no sólo le ha buscado a Juan una mujer, sino que se la adereza y se la perfecciona.

En unos cuantos meses Maravilla ha conseguido de Teresita «tales cosas»—como dice, boquiabierto, don Luis del Monte—, que Juan no sabe cómo expresarle su alegría y su satisfacción. Estos prodigios consisten en haberle enseñado a Teresita a jugar al *tennis*, a montar en bicicleta, a leer medianamente el francés, a vestirse *comme il faut*, a no aburrirse en las óperas de Wagner, ni entusiarmarse en las de Puccini, y a no ver ningún desdoro en enmendarle la plana a la cocinera. Todo esto lo hace Maravilla para que haya algo de ella en la mujer de Juan. Juan gustará en Teresa frutos plantados por el amor heroico de Maravilla. Si Maravilla pudiese, cambiaría de alma con la mujer de Juan, para que fuese más renovada y más honda la ventura de Juan...

XXIV

YA están casados Juan y Teresa, y a estas horas habrán llegado a Barcelona, desde donde seguirán a Italia. También Maravilla y yo nos iremos dentro de unos días, en cuanto se cierre el curso.

La boda ha concluído de extenuar a Maravilla. No son posibles mayor entereza en el sacrificio ni mayor dominio de la voluntad. «Nadie ha notado nada.» Maravilla es invisible e inaccesible para todo el mundo, menos para mí. Hablo de la verdadera Maravilla. Sólo yo he visto y medido su dolor del día de la boda. Los demás estaban ciegos de felicidad: de esa felicidad que es obra suya, y que ella ha encendido como una hoguera donde arde su pasión. Los heroísmos del alma los paga siempre el cuerpo. Maravilla me parece estos días una

santa que ha luchado contra el Tentador y lo ha vencido. Pienso en Santa Teresa, y no quiero profanar su memoria al compararla con Maravilla. La Doctora de Avila por cada triunfo divino daba tesoros de salud y de juventud, y su camino de perfección no era otro que el de la muerte.

La consunción de Maravilla y el fuego glorioso de sus pupilas me sugieren estas ideas de santidad. Y acaso también el aparato religioso, la pompa eclesiástica de la boda. Vuelvo a ver a Maravilla, en cada uno de los pasos de su martirio, como en uno de esos retablos del siglo XIII, tan patéticos y tan minuciosos. Veo a Maravilla dando unas puntadas en el vestido de la novia y concluyendo de ataviarla... La veo entrar en la iglesia del brazo de Juan... La veo, divinamente pálida, seguir las palabras y los ademanes del sacerdote, que, sin saberlo, está dando vida a un amor con la substancia de otro... Este paso se me agranda e ilumina en el recuerdo como una vidriera de catedral. Maravilla tiene un semblante de nácar y una diadema de luz. Los demás personajes son humanos, sólo ella es divina. Después, los pasos van perdiendo su gracia mística y se hacen más humanos: el banquete, la despedida de los novios en la estación, la vuelta a casa con varios amigos, y por fin el abrazo y el

beso que me da Maravilla, diciéndome: «Hemos salvado a Juan.»

¡Oh, sí! Hemos salvado a Juan. Hemos hecho de Juan un hombre, y un hombre feliz; ¿pero qué ha hecho el destino de nosotros dos?

Comprendo la inutilidad de estas recriminaciones, y no obstante, ya no sé tomar la pluma sino para protestar, para lamentarme. Juan se ha ido con su mujer, sano y gozoso. Aquí deja una casa que lo acogerá al volver, y nos deja a Maravilla y a mí arreglándole esa casa, como si la vida hubiese hecho de Maravilla y de mí dos servidores suyos. La vida parece enamorada de Juan, le tiende los brazos y lo acaricia, y lo elige como a un favorito que recibirá todos sus dones. ¿Por qué? ¿Porque es sano, fuerte y hermoso? ¡Oh, no! Si la vida eligiese siempre bien, viviríamos dentro de la armonía y de la lógica, y la tragedia—obra de la incoherencia de la vida — no podría presentarse nunca. Renuncio a comprender, y anoto con tristeza este humano rencor, este injusto rencor que Juan, por momentos, me inspira. Sólo por momentos. Yo no sería hombre, y hombre enamorado, si al ver que mi amor se muere, si al ver que el ser adorado se dispone a abandonarme, no me revolviese contra la causa visible del abandono. La filo-

sofía y la piedad me apartan pronto del error, y me digo que en esta historia mía, como en todas las historias de los hombres, «nadie tiene la culpa de lo que pasa». Esto, en principio, y remontándome a las cumbres de la idea de responsabilidad... Pero, más a ras de tierra, superficialmente, admitiendo que Juan, Maravilla y yo hemos obrado por nosotros mismos—ya es admitir—, y que no han gravitado sobre nosotros las leyes de la herencia, ¿qué es lo que encuentro? De parte de Juan, inocencia. De parte de Maravilla, virtud. Y de parte mía, abnegación. ¿Cómo de esas tres substancias puras obtener odio ni obtener venganza? En conclusión: bendita sea la felicidad de Juan, y déme Dios fuerzas para soportar mi desgracia. Porque, más que nunca, estoy persuadido de que Maravilla se muere...

XXV

Y ella hace todo lo posible por vivir. Uno de mis amigos, médico excelente, la observa desde hace varias semanas y va comprobando el rápido agotamiento de su corazón. Como ella sigue disimulando, y muriéndose a solas y entre sonrisas, yo he inventando no sé qué dolencias hereditarias y qué grandes emociones sufridas por Maravilla antes de conocerme. Y acaso no ande yo descaminado en esto; pues entre la infancia y la juventud, cuando descubrió el adulterio de su madrastra y la moralidad dudosa de su padre, Maravilla sufrió atrozmente. Todo ese dolor ha tenido qué debilitarla. Y todo ese dolor ha resurgido, uniéndose al de ahora y haciéndolo más variado y sutil. Maravilla ha sido humillada en su orgullo de mujer fuerte. Ella, que me hablaba con náuseas de su madrastra, ha visto por sí misma

cuán fácil es concebir una pasión «culpable» y cuán arduo el vencerla. De seguro, en horas de desmayo, habrá podido recordar con indulgencia, y casi con envidia, a esa madame d'Arriaza que tan despreocupadamente satisface los caprichos de su corazón.

Tanto análisis me abruma y me aleja de los últimos asideros de la esperanza. Vengamos a la estricta realidad. Según el médico, Maravilla está sentenciada; pero su voluntad de vivir es tan grande, que lo que científicamente parece un imposible acaso pueda conseguirlo la Naturaleza. Dice el médico que la Naturaleza es prodigiosa y misteriosa y la Ciencia limitada y falible. Así él, que es casi un sabio, no llega a explicarse cómo puede Maravilla sobrellevar una afección cardíaca, de gravedad indiscutible, tan alegremente... «Tan alegremente» es la expresión justa. Maravilla, es cierto, no se abandona a la tristeza. Puede decirse que su espíritu se burla de la dolencia corporal, que la desafía y la vence como a una rival presuntuosa, y que ese duelo la enardece, en lugar de abatirla. En resumen: Maravilla quiere vivir. Ha vencido una

vez y quiere vencer otra. El «acaso» del médico debería despejarme de nuevo los horizontes de la ilusión.

Pero yo dudo y desconfío. Llegará un momento en que Maravilla «no podrá más». Entretanto, resiste y se consagra a mí. Si entre las personas que nos conocen y nos tratan, alguna hubiese adivinado «algo», ¿qué pensaría de este amor en que me envuelve Maravilla? ¿qué pensaría de este idilio nuestro que reflorece? Yo mismo, si el don de leer en su alma me faltase de pronto, pensaría que el amor absoluto que yo le inspiraba a Maravilla, antes de la tragedia, había vuelto, y tal vez más sólido y profundo que en la primera época. Pero no... Cada pasión es una herida que, cuando no mata, deja bien marcada su cicatriz. Maravilla no puede quererme como me quería antes. Este amor de ahora por Mauricio está impregnado en el amor por Juan. Es una expiación, una purificación. Maravilla entra en el amor apacible que yo le inspiro como en un Jordán.

Y yo lo olvidaré todo, y volveré a ser dichoso si Maravilla se salva. Y aunque no olvide nada, el recuerdo de la epopeya sentimental de Maravilla hará mi felicidad más preciosa y más noble. Yo pensaré siempre, admirado y reconocido, en los

dolores que Maravilla aceptó ydominó en nombre del cariño y del deber. Si alguien me oyese, si alguien pudiera recibir mis confidencias, tal vez me preguntase: «Pero, ¿qué podia hacer Maravilla? Su amor era materialmente irrealizable.» Y ese alguien podría continuar razonando así: «Todos los caminos estaban cerrados para ella. ¿Declararle su pasión a Juan? Para esto habría hecho falta, admitida la monstruosa hipótesis de que Maravilla fuese capaz de ese acto, que Juan ofreciera alguna brecha en su amor fraternal. Y Juan siente por ti, Mauricio, un amor tan grande, que tu mujer le parece, más que una hermana y una madre, un ser sobrenatural. Juan adora á Maravilla, la adora precisamente. Para él, Maravilla está más allá del mundo de los sentidos y de las formas, y se mueve en una atmósfera celestial. Maravilla es para Juan un hada, una musa, un ángel, pero no una mujer. ¿Entonces? Tú habrías podido morir, darte la muerte; pero volvemos a lo mismo: Juan no habría sido nunca el esposo de Maravilla. Bien sé yo—habría agregado este interlocutor imaginario—que una probabilidad fundada de ese matrimonio te habría bastado para sacrificarte. Pero no existía esa probabilidad, que tú has buscado, que tú has deseado afanosamente. De suerte que, en realidad, la reso-

lución que ha adoptado Maravilla era, sencillamente, la que imponían y aconsejaban las circunstancias. Maravilla ha sido juiciosa, nada más.»

«No—protestaría yo—: Maravilla ha sido maravillosa. Es cierto que ha procedido así, como tú dices; pero, ¿por qué ha procedido *así?* Porque tú olvidas que no todos los caminos estaban cerrados para ella. Siempre le queda un camino a la desesperación.»— «¿El de la muerte?»— «El de la muerte. Maravilla pudo matarse; Maravilla ha pensado en matarse; Maravilla ha luchado, a la vez, contra su pasión y contra la idea del suicidio. Huirle al dolor es cosa fácil y vulgarmente humana. Sobrellevarlo, decirle: «Aquí tienes mi pecho, desgárralo, yo resistiré», es cosa de esencia superior y el timbre de toda santidad. Los santos no se suicidan nunca.»— «¿Tú eres cristiano?»— «Profundamente. Y mi devoción por Maravilla se funda en que es una mujer de Cristo, sin dejar de serlo de Eurípides y de Shakespeare.»—«Extrañas cosas encontráis los filósofos»...

Y aquí, como en tantas otras páginas de estas «Memorias», se me nublan los ojos, y tengo que apoyar la frente en las dos manos, y llorar, llorar en silencio...

XXVI

DÓNDE está Maravilla? ¡Cuánta luz en la casa! ¡Cuántas flores! Si yo fuese adonde está Maravilla, y le dijese... No... Maravilla está cerca de mí... En este instante oigo su voz... Varias veces, acobardado por el sufrimiento, empequeñecido, sintiéndome desamparado en medio de un ejército de sombras o perdido en una intrincada selva—mis ideas son las lianas y los reptiles de la selva—, he dado algunos pasos y he ido hacia Maravilla... He ido para decirle: «Dame algo de tu fuerza». Y la he visto sonreir al verme, tan dulcemente, tan valerosamente, que me ha bastado su sonrisa para dominar el dolor...

Y yo sospecho, yo sé que otras veces ella ha llegado hasta mí, sintiéndose vencida por las sombras, ahogada entre las lianas de la selva, y que le ha bastado con mirarme a los ojos para serenarse.

Y así nos sostenemos el uno al otro, sin pronun-

ciar las palabras que no pueden pronunciarse aún, que se dirán en una hora grave y una sola vez, y que serán las más amorosas que hayamos pronunciado nunca. Así nos sostenemos el uno al otro... Y la casa, que nos ve reir cuando estamos juntos, y llorar cuando estamos solos, hace cuanto puede por acercarnos y por distraernos. Nunca ha estado la casa tan alegre, tan bulliciosa, tan florida. El matrimonio de Juan nos ha emparentado más de cerca con los Arjona, y aquí tenemos siempre a alguna de las hermanas de Teresita, que son tres: Flora, Clemencia y Carmen.

Todas tres se han declarado discípulas de Maravilla, y vienen a recibir sus lecciones. Una de estas tardes vinieron las tres juntas. Traían unos trajes blancos, y como son muy jóvenes—Clemencia acaba de ponerse de largo y Carmen anda todavía de trenza—, escuchaban a Maravilla con un arrobo infantil. Me parecieron tres novicias escuchando a una Doctora Angélica. Hablaba la doctora de amor, de matrimonio, y como se detuviese un instante, Carmen, la de las trenzas, la más niña, la más audaz, murmuró: «Yo querría un marido como el tuyo, porque nadie puede ser más dichosa que tú». Maravilla asintió con una voz transparente: «Nadie».

yo me sentí desfallecer de gozo y de tristeza.

XXVII

SERÁ posible? Estamos en una playa del Noroeste de Francia. He querido distraer a Maravilla. La primera quincena de julio la pasamos en París. Maravilla ha visto a su padre, a sus hermanos, que vinieron a visitarla al hotel. El señor de Arriaza la encontró «más delgada», pero no pareció afectarse mucho. Los hermanos han venido a comer con nosotros, y nos han acompañado al teatro. No se ha hecho alusión a la madrastra. En realidad, la familia de Maravilla la constituímos Juan y yo... Hemos tenido muchas visitas y bastantes convites. Hasta el 14 de julio París conserva en gran parte las distracciones del invierno, con la ventaja del calor soportable y de ese cielo *bleu pastel* de la Isla de Francia.

Quince días reparadores. Desde que puso el pie en el *Quai d'Orsay*, Maravilla se animó, fué «otra». A pesar de los prodigios de su voluntad, la casa

de Madrid, y Madrid mismo, le hablaban demasiado de Juan. Maravilla necesitaba el tumulto de París o de Londres para aturdirse. Hemos visitado las últimas Exposiciones, hemos hecho compras—muchas compras—. Desde Italia, Juan y Teresa nos hacían encargos, y Maravilla eligió vestidos y sombreros para la mujer de Juan. Nada hay que distraiga tanto como comprar, sobre todo a las mujeres. Y Maravilla, en la rue de la Paix, viendo pasar los maniquíes y oyendo disertar sobre la moda a los grandes costureros, se distraía visiblemente de sus tribulaciones.

Hemos ido en automóvil a Versalles, a la Malmaison, a Fontainebleau. En el hotel de la rue de Rivoli, en que nos hospedamos, hicimos amistad con una princesa rusa, que danza incomparablemente. Y una noche que se nos ocurrió subir a Montmartre, nos encontramos a don Luis del Monte «haciendo la vida de París». Maravilla le riñó, llamándole «viejo verde», preguntándole «si no le daba vergüenza», etc. Todo esto ha permitido que Maravilla pensase poco durante algunos días, que pensase poco en sí misma y no tuviese tiempo de recordar... Porque no hemos tenido más horas de descanso y de soledad que las exigidas estrictamente por el sueño.

Aquí, en esta playa, llevamos ya otros quince días, y Maravilla vuelve a ser «casi» la de antes. Por eso—porque el milagro parece demasiado fácil y demasiado rápido—yo me pregunto si es verdad tanta ventura; si, como es de temer, se trata solamente de una consecuencia del cambio de vida y de horizontes. Prefiero no ahondar... Una cosa es cierta: que Maravilla tiene la voluntad de vivir, y que hace cuanto depende de ella por conseguirlo. Nada de lo que la rodea—a no ser la dulzura del paisaje normando y la majestad de la costa—es, en realidad, extraordinario. Esta playa elegante es como todas las playas elegantes: tiene su Casino, su Hipódromo, sus «palaces», su «digue» y sus «demi-mondaines». Está cerca de París y frente a Inglaterra. Cada media hora, un tren; cada hora, un vapor... Un kaleidoscopio franco-británico, que, si por momentos abruma, generalmente distrae...

Maravilla ha tomado el partido de agitar el kaleidoscopio, de encontrar «algo» en todas las imágenes que le presenta, de interesarse, en fin, a la «comedia humana», para evadirse de la tragedia íntima. Yo no esperaba tanto. Contaba con los efectos del cambio y con el noble propósito de curarse que tiene Maravilla, pero no me parecía posible—y eso que ella me tiene acostumbrado a

las magias de su espíritu—que su voluntad lograse tales victorias contra un mal físico que sigue siendo incurable.

Que sigue siendo incurable... En París obtuve que Maravilla se dejase reconocer por un gran especialista. El sabio doctor me dijo, con otras palabras, lo que me había dicho su colega de Madrid.

—Es un caso perdido y un caso portentoso. Científicamente debo desahuciarla; pero, ¿cómo vive? ¿Por qué vive? Si yo fuera un creyente, diría: «Milagro». Es la lucha entre una enfermedad y una idea: entre el corazón que se va agotando y el pensamiento que lo sostiene. La enferma vive porque quiere vivir; pero no hay que hacerse ilusiones: el poder de la idea es grande, pero no ilimitado, y llegará un momento...

Del discurso del doctor, a pesar de mi manía razonadora, la palabra que más efecto me produjo fué la de milagro... Espero el milagro, y cada día que pasa es como una flor o una luz de este milagro. Maravilla mejora. Sus noches comienzan a ser sosegadas, y en general su estado físico es el de una persona saludable. Ayer ha jugado dos horas al *tennis* sin la menor fatiga. Viéndola recuperar sus colores y su equilibrio corporal de antes, me pregunto si los dos médicos que la han visto y el

filósofo enamorado que la observa, no somos tres perfectos ignorantes. Hay algo en Maravilla que intentamos definir y encadenar con las palabras de la Ciencia... y que se nos escapa como un flúido, como un aroma del Más Allá. Renuncio a la empresa. Ya no quiero saber por qué vive Maravilla; me basta con saber que vive. ¡Loados sean los dioses, que aún no quieren arrebatármela!

EPILOGO

ESTA noche, la última de octubre, se cumplen diez años de la muerte de Maravilla. Era una noche como ésta, clara y perfumada. La luna llegaba hasta Maravilla y la envolvía en sus tules de plata. Fué un tránsito glorioso. Yo vi remontarse a Maravilla, lentamente, hacia la Eternidad. Desde entonces, desde aquella visión magnífica, ella no deja de venir a verme siempre que la solicita mi corazón. Para mí Maravilla no ha muerto. ¿Cómo, si hubiese muerto; cómo, si una vida *mejor* que la de antes, «sólo nuestra», no hubiese sucedido a la otra, estaría yo aquí? Ella me ha ordenado esperar, y yo espero. Ahora ha venido a verme. Yo le he dicho: «Llévame», y ella ha murmurado, sonriendo: «Pronto».

Todos los años, en la noche de su muerte, he releído la historia de nuestro amor y he intentado terminarla. Nunca me fué posible escribir una sola línea hasta hoy. Y es porque dentro de un año, apiadada de mí, Maravilla vendrá a buscarme. Siempre, al yo decirle: «Llévame», me respondía: «Espera». Sólo esta noche ha murmurado la palabra: «Pronto».

He aquí lo que pasó... Aquel verano, a raíz de la boda de Juan, Maravilla mejoró de tal manera, que la creí salvada. Temiendo que el asistir de cerca al amor venturoso de Juan pudiese reavivar su dolencia, pretexté unos viajes de estudio, y pasé con ella cinco meses en Alemania. Habíamos salido de Madrid en julio, y volvíamos a primeros de marzo. Durante todo ese tiempo, Maravilla no tuvo una sola hora de desmayo ni de melancolía. El milagro de su curación se realizaba. Las cartas de Juan y Teresa le daban un goce natural: eran la confirmación de su deseo y la coronación de su obra. Juan escribía: «No podemos ser más dichosos. Gracias a ti, Maravilla, porque sin ti, en lugar de una casa encantada y de una mujer encantado-

ra, tendría yo un lugar muy apañadito en el cementerio. A ti te lo debo todo: la salud, la mujer y la seriedad. Porque me he vuelto serio. Si mamá, en el otro mundo, no se ofende, le diré que mi verdadera madre eres tú». Conservo todas las cartas de Juan a Maravilla, porque una de las curiosidades de esta historia es, en efecto, la reencarnación de Juan, que se debe a la influencia de Maravilla y constituye la más dilatada y fecunda de sus proezas espirituales.

Juan decía en otra carta: «A fines de abril o a primeros de mayo, Teresa y yo no seremos dos, sino tres... Pero no habrá aquí verdadera alegría y nos parecerá que comenzamos a ser menos felices, si para entonces tú y Mauricio no habéis dado la vuelta». Entonces Maravilla me dijo: «Hay que volver a Madrid, Mauricio».

Y volvimos.

Yo temía una recaída, yo hubiese querido convertir la licencia de mi viaje de estudios en un destierro voluntario. Dimos la vuelta a España, al través del Tyrol austriaco y de Suiza, y nos detuvimos una semana en la Costa Azul. Maravilla no se

impacientaba. «Con tal de que lleguemos—decía riendo—cuando Juan y Teresa comiencen a multiplicarse...» Desde que había recibido «la noticia» se había puesto a cortar ropitas de hilo y a bordarlas, y nuestra conversación más frecuente se refería al sobrino o la sobrina que iban a darnos Juan y Teresa... Hablábamos de aquella vida que se estaba formando en Madrid como de cosa propia, como si Juan y Teresa estuviesen cumpliendo, en nuestro nombre, los designios de la Providencia. Aquellas conversaciones eran, forzosamente, desgarrantes. Maravilla, a pesar de su delicadeza infinita, a pesar del amor heroico que me profesaba, no podía ocultar la noble envidia que Teresa le inspiraba. Y yo, admitiendo que la esterilidad de nuestro hogar fuese culpa mía, sentíame confuso, avergonzado, triste.

Y la pasión de Maravilla por Juan se me presentaba, por primera vez, bajo su verdadero aspecto. Enamorándose de Juan, sintiéndose atraída por un hombre juvenil y fuerte, Maravilla comenzaba a cumplir las leyes supremas de la vida, que nos ordenan perpetuarnos. Inconscientemente, instintivamente, Maravilla veía en Juan—o en otro hombre como Juan—el padre de sus hijos. Yo me había equivocado al achacar a la voluptuosidad lo que,

en definitiva, era algo puramente entrañable: el anhelo de maternidad. Pero Maravilla vivía, yo vivía y ambos estábamos realizando una obra humana. Nosotros, los idílicos amantes, ya habíamos dejado de vivir para nosotros mismos. El gran sacrificio, el absoluto renunciamiento a la felicidad, se había ido realizando poco a poco. Maravilla era la segunda madre de Juan. Y yo, alentado por ella, estudiaba, pensaba, escribía para los demás. De aquel viaje por la Europa germánica volvía yo a Madrid con un volumen terminado y con materiales para otros dos. Sin exageración, puedo decir que nuestro matrimonio, sin dejar de ser mundano, se hacía religioso. Maravilla era una santa, y yo aspiraba a ser un sabio. Y eran frecuentes las temporadas en que no parecíamos esposos, sino hermanos, y en que nuestra vida era exclusivamente cordial e intelectual.

En Madrid no pasó, de pronto, nada de lo que yo temía. La grande, la transparente ventura de Juan y Teresa nos pareció una recompensa. De tarde en tarde, sin embargo, la envidia nos punzaba el corazón. Pero ese grito de la materia nos servía para concentrar las fuerzas del espíritu, victoriosas siempre.

El primer día de mayo nació el primer hijo de Teresa y Juan. Era una niña. La apadrinamos Maravilla y yo. Todo el mundo quiso que se llamase Maravilla; pero en la pila bautismal hubo que ponerle el nombre de Dolores, «mientras—como dijo espiritualmente la propia Teresa—no pusiesen el de Maravilla en el Santoral».

Y aquí comienza el desenlace de la historia. El nacimiento de aquella criatura produjo en Maravilla una emoción tan honda, que, por primera vez desde que se había declarado su dolencia, tuvo una crisis grave, y los médicos desesperaron de salvarla. Rebasó la crisis. Guardó cama hasta junio, y aún pudimos salir al campo y volver a Madrid en septiembre. Un mes más tarde se repitió el ataque, y sobrevino el tránsito de Maravilla.

Pero ella no se equivocó nunca. Tuvo siempre como una inspiración de su hora final. Y cuando comenzaron *sus profecías,* yo comprendí que se

acercaba aquel instante en que, corporalmente, tendríamos que decirnos adiós.

Una tarde me llamó, y me dijo:

—Mauricio: estoy viendo la casa de Juan dentro de algunos años... Te veo a ti, ¡ah, estás muy bien, muy bien! Tienes el pelo y la barba como de lino, y la cara como de cera. Pareces un monje, pareces un patriarca, pareces un abuelo. Y no eres todo eso... Eres un hombre que no ha cumplido aún cincuenta años, pero que ha pensado y sufrido mucho, y se ha ido consumiendo en la espera de una grande ilusión, que ya, en el momento en que yo te veo, Mauricio, está a punto de realizarse... No eres tampoco un monje, sino un sabio, sabio como un monje de los que eran sabios, pero no santo como un monje de los que fueron santos... Y, ¿no sabes? Figúrate que, por momentos, has querido ser monje; pero alguien ha venido a verte y a decirte: «No tienes vocación». Y tú has renunciado a imitar a San Francisco y a San Agustín, y has seguido predicando ciencia desde tu púlpito de la Universidad... Esto es confuso y grave... Lo que veo mejor es que eres el patriarca de una tribu, porque hay en torno tuyo el principio o la continuación de una tribu; pero no te pongas orgulloso, Mauricio, porque no eres sino el patriarca

honorario de esa tribu; no eres el abuelo, sino, más modestamente, el tío de los seis muchachos que te rodean, que te adoran, eso sí, y a los que estás contando un cuento de hadas, que ellos escuchan arrobados y enternecidos, mientras dos grandes lágrimas se cuajan en tus ojos...

Maravilla me atrajo sobre su pecho: «Mauricio de mi alma». Yo sollocé escuchando los latidos de su corazón. Ella me acariciaba con sus manos casi ingrávidas la cabellera, obscura todavía... «Mauricio de mi alma, Mauricio de mi alma». Ya era solamente mía, y yo completamente suyo. Porque, desde entonces, Maravilla sólo tuvo de corpóreo lo preciso para aprisionar el alma. Este coloquio mío con su alma duró hasta la noche de octubre en que se consumó su gloriosa ascensión.

Otra tarde me llamó, y me dijo:

—Tú no te quedarás solo, Mauricio. Tú no podrás vivir sin mí. Yo viviré de tal modo en tu recuerdo y en tu imaginación, que tú podrás llamarme cuando quieras, siempre que me necesites, y que me veas a tu lado, me hablarás y me escucharás. Otras veces llegaré sin que tú me hayas

llamado, para impedir que pronuncies algunas palabras o realices algún acto que te dicten el egoísmo o la desesperación. Yo quiero que seas generoso y paciente, que des cima a tu obra y a nuestra obra, y que no vengas a reunirte conmigo mientras ambas no estén plenamente logradas. Y quiero también, y sobre todo, que seas humilde. Un día, la gloria brillará para ti. Una vez dirás algo que nadie habrá dicho antes que tú. Serán unas cuantas páginas en las que enseñarás a los hombres una nueva manera de sentir. Esas páginas llevarán tu nombre a todos los países del mundo. Tu vida de sabio parecerá una leyenda. Tu rostro, purificado por la tristeza y el estudio, será majestuoso y dulce como la Santa Faz. Los honores terrenales vendrán a buscarte. Y cuando todas las trompetas de la Fama estén atronando tus oídos y sean mayores las fumaradas del incienso cortesano, tú escucharás el murmullo de mi voz, que te dirá: «Modestia». Y seguirás trabajando hasta que llegue la hora de tu descanso... Esa hora, fíjate bien, no podrás señalarla tú. Podrás desearla, aspirar a ella, pero no adelantarla por ti mismo. Mírate en mí, Mauricio... Tú sabes que he aspirado a la muerte, que tuve razones para aspirar a la muerte; pero me has visto luchar por la vida y prolongarla hasta donde la-

voluntad de sufrir me lo consintió. Ya no puedo más: tú lo ves, tú lo sabes. He vivido por ti, en ti y para ti... Acércate... Escucha... Ninguna lisonja puede salir de mis labios, pero la verdad debo decírtela: has tenido, en los momentos más atroces de nuestro drama, la grandeza de un dios. Has sido mi aliado valeroso. Sin ti hubiese sido imposible la victoria. Si no hubieses sido tú, habrías hablado cuando cualquier palabra tuya habría sido mortal. Si no hubieses sido tú, nuestro pobre Juan te habría inspirado cólera y recelos y lo habrías hecho alejarse de nosotros. Tú comprendiste que era injusto que Juan pagase culpas que no eran de nadie, pero que, a los ojos de la justicia humana, eran mías, y entre la ventura de Juan y nuestra ventura no dudaste. Cumpliste tu deber, seguiste las determinaciones del destino, que ordenaban que Juan fuera dichoso y fundase un hogar fecundo, y que tú y yo llegásemos a las cumbres del dolor, y en ellas se nos templase el alma para el sacrificio. ¿Cómo podríamos quejarnos? Hemos hecho, en pequeño, lo que hizo en grande Nuestro Señor. Hemos resistido a las tentaciones de la carne y de la soberbia, hemos redimido a un hombre, hemos sembrado el bien, la verdad y el amor... Pronto sólo en espíritu estaré a tu lado... Algo más tarde nuestras almas

se reunirán... Mauricio y Maravilla, los amantes cristianos, habrán muerto, y ningún poeta los cantará, porque, en vez de ahogarse en el torbellino de su pasión, la vencieron y la encauzaron, y en lugar de matarse—que a esta cobardía se reduce el mérito de los amantes célebres—, esperaron la hora de morir cristianamente y luchando por el bien de los demás. ¿Qué vamos a dejar tú y yo sobre la tierra? ¿Una historia, unos versos en los que se cante nuestro egoísmo? Tú escribes nuestra historia; lo sé y adivino sus páginas. Pues no dejes de reproducir estas palabras mías. Di, bien claro, que yo creo que nuestra historia es una historia ejemplar, y que en mi espejo deben mirarse las mujeres enloquecidas por la pasión. Di que a mí me parece muy natural lo que he hecho, pero que las cosas naturales son las más difíciles de conseguir. Di que Maravilla no fué nunca partidaria del sacrificio estéril, y que si tú no hubieses sido un hombre que enseña a pensar rectamente, y que si Juan no estuviese destinado a fundar una familia, yo me habría muerto antes. Di que yo no aconsejo el sacrificio en nombre de la ley del matrimonio, y que no reconozco al marido ningún privilegio que no disfrute la mujer. Lo que aconsejo es la lealtad, la verdad. De lo que abomino es de la doblez inmun-

da del adulterio. Di esto claro, Mauricio. Yo no quiero que alguna pobre mujer enamorada, creyendo imitarme, sacrifique su amor. Quiero que se respete el amor, pero que se llegue a medirle y a darle el lugar que le corresponde en cada caso de la vida. Pero esto es muy difícil. El amor llega a nosotros como un mal físico, ciegamente, traidoramente; nos posee, nos abrasa, nos transforma: revuelve en nosotros el limo hereditario y borra de nuestra mente la idea de responsabilidad. En esto está todo: en no permitir que la Naturaleza triunfe y que el instinto pueda más que la razón; en seguir creyéndonos responsables de nuestros actos, aunque sintamos que un ejército de antepasados nos empuja a su realización. El atavismo puede explicar el crimen y hasta disculparlo, pero nunca convertirlo en ley. Di, pues, Mauricio, que toda la filosofía de Maravilla consistía en tener una gran idea del alma, y que los que saben llamar recio a las puertas del espíritu ven abrirse a su paso las moradas luminosas de la verdad. ¿Acaso tú y yo nos hemos equivocado? Pues yo quiero que se nos tenga por dos maestros en la ciencia de sufrir, y que tú escribas alguna vez un *Tratado del Dolor*, que tú redimas al dolor de su aspecto temible, y digas que es la flor fecunda de la exis-

tencia. ¡Oh, Mauricio, no hay placer comparable al que dan los dolores del alma! Yo querría vivir aún para seguir sufriendo...

No pude responderle nada a Maravilla. Sus palabras tenían un soplo de divinidad. Yo era todavía un hombre, y ella la última llamarada de su espíritu. La estreché contra mi pecho, para caldearme en su calor de eternidad y no para disputársela a lo infinito. Besé su frente ebúrnea, agrandada todavía por la delgadez de su rostro. Aquella frente venerada me pareció un astro, y sentí en mis labios la lumbre de sus pensamientos. El grado de consunción de Maravilla era increíble. Comprobándolo, yo no sentía lástima, sino respeto. Maravilla se iba muriendo poco a poco, a la manera de esos penitentes que se consumen antes de llegar a Dios.

No obstante, todavía me habló algunas veces en ese tono sobrenatural, y también en las mañanas radiantes de septiembre pudo levantarse y pasear conmigo por los pinares de la sierra. No puedo decir que yo estaba resignado a su muerte, porque mi amor por ella era demasiado humano y había

sido demasiado absoluto para que mis meditaciones de filósofo pudiesen traerme a aceptar su desaparición. Era ella quien me daba ánimos para tolerar esa idea; ella quien, con su promesa de no abandonarme completamente, de venir a mi encuentro cada vez que la necesitase, me hacía concebir la idea de un idilio espiritual, de unas nupcias misteriosas entre nuestras almas, en las que todo sería ventura y placidez.

Volvimos a Madrid. Juan y Teresa, que habían pasado el verano en una playa del Cantábrico, no pudieron disimular su dolor. A solas conmigo, Juan me echó los brazos al cuello y me preguntó sollozando:

—Mauricio, Mauricio, ¿qué será de nosotros?

Yo le respondí que los seres como Maravilla no morían nunca, que ella seguiría velando sobre todos nosotros como un ángel tutelar, y que el mejor modo de honrar su memoria sería el de seguir viviendo como ella nos había ordenado vivir.

—Yo seguiré escribiendo, estudiando, enseñando... Tú trabajarás, tendrás hijos y harás de cada hijo un padre y de cada hija una madre...

Juan movía la cabeza, desesperado.

—No, yo no quiero que Maravilla se muera, yo no puedo admitir que se muera... Yo me mataré si Maravilla se muere.

—Loco, niño—le dije—. Tú pretendes que Maravilla ha sido tu segunda madre... Pues nuestros padres nos traen a la vida para seguir viviendo en nosotros, y Maravilla vivirá en ti, en Teresa, en tus hijos... Fíjate qué grande y fructífera va a ser su vida después de su muerte.

—Pero, ¿será posible que nos resignemos? Tú tienes tu ciencia para consolarte; pero yo, ¿qué tengo?

—Tu casa, tu mujer, tu hija... Y luego otros hijos...

—No me bastará... Mauricio, yo quiero a Maravilla más que quise a mi madre, más que a ti y más que a todo el mundo. Es un amor tan inmenso, que no sé cómo puedo experimentarlo. Me parece un prodigio. Me parece que Maravilla, aquí, en el pecho, me ha encendido una luz... Yo no sé cómo decirte que quiero que se salve... Yo protesto contra la injusticia de sentirme lleno de vida, mientras se muere quien me ha dado por segunda vez la vida... Este mundo es odioso. ¿Por qué mi sangre no sirve para salvar a Maravilla?

Aquel dolor filial, tan puro y tan arrebatado, me conmovía, me desgarraba. ¿Qué habría sido de Juan si yo le hubiese dicho: «La causa de su muerte eres tú»? Lo que hice fué abrazarlo y confundir mis lágrimas con las suyas.

Llegó el día del tránsito de Maravilla: aquella noche de octubre, infinitamente suave, infinitamente clara como la de hoy. Mientras los demás lloraban junto a su forma corporal, yo seguía la ascensión de su alma, yo la veía remontarse y desaparecer. Desde entonces «se me presenta» en las grandes ocasiones de mi vida. Unas veces en sueño, otras en plena realidad. Es el más fragante, el más amoroso de los idilios. Cuando llega de día es una aparición: su forma es hierática y fantasmal. No se me acerca, no se inclina hacia mí; permanece distante, grave y majestuosa. La luz astral de su mirada me fascina. Sus ojos son dos cielos y dos mares que me atraen o me amenazan. Porque no siempre la aparición me sonríe. Ha habido horas, ya lejanas, en que vino a verme para recordarme un pacto de humildad, y horas en que vino a desvanecer ciertos espejismos de mi corazón.

El mayor espejismo fué el de figurarme con gracia suficiente para seguir el ejemplo de San Francisco o de San Agustín. Maravilla vino varias veces para disuadirme, para probarme lo frágil y transitorio de mi vocación, para revelarme cuán difícilmente podría yo adaptarme a la vida monástica, y cómo, por grandes que fuesen mi piedad y mi ansia de contemplación, la Ciencia me impediría siempre entregarme a la Fe en un absoluto rendimiento de mi facultad de pensar. Comprendí. Mi viudez mística—me decía la imagen—¿no era un camino de perfección? Mi cátedra y mis libros, ¿no eran un apostolado? Obedecí. Y tuve temporadas de goces inefables, de éxtasis profundos ante la Verdad. Escribí ese *Tratado del Dolor* que ella quería, que ella vino a dictarme, y que me dió tanta fama e hizo para algunos hombres más soportable la pesadumbre del vivir.

Una vez, como ante la felicidad de Juan viniese a tentarme el demonio de la envidia, yo—¡oh, espantosas contradicciones del alma!—, que tanto quiero a Juan; yo, que desde hace años vivo con Teresa y con Juan, y veo un nieto en cada uno de

sus hijos; yo, el estoico, el filósofo del sacrificio, estuve a punto de pronunciar las palabras prohibidas, esas palabras que habrían sido como puñales arrojados contra el pecho de Juan. ¡Oh, vengüenza! Estuve a punto de decirle: «Tú fuiste la causa de su muerte. Tu hogar feliz se erige sobre su tumba». Entonces, rígida y severa, surgió Maravilla. Sus ojos eran dos gemas incandescentes. Uno de sus brazos se levantó; el índice de su mano estuvo sobre su boca pálida un instante. Y yo exhalé en un sollozo todo mi arrepentimiento.

Después, siempre—porque las ocasiones graves no han sido muchas—la aparición se presenta suave y amorosa, para estimularme, para inspirarme. La sombra de Maravilla es mi numen. Sin ella, el pensar y el escribir habrían sido estériles tormentos y no labor placentera y fecunda.

El misterio desaparece cuando veo a Maravilla en sueños. Entonces no es la imagen hierática y lejana, no es la sombra, la visión de Maravilla, que tiene tanto, por su coloración mortecina y nebulosa, de esas Beatrices de los prerrafaelistas. La Maravilla de mis evocaciones parece pintada por

Dante Gabriel Rosetti, y para recoger su encanto de ultratumba haría falta el corazón de Shelley. Esa Maravilla transciende a flores marchitas y a incienso, y en torno de ella el aire es frío y denso, como de cripta de catedral. Esa Maravilla es religiosa. La Maravilla de mis sueños es profana, humana y terrenal: es Maravilla que no se ha muerto, o es Maravilla viviendo conmigo una segunda vida. Antes, entre ella y yo, el vivir era vivir, y el soñar, soñar. Ahora el vivir es soñar, y el soñar, vivir. La vida de antes vuelve, pero agrandándose y magnificándose. Antes éramos esclavos del espacio y del tiempo; nuestros pies no podían separarse de la tierra, e íbamos llenando con nuestros actos los abismos de las horas. Esto concluyó. En la nueva vida no hay límites, ni distancias, ni ley física alguna a que obedecer. ¿Parece prodigioso? Pero, ¿cuándo no ha sido el sueño el más grande prodigio de la vida humana, y sin duda de la vida entera, porque los animales sueñan, y los vegetales sueñan, y quién nos dice que no sean los sueños más radiantes los del mundo mineral? Tengo en un dedo una esmeralda pálida que perteneció a Maravilla. Es una mirada suya que persiste sobre la tierra. Y esta esmeralda maravillosa, ¿cómo no habría de soñar?

La Maravilla que vive conmigo esta segunda vida, habla como ella hablaba, hace lo que ella hacía... No hay contradicción. Generalmente, mis sueños son episodios de la verdadera vida que viví con ella, que se reproducen con fidelidad absoluta, como si el pasado viniese a reflejarse en los vastos espejos de la noche. También son episodios de la vida que hubiésemos podido vivir. Entonces veo a Maravilla envejeciendo a mi lado, y los actos de una serena vida familiar van pasando como las hojas de un libro de estampas. Veo a Maravilla haciendo cuentas, bordando... Vamos juntos por la calle, entramos en una tienda y compramos dulces o juguetes para los chicos de Juan... Sólo que, no bien intervienen Juan y Teresa, los sueños se agitan, y es cuando saltan por encima de las leyes del tiempo y del espacio. Así, alguna vez he visto a Maravilla y a Juan, como en aquella playa, correr el uno tras el otro, llegar a encontrarse, y de pronto unirse por los brazos amorosamente, y remontar los caminos del firmamento. Quiero lanzarme en su persecución. ¡Oh, angustia! Mientras sus formas blancas y rítmicas se alejan y desaparecen tras las nubes, y reaparecen, y van disminuyendo, hasta ser como dos flechas de plata, mis pies de plomo me tienen clavado en la tierra. Sollozo, grito. Sien-

to crujir mis huesos y tenderse mis músculos... Y al fin, dislacerado, descoyuntado, doy un salto enorme, de clown y de cíclope a la vez, y me hallo junto a Juan y Maravilla, que suspendidos en el aire, me sonríen y me aguardan. Quiero asir la forma de Juan, y Juan y yo nos confundimos en una sola forma, que es la mía. Seguimos Maravilla y yo la gloriosa ascensión. Volamos entre las nubes y sobre las ciudades, los cordilleras y los valles... Y el sueño concluye con el grito que doy al caer, y que hace levantarse, asustados, a Teresa y a Juan...

Otras veces estoy hablando con Teresa. Teresa tiene en el regazo al menor de sus hijos o está rodeada de todos ellos. Su rostro comienza a desdibujarse, a nublarse, y se transforma en el de Maravilla, divinamente pálido y sonriente. Estos sueños tan angustiosos, pero de tan claro sentido para mí, me dejan enfermo, me hacen envejecer. Los otros, aquellos en que Maravilla y yo estamos solos, espero seguir soñándolos eternamente.

La ciencia, presuntuosa, viene a decirme que estos diez años de mi viudez han sido una perpetua alucinación, que soy un visionario, un enfer-

mo, y que esta vida maravillosa concluirá el día de mi muerte... ¡Morir será despertar! La aparición, desde el fondo del misterio, viene a consolarme. Y me descubre las perspectivas del mundo paradisíaco en que nuestro idilio no tendrá nunca fin...

París, 16 de enero de 1920.

LA HIEL

I

LUDMILA, Ludmila, tú debías pensarlo...

—Antal, yo adoro a Stur...

—Ilusión, romanticismo. Stur es viejo...

—Stur es noble...

—Literatura... Stur te doblá la edad...

—Stur es hermoso. Se parece al Moisés de Miguel Angel...

—Y yo soy feo y me parezco al monstruo bíblico que se te antoje. Pero sólo tengo treinta años, cinco más que tú.

—El espíritu no tiene edad.

—Pero la carne, sí.

—Yo no pienso en esas cosas.

—Eso dices tú.

—Antal, te lo repito: yo adoro a Stur, al gran Alois Stur, tu maestro...

—Yo no soy discípulo de nadie...

—Tú eres malo, Antal Chowski; tú eres medio víbora y medio cuervo...

—Me basta con ser hombre para ti, Ludmila.

—Escucha, Antal; si tú y yo fuésemos en un buque, y naufragásemos, y tú y yo nos encontrásemos sanos y salvos en una isla desierta, yo me volvería a tirar al mar...

—Yo te arrancaría a las olas y te reduciría a obedecerme. Luego me darías las gracias. Porque mis caricias de lobo concluirían por enloquecerte...

—Antal, eres un hombre abominable. ¿Tú sabes que Stur conoce esta pasión estúpida que tú sientes por mí?

—Tú se lo has dicho.

—El lo ha observado en tus ojos.

—¿Y no te prohibe que me recibas cuando no está él?

—El está seguro de Ludmila, y si yo contrajese la locura de quererte, él mismo me diría: «Vete a vivir con Antal Chowski.» ¡Ah! ¡Es que Alois Stur es de los que respetan sus opiniones! ¿No es la primera ley nuestra la libertad del amor? Pues tú querrías esclavizarme. Si tú pudieses, me tratarías como un bajá turco a la última de sus esclavas.

—No; como a la primera. Y el esclavo tuyo sería yo: Hércules a los pies de Onfalia. ¿Quieres probar?

—Me repugnas. No hagas el menor movimiento...

—Es verdad. Te defiendes como una amazona. Y si no, que lo diga Wenceslao.

—El príncipe valía más que tú. A los diez y ocho años el hijo del rey de Ostravia puede figurarse que la hija de uno de sus palafreneros ha de acceder a sus caprichos. Yo le demostré su error de una manera violenta; pero no necesito que tú me recuerdes la historia, porque se mancha al pasar por tus labios, ni veo por qué has de compararte con el príncipe...

—Dime una cosa, Ludmila... Alois Stur, que además de apóstol revolucionario es psicólogo, y que tan bien lee en los ojos y en el corazón de sus semejantes, ¿no ha sorprendido la simpatía que tú sientes por el futuro tirano de Ostravia?

—La comparte.

—Lo sospechaba. Alois Stur es débil.

—Es generoso. Y por hoy basta, Antal. Este diálogo es siempre el mismo.

—No. Cambian ciertos matices. Hoy sé algo que quería saber.

—Dilo.

—No. Es un arma que esgrimiré contra ti.

—No me asustas, Antal. Márchate.

—Adiós, Ludmila... ¡Ah! ¡Dile al jefe que ha llegado el telegrama de Kaumann! Tal vez te interese. Se trata del príncipe, de tu príncipe.

—Está bien. Márchate.

—¡Adiós..., princesa!

II

ANTAL Chowski era un nihilista ruso, Alois Stur un apóstol de las ideas revolucionarias y Ludmila Dodzko la mujer más hermosa del reino de Ostravia. Dos tipos de belleza femenina: uno alto, macizo, en que predomina el nervio germánico, y otro suave, ondulante y grácil, que es puramente eslavo, suele encontrar el viajero en las calles de Rustria, la bella capital del reino de Ostravia. Pero así como Rustria es medio tudesca y medio eslava y tiene, para sazonar esta alianza, la sal latina que puso en ella el Renacimiento, así Ludmila Dodzko, hija de austriaco y de ostrovena, era alta y fuerte, sin ser pesada, sin llegar a la robustez casi viril de las *Gretchen*, y tenía de las *Lybusas* y *Marysas* de los eslavos de la Europa Central la gracia, la ligereza corpórea y el misterio. Luego, en Italia, en Francia, en España, en sus via-

jes con Alois Stur por los países latinos, la belleza de Ludmila había recibido, como la de Rustria, el soplo de oro del Mediterráneo.

Aquella tarde Ludmila estaba deslumbrante. Era rubia, pero de un rubio intenso, cálido y fulgente. Tenía extensos ojos de ídolo, de un azul de zafir. La nariz era pequeña y aguda; la boca, grande y fina; tenía los dientes en un semicírculo demasiado estrecho y con tendencia al ángulo; boca de serpiente, boca voluptuosa y voluntariosa, para besar y para morder. La frente era noble y el perfil hubiese sido aristocrático sin la línea, deliciosamente plebeya, de la nariz. Cuello alto, hombros suaves, talle y piernas de bayadera. Se comprendía la pasión arrebatada de Antal Chowski: de Antal Chowski el feo, el malo, el cínico, el temible.

Antal no era ostroveno, sino ruso, de la Rusia de Israel. ¿Qué importa la ciudad en que hubiese nacido? Procedía de una familia de mercaderes. Había ingresado en la Escuela de Cadetes de Moscú. Un día le aplicaron el látigo. Se rebeló. Entonces tuvo que desnudarse el torso cotidianamente, antes de la cena, para recibir veinte o treinta golpes de

knut. Por aquella época ya había leído y releído las obras de Gogol, de Dostoievsky y de Tolstoi y comenzaba a enfrascarse en las de Nietzsche, Schopenhauer y Karl Marx. Con todo esto contrajo la pasión literaria. Para poder escribir y leer a su capricho decidió fugarse de la Escuela. En unas vacaciones forzó la caja de caudales de su padre, hombre de suprema avaricia, y no paró hasta Alemania. En Berlín se puso en contacto con los grupos revolucionarios. Desde el primer instante se afilió a las extremas izquierdas del nihilismo, pero sin dar la cara, sirviendo más bien de propulsor que de instrumento. Los grandes jefes, los profetas de la *Gran Noche*, no tardaron en advertir que Antal Chowski era un hombre de acción, una fuerza, un cerebro y un brazo que les convenían. ¿Por qué? Porque Antal Chowski odiaba a todo el mundo, porque Antal Chowski carecía de ternura, de piedad, de sentimentalismo, y si le hubiesen preguntado: «¿Cuál es tu sueño?», habría respondido: «Encontrar un explosivo para volar el planeta.» Entretanto, en Berlín y en Londres, en Nueva York y en Varsovia, en Estocolmo y en Ginebra, en Barcelona y en Madrid, Antal Chowski *preparaba* atentados y disturbios. Además, redactaba folletos anónimos, que el servicio de la propaganda

roja esparcía por todas partes y que eran un prodigio de erudición y de elocuencia revolucionarias. Leyéndolos, las gentes debían figurarse al autor como a un titán barbudo, como a un Juan Bautista de la nueva fe, como a un ser noble y monstruoso, repugnante y sublime, troglodítico y auroral. De todas suertes, como a un gigante, como a un hermoso gigante: Atlas, cansado de transportar el mundo sobre sus hombros y transformándole en una enorme bomba de dinamita, que estallaría al contacto del sol. No había tal cosa. Antal no erá un gigante, sino un enano; Antal no era un demiurgo, sino un hombrecillo con entrañas de lobo; Antal era hermano de Calibán y de Caín.

He aquí su retrato. Cráneo chico y periforme; orejas muy separadas del cráneo, vibrátiles y translúcidas; pelo pajizo y escaso; frente—eso sí—grande y abombada; ojos claros, desteñidos y lechosos: dos ostras entre los párpados; una nariz ganchuda y fuerte; una boca enorme, flácida y elástica, de caimán o de sanguijuela, según el gesto que realizase; una barbilla de bruja, y luego un cuerpecillo de gnomo. El conjunto era ruin y repugnante. Y eso que Antal, a pesar de ser ruso, era limpio; más que limpio, pulquérrimo. Adoraba el agua como un batracio. Sus íntimos le comparaban con la rana. La

voz de Antal era suave, resbaladiza, oleaginosa. Hablaba poco, pero cada una de sus palabras se extendía como una gota de aceite y el que las escuchaba no sabía cómo desprenderse de ellas. Antal era un hombre fascinante. De su persona caricatural y enigmática se desprendía un innegable magnetismo. ¿Por qué? La propia Ludmila le escuchaba con curiosidad. Y el gran Alois Stur sentía por Chowski cierta forma de respeto y admiración.

III

LUDMILA se reclinó entre los almohadones de un canapé y, como siempre que esperaba a Stur, se puso a recordar. Le gustaba recordar su vida porque era hermosa como una leyenda. Si hubiese sido triste o apacible no la habría recordado. ¿Para qué? Sólo la atraían las vidas extraordinarias, reales o ficticias, nobles o depravadas. Por eso leía a Shakespeare y a Ibsen, a Goethe y a Hugo; por eso amaba a Alóis Stur; por eso no podía dejar de discutir con Antal, el odioso, y por eso ahora, en aquel instante, se había reclinado entre los almohadones del canapé para abrir por la primera página el libro de estampas de su vida. Eran las cinco. Alois había ido a una reunión misteriosa. Alois conspiraba, y no llegaría

hasta que el cielo—aquel cielo tan azul que veía por el balcón abierto—no se hubiese ennegrecido y tachonado de estrellas. Tenía tiempo de recordarlo todo.

Ella había nacido en un palacio, o, más exactamente, en las caballerizas de un palacio. Su padre, Alejo Dodzko, era uno de los innumerables palafreneros del rey Federico V de Ostravia. Su madre, Tynka, figuraba entre la servidumbre palaciega: lavaba, cosía, planchaba. El rey Federico y la reina Alejandra tenían una magnífica residencia en Rustria, en la parte alta de Rustria, entre al Arzobispado y la Catedral, dominando el río con sus veinte puentes y la ciudad con sus cien cúpulas y sus cien torres romanas, góticas y bizantinas. Pero el rey Federico, mediatizado por una gran corte de la Europa Central, emparentado con las más vigorosas dinastías y comprometido en peligrosas alianzas, era, en el fondo, un rey patriarcal, un buen burgrave, un tirano bonachón. Con sus patillas de hacha y su estatura de alabardero, no lograba atemorizar a nadie. Ni se lo proponía. Sus generales y arbitristas gobernaban por él. Lo que le entusiasmaba al buen rey Federico era vivir en su castillo de Holy, a doscientos kilómetros de Rustria y de sus ministros y sus diplomáticos.

En este castillo de Holy, que era el verdadero palacio de los reyes, había nacido Ludmila y había vivido, dichosa y saludable como una bestezuela, hasta los trece años, época en que comenzó a discurrir y a comparar. La servidumbre del castillo disponía de amplios alojamientos. Holy no era un parque y un palacio. Era mucho más: casi un mundo. Había en Holy lagos artificiales cuyos límites se perdían en el horizonte y donde habitaban los pescados del rey. Había bosques interminables donde vivían los ciervos, los jabalíes y los kanguros del rey. Y ciénagas para los patos. Y armoniosos y limpios estanques para los cisnes. Y un río, un afluente del Danubio, que pasaba geométrico y azul, entre las hayas milenarias, fecundando los estanques y los lagos. Holy era un Paraíso.

Antes que las maravillas del palacio, conoció Ludmila las riquezas rústicas que lo envolvían: los campos de lúpulo, de trigo, de centeno; los bosques que producían la mejor madera de Europa y su mejor resina; los establos y los pastizales, los molinos y las granjas... Sus primeros amigos fueron los recentales y los potros. Había en Holy una su-

cesión de dehesas, sobre todo para la cría caballar, pues el rey Federico, como todos los reyes, sentía predilección por ese animal, tan unido a los grandes hechos del hombre, que los antiguos lo humanizaron y divinizaron en la estirpe de Quirón. El rey Federico necesitaba muchos caballos. En sus dominios celebrábanse grandes cacerías, y sus carrozas recargadas y monumentales exigían bestias vigorosas. Además, los caballos del rey corrían en los mejores hipódromos de Europa.

Ludmila había ido conociendo poco a poco las razones que tenía el rey para dedicar a sus extensos potriles más atención que a los pabellones en que habitaba su interminable servidumbre. Pero mientras, a fuerza de discurrir, no llegó Ludmila a pretender que la vida del último marmitón de Holy era más importante que la del primer caballo, mientras fué inocente, y por lo tanto, dichosa, Ludmila vivió entre los potros y las jacas como una amazona niña, en su elemento. Su padre, Alejo, la dejaba cabalgar a su capricho, agarrada a las crines de las bestias jóvenes, que tenían fuego bajo la piel.

Tinka, su madre, que era tímida y de labores sedentarias, solía asustarse. Pero el administrador general de Holy, Otakar Fric, más importante en

Ostravia que el canciller del reino, solía encontrar a Ludmila en sus excursiones al través de los dominios de Su Majestad. Y, lejos de enfadarse, decía: «¡Qué gracia y qué nervio el de esta niña! Lástima que no sea hombre.» Si hubiese sido hombre, Otakar Fric, que era un gran deportista, habría hecho de Ludmila un *jockey*. Esta benevolencia de Otakar le permitió a ella ir tomando insensiblemente ciertas libertades, que en modo alguno toleraban los reglamentos del palacio, y menos aún el protocolo de la Corte. Cuando los soberanos y los príncipes se encontraban en su alcázar de Rustria— o en cualquiera de los reales sitios que, hasta el número de cincuenta, poseían en Ostravia—, la hija del palafrenero Alejo y la planchadora Tinka podía penetrar en el castillo, recorrerlo a su antojo, detenerse en sus grandes salas, en sus gabinetes y sus alcobas. Y como era naturalmente limpia—limpia y fresca como una náyade—, los lacayos le permitían tocarlo todo, desde las muñecas de las princesas hasta los uniformes del príncipe Wenceslao, pasando por las tabaqueras del rey Federico y los impertinentes de oro y perlas de la reina Alejandra. Entonces el palacio era suyo. Ludmila tardó bastante tiempo en comprender el valor de aquellas riquezas y en preguntarse por

qué las princesitas necesitaban cada una cuatro habitaciones, cuando ella no tenía ninguna, pues dormía en el mismo aposento de Alejo y Tinka, en una camita estrecha y con un colchón de borra sobre el bastidor de pino.

IV

PRECISAMENTE Ludmila dejó de ser dueña del palacio cuando comenzó a pensar. Entre los ocho y los doce años vivió sin inquietudes, sin interrogaciones, como un ave llena de ímpetu y de luz. Todo le encantaba. Todo le pertenecía. Las cosas eran suyas hasta donde ella podía mirarlas, palparlas y aspirarlas. Esta condición de su espíritu infantil era maravillosa, pues los niños son, naturalmente, instintivamente envidiosos. Envidiar es desear, ambicionar, y es propósito de adquirir por cualquier medio los bienes que están a nuestro alcance. Ludmila no fué envidiosa hasta que se despertaron en su cabecita rubia los duendecillos de la razón.

Recordaba los años dorados de su infancia, cuando podía pasarse una hora frente a los juguetes de la princesa Ana—que era de su misma

edad—sin sentir el deseo de quebrar el vidrio de las vitrinas en que esperaban, inmóviles e inútiles, las damiselas de porcelana, los arlequines de terciopelo, los soldaditos de plomo, los osos de felpa, las cajas de música, las linternas mágicas y los juegos de café diminutos, a que la princesita, desdeñosamente, los tocase o, enfurecida, los rompiese. Recordaba con deleite aquellos años de inocencia salvaje, en que había sido como un pájaro y como una flor. ¿Por qué un día se vió transformada en mujer?

Un día, sin que nadie le hubiese dicho nada, comenzó a comparar. Ella era hermosa y las princesas no. Fernanda, la mayor, tenía cuerpo de hombre, una nariz fabricada de un pellizco y unos ojos como dos mitades de huevo. Carlota se parecía a Fernanda, y Ana, la pequeña, le recordaba al buho. Las princesas tenían ayas y azafatas. Dormían en camas espléndidas, comían en vajillas preciosas y un hombre vestido de librea las ayudaba a montar a caballo. ¡Y qué sillas las de sus caballos! No. Ella no habría querido cambiarse por las princesas; pero, ¿por qué el mundo era *así*? Una vez se lo preguntó a Tinka. Su madre abrió mucho los ojos y le dijo:

—Siempre ha habido unas personas que man-

dan y otras que obedecen. Es Dios quien lo hace. Tu padre y yo somos criados del rey, y tú tendrás que serlo como nosotros.

Ludmila no pareció satisfecha. Y como le hiciese a su padre la misma pregunta:

—No sé—le respondió Alejo—sino que es gran cosa en la vida ser palafrenero del rey. Cuando tengas quince años te mandaré a Rustria, a que estudies algo, y a los diez y seis entrarás al servicio de la princesa Ana, según el señor Otakar Fric tiene a bien ofrecerme. Ya ves qué hermoso porvenir el tuyo. Cada año tendrás derecho a dos vestidos y a cuatro pares de zapatos viejos de la princesa, que los deja nuevecitos. Conque ya ves...

—Pero yo soy más alta que la princesa Ana y tengo un pie más pequeño que el suyo.

—Eso no importa—contestó Alejo—. Venderemos en Rustria los vestidos y los zapatos.

Ludmila había seguido meditando. Aquel porvenir de que le hablaba su padre no le parecía tan seductor. Preferiría no entrar en palacio, quedarse fuera, en alguna granja o establo. Entre ser pastora o azafata, lo primero le gustaría mil veces más. La idea de vestir y desvestir a la princesa Ana le causaba un sinsabor inexplicable. ¡Si al menos esta princesa le hubiese sonreído alguna vez! Pero

la princesa Ana era fría y orgullosa como la reina Alejandra. Lo mejor de palacio eran los hombres: el rey Federico, con sus patillas de hacha y su mirada afectuosa, que, una vez, le había hablado, celebrando sus proezas de amazona, y el príncipe Wenceslao, que...

En este punto comenzaba la vida extraordinaria de Ludmila Dodzko...

V

ENTRE la servidumbre de Holy, el príncipe Wenceslao tenía fama de bueno. Era verdad que su mirada afectuosa y su sonrisa amable contrastaban con los ademanes autoritarios y los gestos altivos de las tres princesas. Otakar Fric, el *factotum* del rey, se lamentaba del temperamento «algo democrático» del príncipe. Porque Fric no dejaba de ser un administrador severo y un ministro rígido sino cuando se trataba de disculpar alguna proeza de Ludmila. Y todos los altos servidores de Palacio pensaban al unísono del señor Otakar: el príncipe heredero iba a ser aún más blando, «menos príncipe», que su padre el rey. «Con la agravante—sostenían los profesores del príncipe—que la bondad de Wenceslao era más peligrosa que la de Federico, porque no procedía, como en este último, exclusivamente del

corazón, sino que se elaboraba en su pensamiento.» El príncipe era filósofo y admiraba a Leibniz. Sus profesores le habían sorprendido leyendo a Rousseau y a Tolstoi.

El príncipe había nacido entre las princesas Carlota y Fernanda, y tenía diez y ocho años al cumplir trece Ludmila. No podía decirse que Wenceslao fuese hermoso; era más bien feo, pero con una fealdad inteligente y noble. Su cuerpo era el de un atleta, y Ludmila procuraba por todos los medios asistir, oculta tras los macizos de evónimos, a los partidos de *tennis* en que Wenceslao triunfaba siempre. Ella se las arreglaba de tal modo que perdía raramente la ocasión de ver al príncipe en su campo de *golf* o en el Lago grande, donde le gustaba remar y nadar con los hijos de reyes, huéspedes de palacio, y con sus camarlengos y chambelanes. Ludmila admiraba al príncipe, pero sin la más tenue sombra de servilismo en esta admiración. Lo admiraba «de igual a igual». Nadie conocía como ella los méritos del príncipe como jinete, como nadador y como remero, porque ella misma practicaba todas aquellas artes de la mecánica corporal, que ahora se llamaban deportes y que eran antiguas como el mundo. Admiraba al príncipe sin sentir ninguna inclinación sentimental ha-

cia su persona. A los trece años—el señor Otakar lo había observado perfectamente con sus ojillos verdes, que parecían de cristal, y lo había dicho con sus labios finamente sensuales—Ludmila era «una moza». Pero la moza no se había enterado de su transformación. Su madre, poco a poco, había debido ir ensanchándole los corpiños y alargándole las faldas, y como los lacayos y mozos de cuadra comenzaban a celebrarle demasiado las piernas, ella misma procuraba mostrarlas menos al montar a caballo, según su costumbre, como un hombre. Dentro de su pecho de mujer, su corazón seguía siendo el de una niña: el de una niña completamente sana, completamente niña, y cuando algún criado joven de palacio quería tirarle un pellizco, ella, con la mayor facilidad del mundo, le derribaba de un pescozón. Tinka y Alejo celebraban esta rudeza de Ludmila. ¡Ah! ¡No eran ellos como el sumiller Boris y el herrador Máximo, cuyas hijas—según se murmuraba—habían obedecido demasiado ciegamente al señor Otakar! Alejo y Tinka soñaban con un buen matrimonio para Ludmila, y su satisfacción era grande al ver que el mejor centinela de su virtud era ella misma. Precisamente, como el señor Otakar se cruzase con ella un día por un bosque, a caballo, y se pusiese a su lado

para decirle «que se había puesto muy guapa y que su boca debía de saber a frambuesa», ella había decidido no salir en adelante sin un látigo con empuñadura de plomo, que le había regalado uno de los hombres del picadero.

VI

UNA tarde, la misma en que estrenaba el látigo, iba al galope por una selva de abetos, cuando el ruido de otro caballo, que parecía querer darle alcance, la forzó a parar en seco a su potro, un verdadero huracán.

—¡El viejo Fric!—pensó.

Le pareció que al fuego de su rostro ardía su cabellera rubia. Se puso en guardia y apretó bien el látigo. El señor Otakar venía hacia ella, derribando ramas, en un galope tendido, vertiginoso, admirable. ¡Ah! ¿Cómo a sus años podía galopar tan bien? Y, más curiosa que temerosa, esperó. Por fin el caballo y caballero que la perseguían aparecieron, raudos, al fondo del camino. Se puso pálida. Y refrenando a su potro, que espumeaba y se ponía en dos pies, se hizo a un lado para dejar el paso libre al príncipe Wenceslao.

Pero el príncipe paró también en seco su caballo, la enfrentó, y mirándola risueñamente, le dijo:

—¿Tú eres la Amazona?

Ella, entre turbada y alegre, le contestó:

—Alteza, me llaman así.

El príncipe jadeaba, sudaba.

—¡Qué carrera me has hecho dar! Creí que te matabas. Yo no me atrevería con tu potro.

Y Wenceslao señalaba a la bestia furiosa, que Ludmila, con una presión de todo su cuerpo, contenía.

—¡Oh, sí!—exclamó ella, mirando por vez primera al príncipe a una vara de distancia.

—¿Tan buen jinete me crees?

—El mejor de Ostravia.

—Después de ti. ¿Quieres que cambiemos de caballo?

Ella dudó un instante. Y él, con un guiño amistoso, se echó a reir.

—¿Lo ves? Temes que tu animal me despida por las orejas.

—A mí me tiró ya. Pero ahora lo conozco. Espere Vuestra Alteza varios días...

—Esperaré. Un príncipe tiene el deber de no ser temerario; pero es un triste deber, te lo aseguro.

¿Quieres que vayamos juntos hasta la Avenida Imperial?

—Vuestra Alteza me ordena.

Y Ludmila y Wenceslao pusieron sus cabalgaduras a un trote lento, mirándose el uno al otro con curiosidad y simpatía. Ella le observaba y él parecía sorprendido de su hermosura. Sofocados ambos por la carrera, las facciones de Ludmila ganaban en esplendor. Su cabellera rubia desplegada, sus ojos metálicos, su perfil de Venus rústica, su boca fresca..., todo parecía cautivar al príncipe, que de la cara descendía al torso, al talle, a los flancos de la Amazona, para envolverla en una mirada de admiración total.

—¡Qué guapa eres!

Ella enrojeció. Hubiese querido poder responderle: «Vuestra Alteza lo es más.» Pero no sabía mentir, ni nunca de sus labios frescos había brotado la menor lisonja. No dijo nada. Tampoco el príncipe parecía esperar una respuesta aduladora. Ella hubiese podido decirle: «Los ojos de Vuestra Alteza miran con suavidad, pero su nariz se estremece como la de los perros, y su boca es demasiado grande.» Pero esto no habría estado bien, porque el príncipe era bueno y simpático y, sobre todo, porque galopaba maravillosamente.

Iban por lo más espeso del bosque. El príncipe le preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Trece.

—Y podrías casarte ya. ¿Tienes novio?

Ella le miró asombrada:

—¿Para qué?

El hizo girar su látigo.

—Tienes razón: para nada... Las amazonas no necesitan novio.

Y después de una pausa, a punto que descubrían al través de los abetos la extensión glauca de un lago:

—El que te quiere mucho es el señor Otakar.

Ella hizo una mueca desdeñosa.

—El viejo Fric...

El rió.

—Que es el favorito del rey...

Ella se encogió de hombros.

—Eso, ¿qué importa?

—Es verdad. Pero él te ha permitido visitar el palacio.

—El señor Otakar no me mira como antes; por eso le quiero un poquito menos; pero no olvido ninguna de sus bondades.

—Escucha, Amazona; tú te llamas Ludmila, ¿no es cierto?

—Sí, Alteza.

—A tu padre, que es palafrenero, ¿no le gustaría ascender a jefe de caballerizas?

—Supongo que sí.

—Ascenderá. ¿Tú querrías entrar en Palacio?

—Alteza, no.

—Pues no entrarás. Hace lo menos dos años, Ludmila, que me he fijado en ti. ¿Tú no lo notaste?

—No.

—Y hasta tengo un recuerdo tuyo.

Ludmila abrió mucho los ojos...

—¿Qué?

—Un mechoncito de tu pelo.

—¡Ah! ¡Como no haya venido Vuestra Alteza a cortármelo mientras yo dormía!... ¿Su Alteza es duende por ventura?

—Mi Alteza, una noche, llegó de Rustria sin que nadie le esperase; entró en sus habitaciones, se acostó y durmió... Por la mañana, al ir a peinarse, encontró cuatro cabellos rubios en su peine, en uno de sus peines de Holy. Eran tuyos.

Ludmila preguntó ruborizada:

—¿En qué lo conoció Vuestra Alteza?

—En el olor. Olían a fragancias del bosque. Y en su finura... ¿Me permites?

Y el príncipe, alargando una mano, quiso acariciar sus cabellos. Ella se apartó, pudorosa y altiva El príncipe se pilló con los dientes el labio inferior que palpitaba, y le dijo:

—Me debes obediencia...

—Para eso, no.

Wenceslao se puso más rojo de lo que estaba; quiso decir algo y su boca volvió a cerrarse en silencio. Ludmila había visto pasar por sus ojos una luz que le recordaba a las princesas: luz de fulgores dominantes y despóticos, de voluntad regia, de tiranía tradicional. El era el amo, ella la sierva. El casi un dios, ella una cosa. Esto había dicho la mirada del príncipe. ¡Pues no! Ella tenía su caballo y el mundo por delante para correr.

—¡Alteza, adiós!

El se apoderó de sus riendas, con un ademán vigoroso, pero también galante.

—¡No! ¿Por qué huyes? Quiero que seamos amigos, que vuelvas a mis habitaciones cuando yo esté en Rustria, que vengas a la orilla del lago cuando yo nade. ¿No quieres que acaricie tus cabellos? Pues peor para mí. Te obedeceré...

El príncipe se había puesto pálido. Su mirada había vuelto a ser dulce. Su voz era triste y afec-

tuosa. Ella volvió a ponerse a su lado, y ofreciéndole la cabellera:

—Acaricie Vuestra Alteza—murmuró.

Y los dedos del príncipe rozaron apenas los cabellos rubios.

VII

ERA entonces el verano. Y llegó el invierno sin que Ludmila y el príncipe se volviesen a hablar. Se habían visto alguna vez, de lejos, durante las grandes cazas y las carreras y las regatas de Holy, que solían celebrarse en agosto. El príncipe le enviaba, sin que nadie pudiese advertirlo, una sonrisa, cuando no era que, levantando el látigo, le hacía un saludo encantador. Se hubiese dicho que, sobre el fondo esplendoroso del cielo, quería dibujar con su látigo una L gigantesca: la inicial del nombre de Ludmila. ¡Pobre príncipe! Ella, la hija del palafrenero y la planchadora, le compadecía, porque a partir de la escena del bosque, la niña se había transformado en mujer y comenzaba a comprender lo que significaban las celebraciones y complacencias del viejo Fric y las timideces del príncipe. Ella compadecía a Wences-

lao por la limitación y la pequeñez de su fuerza. Nieto e hijo de reyes, llamado a reinar en Ostravia y a ser dueño y señor de la vida de sus soldados, carecía de poder para transformar el corazón de una sierva. El príncipe «la quería». Pero ella «no quería» al príncipe. Hubiese sido preciso, para llegar a quererle, no tanto que no fuese príncipe, que, allá en su fuero interno, Ludmila se creía con méritos para ser princesa—y como tal reinaba en los bosques de Holy, donde «las otras» le hubiesen temido a la aparición del lobo o la serpiente—, sino que algo dentro del pecho la ordenase quererle. Otakar, por su parte, le daba risa. ¡Oh, el viejo Fric, con sus ojos que le recordaban los de aquellos muñecos enormes del Museo de Rustrial Pero el príncipe le daba lástima, porque era bueno y habría merecido que Ludmila no tuviese alma de amazona, sino de esclava, y que, en lugar de permitirle por compasión que acariciase sus cabellos, hubiese querido ser su juguete y su cosa...

Pasaron largos meses. El señor Otakar había cesado de mirarla. Alejo había ascendido de palafrenero humilde a cochero mayor y Tynka entraba a

presidir el cuarto de plancha de Palacio. Ludmila veía en todo esto la mano del príncipe. «Es generoso», se decía. Y como los meses seguían pasando monótonos y dulces, sin más encuentros en el bosque, llegó a olvidarse del príncipe y de los ojos vítreos del señor Otakar. Y volvió a su vida rústica y alegre, sin inquietudes ni otras sorpresas que las que le brindaban las espesuras y los montes de Holy, que aún no había concluído de explorar.

Un día hubo conversaciones y grandes preparativos en Holy, y a duras penas salvó Ludmila a su potro de una requisa ordenada por el viejo Fric. Allá abajo, en lo hondo de Europa, hacia el Oriente, había guerra: una guerra en que se destrozaban varios pueblos de la raza de Ostravia. Y Ostravia intervenía del lado del más fuerte, para darle fin. El príncipe heredero sería el caudillo de las tropas que se aprestaban a salir de Rustria: un general de veinte años. Ludmila vió al príncipe, en uno de los jardines de Holy, rodeado de su Estado Mayor. Le iban muy bien el uniforme lleno de brandemburgos, el casco centelleante y las altas botas de charol. ¡Ah! ¡Entonces sí que le habría gustado acompañarle, ser hombre o, por lo menos, que la dejasen ir a la guerra como a un hombre.

Este deseo no podía realizarse. Partió el prín-

cipe, y comenzaron a llegar a Holy las noticias de sus victorias. Alejo explicaba que Wenceslao era muy valiente, que miraba por la vida de sus tropas y que, como otros príncipes, no las lanzaba al asalto hasta su exterminio. La guerra duró todavía un año. Era una guerra sanguinaria, terrible, como de salvajes, en la que Ostravia representaba a la Civilización. El príncipe Wenceslao se cubrió de laureles y de bendiciones. Había ganado la guerra y hecho la paz. En Holy, la alta y baja servidumbre hacía comentarios entusiastas y críticas favorables al príncipe... El anciano Federico debía abdicar en él. Wenceslao, al que acusaban de poeta, había resultado un guerrero admirable y un diplomático genial. El día que él reinase, Ostravia podría apoderarse fácilmente de aquellos territorios del Sur, que estaban repartidos entre varios príncipes y que «en realidad» le pertenecían. Wenceslao sería un gran rey.

Ludmila tenía entonces poco más de quince años y apuradamente sabía leer. Todo lo que contaban del príncipe la llenaba de confusión y curiosidad. Wenceslao, tan tímido, tan bueno, ¿ha-

bía sabido, había podido matar hombres o reducirlos a su voluntad? Y deseó que se reprodujese el antiguo encuentro para ver su nueva cara, para escuchar su nueva voz. De lejos ya le había visto al retorno de la campaña. Sus ojos le habían parecido más brillantes; su tez, más oscura; su boca, más voraz; toda su actitud más fiera, como correspondía a quien acababa de pasar dos años desafiando a la muerte. Ahora Wenceslao era «un héroe». Le habría gustado volverlo a encontrar en el bosque, galopar a su lado vertiginosamente, hablando de la guerra: esa gran cacería en que las fieras y los cazadores son hombres.

VIII

¡AMAZONA! ¡Amazona!

Era el príncipe. De esta vez no se le sintió llegar. Se lo había encontrado, de pronto, junto a ella. Verdad que era octubre y el bosque tenía un tapiz de hojas secas apelotonadas por la lluvia. Además, habría aprendido en la guerra a deslizarse como los reptiles. Ella le saludó, irguiéndose sobre la silla y levantando el látigo.

—¡Alteza!

El la miró con simpatía y con sorpresa.

—Estás más hermosa aún. Te has afinado sin dejar de ser brava. ¿Vamos hacia el Lago grande?

—Sí.

—¿Sabes que ahora me atrevería con tus terribles potros?

—Lo sé.

—Ya no soy el mismo.

—¡Ah!

—Es decir, me parece que no soy el mismo, o que hay dos Wenceslaos aquí...

Y el príncipe golpeó su ancho pecho de soldado, y rió de una manera fuerte, casi brutal. Ella le miró. La guerra había puesto en sus ojos melancólicos otra luz; su piel estaba curtida; su voz era la de un caudillo acostumbrado a mandar; en su nariz se había acentuado el olfateo perruno y se habría dicho que sus labios eran más gruesos y más rojos que antes.

—¡Cómo me miras! ¿He cambiado mucho?

—¡Oh, sí!

—¿Estoy peor?

—No sé.

—Sí; estoy peor. Al volver a Ostravia creí que me bastaría con quitarme el uniforme de la guerra y ponerme a leer un libro para ser el Wenceslao que temblaba delante de ti. Y no hay tal...

—¿No?

—¡Vaya! Te digo que tengo un demonio dentro del cuerpo.

—Vuestra Alteza podría ver al arzobispo de Rustria.

El príncipe volvió a reir.

—¡Ja, ja, ja! Yo venceré solo a ese demonio. Es

la fiebre de la guerra, que me dura aún. Si supieses las locuras que he cometido...

—¿En la guerra?

—No, ahora, en la paz. He visitado todas las Cortes de Europa en triunfador. He ganado otra clase de batallas... Verdad que todas las fortalezas se me rendían casi en el acto, sin condiciones. No hay más que una fortaleza en Europa: tú.

Ludmila comprendió instintivamente. Y, también por instinto, fingió inocencia.

—Vuestra Alteza ha visto mundo. ¿Hay árboles tan grandes como éstos? ¿Las montañas son tan azules como aquí? ¿Todo es igual en todas partes?

—Casi igual. Sólo existe en Ostravia una cosa única, una cosa inimitable: tú.

—¡Mucho ha debido de trabajar Vuestra Alteza en estos años. ¡Ganar una guerra! ¡Hacer la paz! ¡Mandar en tantos hombres!

—¡La guerra! ¡La paz! A lo mejor, en medio de una batalla, cuando todos pensaban en morir, en huir, en matar, yo sólo veía tus ojos, tu boca de granada abierta, tus muslos de acero sobre el caballo... Escucha, Ludmila... ¡Refrena!... ¡No huyas! ¿Ves?... Tomo tus riendas con las mías. ¡Yo mando! ¡No temas! Escucha nada más, escucha... Estoy loco por ti. Quiero que hablemos...

Ella comprendió que convenía escuchar al príncipe, dejar que las palabras que iban a salir de su boca le calmasen, pues su rostro era como un cielo de tormenta, y ella estaba acostumbrada, en su vida silvestre, a dejar pasar las nubes y a sortear los rayos que descargaban la cólera celestial sobre aquel inmenso bosque, que les envolvía a ella y al príncipe entre sus troncos y sus lianas, y sus hojas secas, copiosas y temblorosas, como las aguas de un río de oro que no concluyese nunca. El príncipe parecía husmear un rastro. ¿Qué olor fuerte y bueno le cautivaba en la selva? ¡Eran tantos, tan puros y tan varios los olores de aquel paraíso! El olor de la tierra húmeda, el de la hierba, el del musgo, el de las ramas caídas, pudriéndose como miembros humanos en el limo; el del agua encharcada y verdosa... Y todos se fundían, se purificaban en aquel hálito fresco y triste del otoño, que rodeaba de un infinito encanto la idea de morir... El príncipe husmeaba. Pero sus ojos estaban fijos en ella, en su cuello desnudo, en sus hombros, en sus brazos.

—¡Qué bien hueles, Ludmila!

Ella quiso separarse. Imposible... Una mano del príncipe dirigía los dos potros, cuyos flancos chocaban, cuyas cabezas se alargaban juntas. Y ella sentía contra su mano la mano del príncipe, y

sobre uno de sus muslos una rodilla de bronce.

—¡Qué bien hueles, Ludmila!

El príncipe soplaba, resoplaba. Parecía loco. Ella se atrevió a decir:

—Tengo prisa, Alteza; déjeme...

—No—repuso él—. No te dejaré sin una promesa tuya. He querido olvidarte. No he podido. He tenido cien mujeres para borrar tu recuerdo. Ha sido inútil. Yo sé que no te gusto, que no me quieres, que mi majestad de príncipe y mis victorias no significan nada para ti. Sé que eres orgullosa y casta. Lo sé todo y te admiro... Pero también te quiero. Dime solamente una cosa: ¿llegarás a ser mía?

Ella le miró asombrada.

—¿De Vuestra Alteza? ¿Cómo? ¿No lo soy ya?

—No; tú sabes lo que quiero decir; no te burles. Vas a irte de Holy con cualquier pretexto. Tendrás una casa en los alrededores de Rustria...

—¿Para qué?

—Para vivir en ella y esperarme. ¿No te gustaría?

—No.

—¿Por qué?

—Me gusta más Holy, el bosque, la libertad...

—También allí serás libre: tendrás criados, co-

ches, joyas. Vestirás mejor que las princesas. Te querré mucho, te querré siempre. Yo reinaré en Ostravia, pero tú reinarás dentro de mí. ¿Quieres?

Ahora los ojos del príncipe suplicaban. Su voz era, otra vez, afectuosa. Su faz, endurecida por la guerra, volvía a ser la de aquel Wenceslao que temblaba al acariciar los rizos de la Amazona. Ella hubiese querido responderle: «¡Sí!» Pero no pudo.

—¿No me respondes?

—No sé... No entiendo a Vuestra Alteza.

El se impacientó:

—¡No te burles! Estoy decidido a todo.

Ludmila llevaba el látigo en la diestra: lo palpó. Y sonriendo, dijo:

—Y yo.

—¿Me desafías?

—Sí.

Y con una arrancada brusca y hábil logró lanzar su caballo al galope. El príncipe, maquinalmente, soltó las riendas que le estorbaban para dominar al suyo, impelido a una carrera vertiginosa por el de Ludmila, y comenzó la huída y la persecución.

Los dos conocían la selva: sus trochas, sus calve-

ros, sus taludes, sus espesores, sus hondonadas: los sitios para correr hacia poblado y los sitios para esconderse y esperar la noche. Ella estaba segura de llegar a Holy antes del crepúsculo y de no ser alcanzada por el príncipe. Y en lugar de torcer por las veredas del Poniente, las más intrincadas y peligrosas del bosque, tomó el camino recto hacia el castillo: el camino bordeado de olmos milenarios, por donde iban a la caza los señores de Ostravia. Ludmila levantó la cabeza para orientarse. Estaba a dos horas del castillo. No llevaba espuelas. ¿Para qué? El potro comprendía, por la presión de las piernas, por la vibración del pecho de la Amazona, que era preciso transformarse en Pegaso. Y volaba...

El venía detrás, bastante lejos.

—¡Ludmila! ¡Ludmila! ¡Ludmi...!

Su voz era terrible: un rugido... Ella se volvió para verle: hombre y caballo formaban un solo ser: un monstruo. Pero cada vez la distancia se hacía más grande entre los dos.

—¡Ludmila!... ¡Ludmi...!

Ya la voz era como un lamento. La Amazona

iba a vencer al Centauro. De pronto ella sintió un silbido, una explosión, y en la carne el picotazo de un ave invisible. El cielo se puso rojo, la tierra se ablandó, los árboles giraron extrañamente, y Ludmila se abrazó al cuello de su caballo para no caer... El dolor era agudo. La sangre fluía de uno de sus hombros y rodaba por el brazo, lentamente. El príncipe había disparado bien, para detenerla. Ella hubiese preferido la muerte a aquel rasguño... Ya estaba el príncipe a pocos pasos de ella. Había perdido la ventaja...

—¡Ludmila! ¡Loca! ¡Al fin!

Wenceslao la rodeó por el talle, la atrajo contra sí, aplicó los labios a la herida fresca... Cayeron juntos, blandamente, sobre las hojas secas, contra un árbol...

El decía:

—¿Lo ves?

Sus ojos eran fosforescentes. Y su boca bestial. Ludmila levantó el látigo de plomo y lo dejó caer entre aquellos dos ojos encendidos, que se apagaron, y sobre aquella boca tinta en su propia sangre, que palideció...

IX

LOS caballos habían huído hacia palacio. Ella, sin mirar el rostro lívido, huyó también, hacia la noche, hacia el fin. Huía sollozando, estremecida de orgullo y de dolor. Había matado al príncipe. El príncipe era bueno, la quería, y ella hubiese querido quererle; pero, ¿a qué otro príncipe aspiraba su corazón? Ahora la esperaba la princesa pálida, la Muerte. La idea de morir la fascinaba. ¡Oh, si hubiese sido posible morir por la pequeña herida, morir por él, a manos de él! Se habría tendido allí, en aquel espesor del bosque, entre las lianas, bajo las estrellas, y después del otoño fragante y del invierno gélido, quizá un lebrel de palacio, husmeando como el príncipe, descubriese a la Amazona: lo que quedase aún de la Amazona...

Tenía fiebre. Una gran fatiga comenzaba a inva-

dir todos sus miembros. Quería salir de Holy y encontrarse en la carretera que llevaba a Rustria, siguiendo el curso del río, para ver de lejos las torres del castillo, y sus árboles borrándose en las sombras de la noche... Quería vivir dos horas, una, antes de morir: tener tiempo de decirle adiós al mundo trágico y maravilloso en que había gozado tanto. ¿Su padre? ¿Tynka? Se iría sin verlos, sin que tuviesen el espanto de oir de su boca las palabras sangrientas: «He matado al príncipe.» Tenía sed... Buscó, a través de aquel dédalo de árboles y arbustos, un manantial. Halló, entre los brezos y las piedras de un declive, unos hilos de agua, y pudo beber un poco y lavarse la herida. ¡Ah! ¡Era mayor de lo que había supuesto! La bala le había atravesado el hombro. Era la primera vez que sufría de un dolor físico tan ardiente. Y también la primera vez que iba a pie por el bosque, entre los helechos resbaladizos y las lianas enormes. Anduvo mucho tiempo, con la boca seca y amarga, las piernas temblorosas y unos calofríos que la obligaban a detenerse, a apoyarse en un tronco, a sentarse en el suelo y a buscar los hilos de agua del manantial.

Salió del bosque cuando anochecía. Por la carretera de Rustria pasaban unos carros de labranza,

un hombre a caballo... Fué del lado del río, que era en aquella parte ancho y poblado, con las balsas y embarcaciones que transportaban las riquezas de Holy. Andaría mientras tuviera fuerzas. No la asustaba morir; pero ahora el camino era tan blando, el aire era tan fresco y eran tan dulces las estrellas que comenzaban a aparecer aquí y allá, sobre la tierra adormecida, que no podía substraerse al encanto de aquel adiós, de aquel suave paseo hacia la muerte.

Desde una altura de la carretera, apoyada en el parapeto del río, vió por última vez las torres de Holy agudas como su dolor, esbeltas como su talle, que, no volvería a estremecerse sobre la espalda nerviosa de un caballo. ¡Morir! Ella no conocía el mundo, no sabía nada, no era como esas húngaras andrajosas y fuertes que llevaban sobre la piel polvo de todos los caminos y olores de todas las razas. Ella sólo podía morir envolviéndose en la mortaja del río, o tendiéndole al verdugo el tallo de su cabeza rubia. Dió varios pasos. Bajó hacia la orilla. El río estaba negro, pero en él nadaban algunas estrellas y se estremecía, incansable, una serpiente de plata. El río murmuraba. ¡Oh, delicia la de escuchar aún! Después sobrevendría un gran silencio. Quiso escuchar la última canción de las cosas, y se

dejó caer sobre unas piedras mullidas y verdecidas por las crecientes del río. Las aguas negras murmuraban, se lamentaban de los latigazos de la luna. Ludmila sonrió, suspiró, entornó los párpados y durmió un sueño de inocencia, como en las horas más profundas de su niñez.

X

QUIÉN era aquel hombre? Estaba tendida en una cama blanca, y un hombre parecido al Jesús de los iconos de Holy la miraba y le sonreía.

—¿Dónde estoy?—le preguntó.

—En Rustria; pero no hables. Nadie sabe que estás aquí.

—¿Quién eres tú?

—Un amigo.

—¿Y tú sabes quién soy yo?

—Sí.

—¿Y tá sabes lo que he hecho yo?

La cara de aquel hombre se iluminó.

—También.

—¡Ah!

Pasó un día. Una mujer anciana le lavó varias veces el hombro herido, le trajo líquidos tibios y

substanciosos en alegres tazas de barro y un vino del Rhin en copa de cristal. Ella quería saber.

—¿Dónde estoy?

La anciana respondió en una voz lenta y respetuosa:

—En casa de Alois Stur.

—¿El hombre guapo?

—Sí.

—¿Y quién es?

—Aún no podrías entenderlo, aunque te lo dijese. Alois Stur es grande y bueno y te salvó hace dos noches a la orilla del río.

—¡Ah!

Ludmila sonrió satisfecha.

—¿Por qué no está aquí?

—No tardará...

Ludmila quería preguntar algo. ¿Qué? Todo su pensamiento parecía henchido por la faz del hombre hermoso y generoso, al que recordó. Quería preguntar por el príncipe. ¿Sabría responderle la anciana? Dudó un instante. Y cuando iba a hablar apareció en la alcoba, sonriente y suave, Alois Stur. Entonces no pudo hablar. Sólo podía mirarle. Era la primera vez que veía un hombre que no era un lacayo ni un déspota, un hombre que miraba claramente y en cuyo rostro todas las líneas eran

nobles y todos los gestos apacibles. Alois Stur tenía una gran cabellera gris, una frente alta y espaciosa y una boca limpia entre el bigote y la barba de Nazareno. Era delgado. Sus manos parecían de mujer... Ludmila había olvidado en la selva las lecturas del pope de Holy; pero, de pronto, pensó en un milagro. Alois Stur, ¿sería Dios?

Alois Stur le dijo:

—Vamos a salir de Rustria, Ludmila. El príncipe se salvará, seguramente. Ya han llegado los cirujanos de Berlín. La Policía te supone muerta, ahogada. Han seguido tus huellas por el bosque y por la carretera... Han encontrado el látigo y una cinta de tu pelo en la ribera. Unos campesinos te vieron mirando al fondo del río. Te has salvado, por ahora. Yo pasaba en una barca. Te vi dormida, herida... Pude traerte a casa con unos partidarios. Ahora conviene huir. De noche pasaremos la frontera... Cuando el príncipe pueda hablar aumentará el peligro...

XI

Y una semana después Ludmila Dodzko y Alois Stur se instalaban en Roma, en un piso amueblado de la plaza Rusticucci, cerca del Vaticano. Eran el signore Erben y la signorina Octavia, su hija.

Allí llegaron noticias de Rustria. El príncipe Wenceslao había sufrido la trepanación y los médicos garantizaban una convalecencia rápida. Alois traducía para ella los relatos de la Prensa de Roma. Todos los ruidos de un atentado carecían de fundamento. El príncipe había sido arrojado a tierra y arrastrado largo trecho por un potro indómito. No había ninguna coincidencia entre este accidente y la desaparición de la hija del cochero Dodzko. No podía ponerse en tela de juicio la declaración terminante del príncipe. Los ministros de Ostravia en el Extranjero rogaban a los publicistas que se atu-

viesen a la realidad vulgar y dolorosa del accidente, sin sucumbir a la tentación de la fantasía novelesca...

Alois Stur dijo:

—Este príncipe Wenceslao no irá lejos: es demasiado humano; pero, en fin, nosotros tenemos que agradecerle lo que hace, porque en los príncipes el ser simplemente equitativos es una gran virtud.

Comenzaron a pasar los días, las semanas y los meses. La «signorina Octavia» tuvo que renunciar a su existencia de amazona y convertirse en una muchacha muy formal y muy guapa que recorría del brazo de su padre las ruinas y los museos de Roma.

A pesar de la generosa amnistía del príncipe Wenceslao, Alois Stur no estimaba oportuno volver a Ostravia con Ludmila, ni aun siquiera solo. Y esto porque era un secreto a voces que él había salvado a Ludmila y que ésta vivía con él. Ambos habían llegado a Roma al finalizar octubre, cuando aún temblaban bastantes hojas secas en las alamedas del Pincio y podía pasearse hasta la noche entre las gradas del Coliseo. Después llegó el dulce invierno de Roma. Y aquellos dos meses bastaron para que Ludmila pudiese comprender casi todas las palabras y una gran parte de las ideas de

Alois. En dos meses habían visitado todas las iglesias, todas las pinacotecas, todos los jardines, todas las piedras de Roma. Y ante cada estatua de Miguel Angel, cada cuadro de Rafael, cada columna truncada del Foro, Alois había sido para Ludmila un maestro insinuante y milagroso que le descubría y le explicaba las maravillas y las miserias del mundo, más patentes que en parte alguna en aquella Roma, que había engendrado la civilización occidental.

También hubo libros para Ludmila: novelas y poemas. También la llevó Alois al teatro, a la Opera. También tuvo un profesor de idiomas, *il signore Angelo*, que hablaba meliflua y cantarinamente todos los idiomas, hasta el alemán, y que le llamaba a Stur *il maestro, il appostolo.*

XII

UNA mañana de enero *el apóstol* le contó su vida a Ludmila, sin ocultarle sus martirios ni su gloria. Alois Stur era el jefe de los revolucionarios de Ostravia, tenía un periódico y había tenido una cátedra en la Universidad nacional de Rustria, donde existía otra tudesca. El Gobierno del rey Federico le había despojado de su cátedra, que él—Alois lo confesaba—había transformado en tribuna política. Ahora, después de algunos años de destierro, pasados entre París y Londres, llevaba unos ocho de tranquilidad relativa. Era diputado, escribía libros, que podían encontrarse en las propias librerías de Roma, y figuraba entre los diez o doce hombres que el día de mañana presidirían los destinos del mundo.

—Porque nosotros—concluía sonriendo—vamos a cambiarlo, vamos a hacer del mundo un pa-

raíso donde los príncipes no darán caza a las muchachas como tú...

Ludmila aprobó. Eso estaba muy bien; pero, ¿de qué iban a valerse para cambiar el mundo?

—De un soplo, que se llama la Revolución.

—¿Holy desaparecerá?

—No. Holy, y todos los Holys de Ostravia, y todos los Holys del mundo, se repartirán entre todos los hombres.

—¡Bravo! Pero los príncipes se defenderán. ¿Qué vais a hacer con ellos? ¿Matarlos a todos?

—Según. No sé... Tal vez baste con darle a cada uno un sombrero a cambio de la corona.

—De todas maneras, a Wenceslao quiero que no le ocurra nada. Porque es bueno...

Entonces Alois la miró con hondura, con dulzura.

—Te acuerdas del príncipe?

—Un poco. Me acuerdo más de mi caballo, del olor de la selva. Pero el príncipe me da lástima. Todos los príncipes me dan lástima.

—Y a mí también. ¿Por qué no querías al príncipe?

—Porque no era guapo como tú.

Alois enrojeció.

—¿A mí sí me quieres?

—Desde que te vi. Tú dices que yo soy tu hija, pero nadie lo cree. Dicen que soy tu mujer. A mí me gustaría ser tu mujer.

Alois le puso las manos sobre la cabellera rubia.

—Ludmila, yo también te quiero, pero no te lo había dicho nunca. Te llevo treinta años.

—Tú no tienes edad.

Y pocas más palabras precedieron a las bodas de Ludmila y Alois.

El le decía:

—El amor cambia como el viento, Ludmila. Cuando tú te hayas cansado de quererme; cuando te fatiguen mis palabras y mis caricias, dímelo. Yo, con el alma desgarrada, me alejaré. Soy demasiado viejo y tú eres demasiado joven y hermosa para que yo pueda cansarme de ti. Pero esto no importa. Según mis leyes, el amor concluye cuando uno deja de querer. No hay amor sino en el placer y el dolor compartidos; no hay amor sino en la verdad. Por eso, según mis leyes, los hombres y las mujeres no pueden jurarse amor. No hay día de mañana en el amor; todo es presente, todo es hoy...

Ella contestaba:

—Yo te querré siempre. Tú tienes tus leyes y yo las mías. Tú me has salvado, tú me has creado y tú debes disfrutar de mí. Mi corazón es como una rosa

que quiere abrirse, cuando tú me hablas. Y cuando tú me acaricias yo no pienso en nada: soy dichosa como la noche en que tú me encontraste a la orilla del río, durmiendo y sonriendo. ¿Te acuerdas? ¡Y pensar que me despertaste para que el sueño fuese más encantador! Alois, escucha: te quiero, te quiero, te adoro, te adoro, y me gusta más estar contigo que montar en los potros salvajes de Holy. ¡Conque ya ves!

Y la Amazona saltaba a las rodillas del Apóstol, y le besaba, jugando con su melena gris y con sus barbas de Nazareno. Y las ideas de Alois se ablandaban, como si el amor, traidoramente, derramase sobre ellas ánforas de miel.

XIII

NUNCA había sido Alois Stur un revolucionario rojo, un demagogo violento. No reprobaba absolutamente el atentado personal, pero lo limitaba, lo reducía a los casos de necesidad estricta para el desenvolvimiento del germen revolucionario. De todas suertes, era un moderado y—como decían los energúmenos de su partido—un romántico, un sentimental. Sin su genio literario, sin su capacidad portentosa de soñador, sin la fuerza persuasiva de su oratoria, sin el flúido apostólico de todo su ser, Alois Stur no habría sido el *leader* de los *renovadores* de Ostravia y uno de los jefes del movimiento comunista de Europa. Alois Stur había sido elegido más bien por las masas que por los otros jefes. Los rusos le acusaban de languidez latina—y eso que era eslavo—. Los alemanes le censuraban sus reservas so-

bre Karl Marx. En Francia le comprendían solamente los hombres del temple de Jaurès. Los burgueses de todas partes leían sus obras como las de un poeta. En realidad, Stur era un literato. Pero como procedía del nudoso y retorcido árbol de la novela rusa, había en sus libros mucho dolor, mucha ansia de redención acumulada y una piedad infinita por los esclavos de la plutocracia. Alois Stur—como Jaurès, que fué un grande hombre débil—obedecía, sin saberlo, a algo, a alguien. No era rectilíneo y rígido, sino flexible y ondulante. No era una teoría, sino un corazón, un gran corazón.

Cinco años después de su aventura, de su noble aventura con Ludmila, Alois Stur vivía en Ginebra—desde donde podía trasladarse rápidamente a Rustria—una vida doble de publicista y de conspirador. Sus libros tenían el tono de los de Tolstoi. Sus conspiraciones eran más bien favorables al orden establecido, porque, en aquella época, la revolución de golpe era imposible: no había habido en Europa grandes guerras; Guillermo de Hohenzollern era una esfinge, y no les cabía más a los enemigos de la sociedad presente que socavar sus cimientos por la propaganda escrita y, de vez en cuando, suprimir alguna de sus cabezas. Alois

Stur seguía reprobando el atentado personal. Quería la revolución en masa, en cuanto pudiera ser. Y este sabor cristiano de las teorías de Stur debía se, en gran parte, a la influencia de Ludmila, y se derivaba de aquella ventura idílica en que vivían entrambos.

Uno y otro pensaban siempre lo mismo al hablar del príncipe Wenceslao.

—Es un corazón magnánimo—decía Stur.

—Merecía ser tan dichoso como tú y yo.

Entretanto, Ludmila se iba formando intelectualmente, sin tener nada de ese tipo, tan pintoresco y ya tan común, de la nihilista; ni de ese otro, más áspero e interesante, de la sufragista, ni aun siquiera del de la mujer que escribe, que discute y que *hombrea*. Seguía siendo, a pesar de la ciencia adquirida bajo la tutela de Stur, natural e impetuosa. La cultura no le servía, como a otras mujeres, para lucirse. No leía a un filósofo como quien se hace un vestido en la *rue de la Paix*, sino como quien desprende un fruto de su árbol y lo muerde y lo saborea y se queda con su substancia dentro. No era una musa roja, ni una *bas bleu*, ni una *snob*.

Seguía siendo la Amazona. Pero ahora paseaba a caballo por el Pincio, por el *Bois* y por las riberas del Lemán, y se vestía primorosamente, y era, para Stur, fértil en todas las gracias del amor. *Il maestro, il appostolo* vivía fascinado. Ludmila, sin proponérselo, había llegado a ser su musa. Stur no daba por buena una página antes de escuchar su opinión: su fresca opinión sentimental. Stur la tenía al tanto de todos los *complots*, de todas las propagandas en que él debía intervenir. Ludmila le aconsejaba siempre en el mismo sentido: los atentados sueltos eran inútiles; no veía ella el interés de *suprimir* al viejo rey Federico y a otros soberanos del mismo orden. Ella quería el cambio radical, el asalto al Poder, la revolución grande y noble y, si era posible, en paz. Las huelgas generales le parecían un maravilloso instrumento revolucionario. Todo lo que se basase en el odio le parecía estúpido y estéril. Los propios déspotas no eran responsables del estado de cosas en que habían nacido. Y, sobre todo, ella, que había visto la luz en un palacio y contemplado de cerca la vida de los príncipes, sabía que éstos eran tan desdichados como el resto de los mortales. ¡Ah! El príncipe Wenceslao podría repetir las frases desconsoladas que Eurípides pone en boca de Agamenón, en

Aulida: «¡Brillo engañador! ¡Vanos honores!»

Y como Alois Stur se dejase ganar demasiado por el cristianismo de Ludmila, los grandes jefes del partido rojo le pusieron cerca al endemoniado Chowski, todo bilis, todo cerebro, todo hiel...

... Había cerrado la noche. Y Ludmila doblaba la última página del libro de sus recuerdos, cuando apareció Stur...

XIV

STUR la besó y le dijo:

—Acabo de librar una gran batalla y de salvar la vida de un hombre. Querían ejecutar al príncipe.

Ella palideció.

—Lo sospechaba. Chowski me habló de un telegrama...

—Ya lo he visto. Era de Kaumann. Que todo estaba dispuesto y que el día elegido era el de la coronación. Yo he hecho comprender que ese atentado es absurdo. Wenceslao es el ídolo de Ostravia, será un buen rey y el primero de la familia eslava que se asemeje a los de Inglaterra. Va a dar una Constitución, a repartir una gran parte de sus dominios y a sentarle la mano a la nobleza. Además, mientras no estalle la guerra, que se está incubando en Potsdam, todo intento revolucionario re-

sultará estéril. Matar a Wenceslao es engendrar en todas las tierras eslavogermánicas una reacción conservadora, un recrudecimiento de la autocracia. En Federico hemos tenido un rey patriarcal; en Wenceslao tendremos un rey filósofo. Y el gran día de la revolución no habrá que decirle que se vaya: él será el primero en hacerlo. Matar a Wenceslao es también desencadenar la guerra civil, y acaso una guerra internacional, porque la corona de Ostravia quedará vacante—ya que Wenceslao no ha tenido aún descendencia—y las naciones de presa que nos tienen mediatizados querrían imponernos un príncipe de los suyos. Protestarán los ingleses, se estremecerá Francia—porque todo avance teutón en tierra eslava es un peligro para ella—y no será nada difícil que sobrevenga el cataclismo de que está amenazada Europa desde 1871. Claro que este último argumento no le he empleado, porque lo que quieren ciertos hombres, como Chowski, es la guerra: la guerra que engendrará la revolución. En una palabra, Ludmila: yo he querido salvar al príncipe. Que se busque otra víctima; pero Wenceslao, no. Tú sabes por qué... Chowski está rabioso.

—Déjalo. Es un monstruo. Tú y yo tenemos que defender a Wenceslao, y si Chowski necesita san-

gre, que vaya a buscarla a otro sitio. Wenceslao es un rey bueno y un rey menor. Además, yo no creo —aunque en esto tú pienses como Chowski—que la guerra traiga la Revolución. La traerá, sí, pero no para hacer del mundo un paraíso, como tú sueñas, sino un antro inhabitable. Si todos los hombres estuviesen formados de tu masa, la Ciudad del Sol podría erigirse; pero los hombres como tú son muy escasos. Lo que abunda son los Antales Chowski y los Otakares Fric: los que odian y los que adulan y se arrastran. ¿No fracasó Jesucristo? Pues tú también fracasarás, Alois...

El sonrió melancólicamente.

—Entonces, ¿nada?

—Todo: continuar, proseguir la obra de Cristo. Que la substancia revolucionaria sea el amor y no el odio. Que la plebe se instruya y se alimente y se fortifique, y que un día, sin sangre, o con muy poca sangre, pueda sacudir a los tiranos; en una palabra: apostolado y evolución. ¿No estás conforme?

Alois titubeó un instante.

—Sí—repuso—; pero si esperamos a que todos los hombres se amen entre sí, no haremos nunca la Revolución. El mecanismo de las pasiones humanas no cambiará nunca: siempre habrá odio y

amor, sombra y luz, hiel y miel; pero lo que puede obtenerse es que no haya esclavos ni inútiles, que todos los hombres puedan trabajar y comer y gozar el buen goce del amor.

—De acuerdo. Y vas a decirme que, en el fondo, eres egoísta, que salvas a Wenceslao por mí, que tal vez retardas varios años la guerra y la Revolución por mí...

—Ese escrúpulo me acomete; pero no importa... También en el fondo de mi alma han dejado huella las dos palabras sublimes del Decálogo: «No matarás.» ¡Hemos salvado al Rey!

XV

En Rustria... Las fiestas de la coronación. Es difícil encontrar sitio en las *kavarnas* donde se beben los vinos rubios del Rhin y la cerveza substanciosa de Pilsen. Nunca han puesto en el horno los panaderos de Rustria tantas hogazas salpicadas de comino; nunca se han vendido en el mercado tantas arrobas de *chouæroutte*, ni tantos centenares de gansos... Casi toda Ostravia está en Rustria. De todas las Cortes de Europa han venido ministros y generales: Los de Viena son los más *chic;* los de Berlín, los más altaneros; los de Londres, los más rígidos; los de Roma, los más nerviosos. Y luego los de la gran Corte rusa, y los de Madrid, y los de Bruselas: no falta ninguno. Pero lo más interesante no es esa Europa belicosa y brillante, esa Europa empenachada, que acaricia el ensueño de la guerra y que ha llegado a Rustria en el Oriente-Express.

Lo más interesante es la Ostravia de los burgos y las aldeas, la Ostravia de los campos, que lloró la desaparición del buen rey Federico, y que viene ahora a prosternarse ante el buen rey Wenceslao. Se ven, sobre las cabezas femeninas, tantas cofias de encaje como pañuelos policromos. Las manteletas también son de encaje. En general, estas campesinas de Ostravia recuerdan en el traje a las alsacianas; en el tocado, a las astures y las gallegas, con el sello inconfundible que establece Rusia sobre cualquier pueblo de su raza. Los hombres son menos clásicos o menos castizos. Tan pronto ve uno el sombrero ancho y abarquillado, como la montera de piel o el gorrillo redondo de terciopelo. Lo que no falta jamás es la pluma, el airón... Hombres y mujeres danzan, de todos modos, a la oriental y la occidental, como en *La novia vendida* de Smetana, y como en cualquier *dancing* de París, porque no hay nada más contagioso y cosmopolita que el baile a dos... Pero aún quedan bailes personales en Ostravia y canciones y ritmos propios. Y la gaita no suena allí como en Bretaña, ni como en Escocia, ni como en Galicia. Suena a gaita rusa, y el hombre de Occidente no puede oirla sino como si estuviera soñando, que es lo mejor...

Son grandes las fiestas. Es julio. El cielo de Rustria está azul y en él se engarzan, como gemas enormes, como cabujones monstruosos, sus cien cúpulas diferentes. A ciertas horas tocan todas las campanas de las iglesias. Hasta los judíos, en sus tres sinagogas, le dan las gracias al cielo de todo corazón. Tienen las mejores bancas de Ostravia, y sus mejores fábricas, y el advenimiento de Wenceslao consolida la paz de que disfruta el reino.

Mañana va a ser coronado el príncipe. En Rustria hay sus *Ritz* y sus *Carltons* y sus *Palaces*. Rustria es poética y pintoresca, pero también confortable, mucho más confortable que el occidentalísimo Madrid. Todos sus hoteles, los grandes, los medianos y los chicos, rebosan de extranjeros. En uno de la Gran Avenida, la que concluye en el majestuoso Museo Nacional, ha alquilado una alcoba con balcón, en el quinto piso, un hombrecito incoloro y feo, en el que no se ha fijado nadie. Es Antal Chowski.

Ludmila y Alois Stur están en otro hotel, guardando un medio incógnito. Están seguros de la generosidad y del afecto silencioso del rey, pero

no pueden fiarse mucho de su policía ni de sus ministros. Para una y otros ella es... la regicida frustrada, y Stur sería el presidente de la República si—contra toda previsión razonable—Ostravia hiciera una revolución. Ella, en sus largos años de destierro, ha cambiado mucho. Roma y París han hecho de la Amazona «una elegante». Lo que parece Ludmila, en sus habitaciones del «Rustria-Palace», es una actriz. Para parecerlo se ha pintado bastante y entra en el comedor con trajes que llevan firmas de la Place Vendôme. Alois Stur ha sacrificado su barba mística, que ya se había puesto blanca, y por primera vez en su vida se ha colocado un monóculo y vestido un frac. Su aire es el de un viejo *gentleman*.

Fué un capricho, un suave capricho de Ludmila, este de venir a Rustria a presenciar las fiestas de la coronación de Wenceslao. No irán ella y Stur a la Basílica—sería más que temerario—, ni podrán asistir tampoco a las ceremonias y bailes palaciegos: sería una provocación. Pero ella se conforma con ver pasar a Wenceslao y con respirar el júbilo de su exaltación al trono. Quiere arrojarle unas flores, ver cómo ha cambiado, sentir cómo llevará el peso de la corona, y más tarde, sí, más tarde, hacer que él sepa que ella vino a ver-

le y que ella y Stur le trajeron la vida. ¡Pobre príncipe! Desde que fué mujer de veras y quiso locamente, comprendió el martirio del príncipe: la tortura de una pasión que ha debido domeñarse, enterrarse. Curiosos contrastes de la vida: el destino de un rey lo marca ella, la hija de un palafrenero de Palacio. Ahora mismo, sin ella, Wenceslao ceñiría una corona para entrar en los dominios glaciales de la Muerte.

Ludmila sonríe, soñadora y contenta. Ahí están, en sus cestas, sobre musgo, las rosas de Niza, las violetas de Parma y los crisantemos de Berlín, que sus manos van a derramar sobre el rey joven y triste que la deseó y la amó y que ella no pudo amar. ¡Pobre príncipe! «Pero vas a reinar, a vivir. Stur y yo lo hemos querido. Chowski, ese lobo, está allá, en Occidente...» Y Ludmila respira. ¡Cuánto ha luchado Stur para destruir el complot abominable! Y cierra los ojos para imaginar el instante en que Wenceslao recibirá de sus manos los crisantemos y las rosas.

XVI

¡La coronación! Vibran todas las campanas y todos los corazones de Rustria. Alois no quiere encontrarse junto a ella en el momento en que gritará: «¡Viva el rey!» «No puedo ser tu cómplice hasta ahí», le explica amorosamente.

Ludmila le da un beso.

—Perdóname mi capricho sentimental.

El sonríe con nobleza. El capricho de Ludmila ha salvado la vida de un hombre y, tal vez, la felicidad momentánea de un pueblo. ¿Qué valen sus teorías ni sus ensueños junto a esta realidad magnífica de un alma contenta y de una ciudad alegre y optimista? Alois Stur ya no sabe nada de lo que aprendió en Karl Marx. Sólo sabe que Ludmila tiene un gran corazón y que adora a Ludmila.

Vibran las campanas, retumba el cañón. Es el

momento en que el arzobispo de Rustria consagra a Wenceslao. Ludmila y Stur van a separarse durante una hora. El va a confundirse con la muchedumbre. Ella le ve alejarse desde el balcón. ¡Qué grande le parece! Y él se pierde entre la multitud, encorvado, débil, empequeñecido, como si, al alejarse de ella, le entrase un gran remordimiento. «No, Alois—piensa Ludmila—; alégrate de no verter sangre, de no manchar este día azul, de no romper este día de cristal.»

Ludmila comienza a disponer las flores. Está sola—y es feliz—en aquella habitación espaciosa del hotel. Llaman a la puerta...

—¡Pase!

Es Antal.

XVII

LUDMILA, he venido a matar al rey. Alois y tú me creísteis vencido, después del fracaso del complot. Y aquí me tienes dispuesto a todo. La supresión de Wenceslao equivaldrá á las vísperas de un cataclismo. ¡Estoy alegre!

—Necesitas sangre humana.

—A falta de otra cosa más agradable que puedes darme tú...

—¡Miserable!

—Insulta, pero escucha. Vengo a proponerte un trato. No necesito que abandones a tu Pierrot senil. Me basta con poder saciar la curiosidad estúpida que me inspiras. Tu alma—yo no creo en el alma—se la dejaremos íntegra a Stur; tu cuerpo lo compartiremos. ¿Este arreglo te va?

—¡Imbécil! Márchate, o te echo yo misma a latigazos...

—El látigo es tu especialidad y eres más fuerte que yo; pero si tú no aceptas lo que te propongo, mato al príncipe. Conque...

—Ya veremos.

—No puede escapárseme: lo mataré matemáticamente, cuando quiera, como quiera. *Eso* no es nada para mí: es como apretar un botón: un acto mecánico.

—Si yo aceptase tu repugnante oferta ¿no lo matarías?

—Me haría su lacayo si me lo mandases.

—Entonces, en tu alma...

—Yo no tengo alma.

—¿En tu cerebro no hay más que ideas bajas y criminales?

—Nada más. Yo soy una redomita de hiel. Odio a los hombres. A ti misma te odio. Lo que quiero es tu carne, tu belleza y tu virtud para profanarlas. En fin, te deseo sin más literatura. Di si accedes a mi... combinación.

—Me das asco y risa. Márchate.

—El cortejo tardará en llegar aquí media hora. Alois no subirá hasta que pase. Decídete.

—Márchate.

—No pongas esa cara... No levantes ese brazo... No seas teatral, Ludmila. Reflexiona. Lo que te pido

es nada al lado de lo que te doy... Ven... Aquí mismo, cerca de estas flores. Cerrarás los ojos. Pensarás que en sueños tienes por amante al diablo.

—¡Vete!

—¡Qué orgullosa!... Prefieres que muera un hombre, un hombre por el que sientes una piedad profunda, a una molestia sobre tu piel, que duraría un instante. Prefieres que tu país sufra y que los hombres empiecen a morir a centenares, a miles, tal vez a millones, antes que... ¡Vamos, Ludmila, reflexiona! Sacrifícate. ¿No eres cristiana? Ven... ¡Ah, ya dudas! Hemos perdido diez minutos en entendernos... Dentro de veinte Wenceslao pasará bajo tu balcón. Podrás gritar «¡Viva el rey!» ¿Puedo acercarme a ti?... No tiembles. No te he tocado aún. No hago más que aspirar el aroma de tu pelo. ¡Qué blanca es tu nuca! Tus orejas son rojas como fresas: me las comería. Tus hombros son magníficos. En realidad, tú eres Eva, tú eres la Mujer... ¿Lloras? Lágrimas de mártir... Ven...

Y Antal vierte su mirada viscosa sobre el pecho ebúrneo. Extiende sus manos, que Ludmila siente palpitar como las alas de un pájaro nocturno. Ella sabe que Chowski matará al rey. Ella conoce el poder del odio y de la voluntad tenebrosa de aquel

monstruo. Pero todo su ser—carne y alma—se subleva ante la idea de pertenecerle. Alois comprendería... Ella misma comprende; pero ¿no hay en ella un instinto contra la caricia que no viene purificada por el amor? No obstante, ha doblegado la cabeza. Va a rendirse, a sacrificarse por el pobre príncipe, por la patria amada, por la humanidad. La boca de Antal cae sobre su nuca. Es el beso de un reptil.

Ludmila se yergue, despide al monstruo lejos de sí, busca un arma... Pero Antal, elástico y felino, da un salto y se pone en la puerta.

—¡Tú lo has querido, loca, imbécil!

Y se va...

Ludmila titubea un instante. ¿Cómo salvar al rey? Mira desde el balcón hacia la calle. La carrera está cubierta por las tropas. La carroza del rey pasará entre doble hilera de húsares de Ostravia. El atentado es imposible. Pero Antal es un hombre diabólico. Ludmila querría prevenir a Stur. ¿Cómo encontrarle, entre aquella muchedumbre compacta y movediza como un mar?

He aquí los pífanos que anuncian la llegada del

rey. Un inmenso rumor se eleva de la multitud, cortado por silencios enormes: se diría que Rustria tiene un solo corazón, que palpita y se detiene para vibrar con más fuerza, otra vez. El cielo—tan al Norte—tiene los azules de Italia. El aire huele a paz. No; el monstruo ha mentido...

Los pífanos más cerca... Los húsares empenachados... La voz unánime de Ostravia, aclamando al rey... ¡Qué pálido y noble Wenceslao en el fondo de su áurea carroza, al lado de la reina, de la reina que le han hecho esposar! Wenceslao inclina la cabeza saludando, sonriendo. Ludmila, magnificada por la emoción, derrama sobre él sus violetas, sus rosas y sus gritos de amor: «¡Viva el rey! ¡Viva el rey!»

Pasa el cortejo. Va alejándose hacia otras avenidas de Rustria. Una hora todavía para llegar a palacio. Ludmila, confiada y vibrante, espera a Stur. Ella y él impedirán que Chowski realice el atentado. Entra Stur... Y apenas se han sonreído

cuando una fuerte explosión les sobrecoge. Stur exclama:

—¡Una bomba!

Y ella:

—La ha arrojado Chowski contra el rey. ¡Yo he matado al rey!

Alois escucha a Ludmila, absorto, enternecido.

—No pude... No pude... Mi amor por ti, mi amor por mí, fueron más grandes que mi amor por él...

—El amor es más fuerte que la caridad. Ahora, tal vez, la guerra, la revolución...

—¡Por mi culpa!

—No; porque Chowski ha roto esta tarde su redomita de hiel. ¿Tú sabes lo que nos espera a ti y a mí? La prisión y la muerte. La Policía y los ministros de Wenceslao nos considerarán cómplices de Chowski. Y él, si la muchedumbre no le ha linchado, nos denunciará.

—¿Morir nosotros? Yo, acaso. Tú, no...

XVIII

LLEGAN noticias al *Rustria-Palace*. Un hombre ha lanzado una bomba, en la Gran Avenida, desde un quinto piso. Hay cien muertos, entre ellos la reina y el rey. Ludmila escucha espantada. Sus ojos de ídolo fulgen de dolor. Ella habría dado su sangre, toda su sangre, por el rey; pero el monstruo quería más, mucho más... Alois está sereno. Ha vuelto a ser el pensador.

—Ludmila—dice—, el Destino realizó su obra. ¿Quieres que nos manden al patíbulo con Antal?

—No. Quiero que tú y yo luchemos contra los hombres como Antal, contra los falsos profetas, contra los lobos en dos pies. Huyamos...

Antal ha perecido a manos del pueblo. Ludmila y Stur cruzan de noche la frontera de Ostravia, a caballo, al galope. Una sombra divina les protege en su éxodo hacia el Ideal...

INDICE

	Páginas.
Dedicatoria.....	5
Maravilla.....	7
La Hiel	157

UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 06291 4653

INDICE

	Páginas.
Dedicatoria.....	5
Maravilla.....	7
La Hiel	157